Graco Babeuf



EL MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Y OTROS ESCRITOS

ÍNDICE

Nota:
El texto que sigue procede del libro "El tribuno del pueblo", editado por Ediciones Roca, S.A, 1975, actualmente agotado
Versión al español de Victoria Pujolar.

EL MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Graco Babeuf a Fouché de Nantes

París, 17 Brumario, año 4 de la República,

Ciudadano:

Lejos de los defensores del pueblo, lejos del pueblo mismo, esta diplomacia, esta pretendida prudencia maquiavélica, esta política hipócrita que no es buena más que para los tiranos, y que en estos últimos tiempos emplean los patriotas, les ha hecho perder los frutos más bellos de la victoria del 13 Vendimiario. Reflexiones, fundadas sobre todo en los ejemplos, me han dado la convicción de que, en un estado popular, la verdad debe aparecer siempre clara y desnuda. Siempre hay que decirla, hacerla pública, hacer al pueblo entero confidente de cuanto concierne a sus intereses más importantes. Las circunspecciones, los disimulos, los apartes, entre las camarillas de hombres selectos y pretendidos reguladores, no sirven más que para matar la energía, falsificar la opinión, hacerla fluctuante, incierta, y, de ahí, despreocupada y servil, y dar así facilidades a la tiranía que puede organizarse sin obstáculos. Eternamente convencido de que nada grande se puede hacer sin contar con el pueblo, creo que es necesario, para hacerlo, decirle todo, mostrarle sin cesar lo que hay que hacer, y temer menos los inconvenientes de la publicidad de que disfruta la política, y contar más con las ventajas de la fuerza colosal que evita las trampas de la política ... Hay que calcular toda la fuerza que se pierde dejando a la opinión en la apatía, sin alimento y sin objetivo, y todo lo que se gana activándola, esclareciéndola y mostrándole un objetivo.

Creo que es mi deber referirte estos argumentos, ciudadano, porque eres tú la causa de todo este alboroto que se hace contra mí y mi pobre número 34. Son tus portavo-

ces los que ayer noche acudieron a los lugares en donde se reúnen los patriotas para dar la alarma contra esta producción. Te los refiero, estos argumentos, porque tengo todavía la vanidad de creer que valen tanto como aquellos que tú quisieras hacer prevalecer sobre mi gran principio; que, en estos momentos de terrible extremidad, la política, para aquel que no piensa más que en el bien del pueblo, es soberanamente impolítica.

Acaso no te convertiré. No tengo esta pretensión. Pero tú no deberías tener, tampoco, la de condenarme, o, lo que es casi lo mismo, de provocar sobre mí las maldiciones de mis hermanos, cuando ves que no me puedes someter a tu creencia. Tú no debes juzgarte infalible, como yo tampoco sostengo serlo. Debes contar tanto menos con tus medios habituales; es decir, con el artificio y la astucia que estimas indispensables para hacer triunfar la justicia sobre la iniquidad. Debes, digo, tanto menos contar con estos medios cuanto que, aun aceptando aquello de que te vanaglorias, que has intrigado constantemente desde hace quince meses por la democracia, la más desgraciada experiencia prueba que no has logrado ningún éxito. Luego es probable que tu camino no sea el bueno. Luego no debes tomar a mal que yo busque otro totalmente diferente. Luego no debes pretender imperativamente dictarme la lección ni tener el derecho de despreciarme por todas partes si me niego a someterme.

Demasiado se ha dicho durante cierto tiempo que tú eres mi mentor; soy demasiado orgulloso para soportar, siquiera, que semejante idea pueda llegar a la opinión. Si has pensado poder realizar lo que en otro tiempo no fue más que una falaz suposición de los enemigos del pueblo, te han equivocado. Recibiré tantos consejos como quieran darme; pero no quiero que degeneren en lecciones de catecismo. ¿Sabes que a eso se parecía nuestra conferencia de dos o tres horas del 14 Brumario? Tómate la molestia de recordar cómo desempeñaste el papel de maestro y cómo me colocaste en el de alumno. ¡Mi amor propio sufrió de semejante situación! ...

En efecto, ¿cómo no sentirse humillado quien ha imaginado ser el guía de su país, al ver llegar a alguien que le ofrece sus luces, y pretende casi garantizarle que aquéllas son más preferibles que las propias? Hay gentes a las que encanta poner de relieve el espíritu de los otros, confieso que tal no es mi caso. Yo no soy nada con ropa prestada. Yo no soy yo, más que con mi propio ropaje, y sería el primero en no reconocerme, si quisiera adornarme con los más bellos plumajes que me fueran ajenos.

No había nada que pudiera, pues, llevar al ciudadano Fouché a provocar, ayer noche, una insurrección contra mí, en todos los cafés patrióticos. Me alegra haber dispuesto, tres horas antes, de testigos tales como Antonelle y dos ciudadanos más, que pueden certificar las disposiciones preparatorias que adoptó y los reproches que me hizo por no haber sometido, antes de la impresión, mi número a su censura; añadiendo que, mediante ciertas supresiones, me hubiera hecho obtener seis mil subscripciones del directorio ejecutivo; que debía seguir los pasos de Méhée y Réal, quienes según él, son ahora hombres por excelencia; que bien se hubiera encargado él, Fouché, de pagar las cuatro a cinco mil libras de gastos de impresión de mi número, a fin de que no apareciera antes de haber sufrido, de su parte, la prueba de la censura.

Qué rico te has vuelto, Fouché. Cuando partí para ir relegado al Norte, pensé poder depositar en ti bastante confianza para recomendarte a mis hijos. Fueron a verte. Les remitiste un día diez francos. Fue todo el interés que te tomaste por la familia de una honorable víctima del patriciado. Hoy, sacrificarías de cuatro a cinco mil francos para ahogar algunas verdades. Este último objetivo merece mucho más que el otro conmover tu corazón.

Hace un año, Fouché, se hallaba en funciones, junto al gobierno de entonces, otro director o síndico de la librería: era Lanthenas. Me escribió. Conservo sus cartas, y puedo todavía mostrar propuestas parecidas a las tuyas, si bien insinuadas con un poco más de rodeos. Te doy la misma respuesta que a Lanthenas. No quiero ningún censor, ningún corrector, ningún apuntador: yo opto aún por la persecución, si es necesario; no quiero de ninguna forma de ponerme al diapasón de los Méhées, y persisto en sostener, contra ti, que ha llegado el momento de decir todas las verdades.

Puedes conspirar con el gobierno actual: ya se sabe que todo gobierno conspira. Yo declaro que también entro en una conspiración.

Puedes poner tantos confidentes como quieras en campaña, jamás la destruirás.

Si esta epístola debiera ser leída por patriotas, yo les diría lo siguiente: acordaros que hace un año, yo tenía más razón solo, que todos los jacobinos juntos. Reclamaba a gritos la constitución de entonces. Si la hubieran reclamado al mismo tiempo que yo, habrían salvado al pueblo y se hubieran salvado ellos mismos. Por el contrario se opusieron a mí durante mucho tiempo y procuraron constantemente retrasar el momento de la aplicación de esa constitución. Finalmente, reconocieron que yo veía más claro que ellos y vinieron a hacer coro conmigo. Pidieron, por bocas de Barrere y Audouin, el pronto establecimiento del régimen constitucional; pero era demasiado tarde. Algunos días después, su sociedad murió asesinada. Su reclamación por consiguiente, no tuvo ya fuerza.

El momento de la temporización ha pasado. Ya no se puede esperar. Se dice que hay que dejar que se rehaga la opinión pública. Está suficiente hecha. El pueblo siente demasiado el exceso de sus males; no puede soportarlos por más tiempo. Para socorrerlo, no hay más rápido remedio que el de ponerlo en lucha contra sus enemigos, contra cuantos son la causa de todo lo que sufre.

Querer que espere, es pedir que cada día crezca la fuerza destructiva que despuebla nuestro país con progresos terriblemente rápidos, que nos envía a cada uno de nosotros, uno tras otro, a la muerte, con lentas y horribles angustias.

Maldito aquel que a la vista de este desastroso espectáculo, permanece frío y predica la paciencia.

Tu extrema actividad, Fouché, para obstaculizar mis esfuerzos cívicos, no permite que yo me dispense de dar publicidad a esta carta. Se trata de algo demasiado serio tanto para la patria cuanto para mi honor personal. Esta misma carta servirá para fortalecer, a los ojos de los patriotas, las observaciones que ya han hecho sobre ti. Tienes relaciones con el por y el contra; te insinúas dentro de todos los partidos; has

pasado por encima de todas las proscripciones, y parece que sólo se ha hecho como si se te persiguiera; no se sabe qué pensar de ti.

Distínguete ahora, vengándote del insulto hecho a la última constitución. Sin duda la ocasión es propicia. Jamás has abierto la boca para defender la democrática. Sería un acto de valor para ti y cuantos te sirvan de eco, poner el grito en el cielo contra todos los que atacarán esta obra maestra de los once. ¡Amigos míos, tendréis al gobierno de vuestro lado! Cuando hubiera sido necesario defender la constitución popular, teníais al gobierno en contra: por ello, prudentemente, no dijisteis nada.

Firmado**, G. Babeuf.**

* * *

Se comprende cuáles fueron las circunstancias que dieron lugar a esta carta. Mi número 34 promovió absolutamente una revolución. Apenas había aparecido, apenas se había tenido tiempo de leerlo, cuando fue juzgado incendiario, ultrarrevolucionario, calificado de *antorcha de anarquía* y de *manzana de la discordia* lanzada en medio de los patriotas. Grupos, cafés, periódicos, todo resuena, desde el mismo día y el siguiente, con el nombre de *Tribuno del Pueblo*, al que los calificativos de faccioso, sedicioso, perturbador, agitador, le fueron tan prodigados como lo habían sido a todos los tribunos, porque quiere ser los que fueron casi todos, desde el autor de la retirada al Monte-Sagrado, hasta los que comenzaron a venderse bajo Oppimius, el asesino de los Gracos.

¿Y de dónde viene esta efervecencia? Unicamente de la intromisión de Fouché de Nantes.

¿Y por qué se entremete Fouché? Porque evidentemente se interesa en que la opinión sea esclarecida tan sólo ministerialmente: porque se había propuesto ser mi apuntador, mi corrector, mediante seis mil suscripciones del directorio; y porque yo no he querido verme ni apuntado, ni corregido, ni sobornado.

Esta cuestión es de interés público, más de lo que se podría pensar. Por ello, a pesar de mi adversión hacia todo aquello que parece personal; a pesar de mi intención bien precisa de no hacer de este periódico una arena de discusión polémica, me encuentro indispensablemente empeñado en destruir los sofismas que han podido causar una impresión peligrosa en el espíritu de los patriotas, y en rechazar las infamias que me hayan podido arrebatar parte de la confianza que quizá la patria necesite que yo no pierda.

La parte de la intriga que se relaciona con los motivos de la transacción que querían hacer conmigo, y con los medios empleados para consumarla, está ya esclarecida. No me queda más que arrancar el velo de las pequeñas maniobras practicadas después del mal resultado de la negoción, para transformar en nulo y odioso todo lo que yo escribo, puesto que no se podía esperar forzarme a escribir lo que ellos quisieran.

Tengo que ajustar cuentas a los subalternos charlatanes, que en los cafés y en otras partes han sido dóciles a la lección que les fue dictada por el negociador jefe. Tengo que castigar igualmente las plumas fáciles que se prestaron, acaso con excesiva premura, a frasear las pretendidas faltas que me imputaba un hombre destinado, en apariencia, a hallarse desde ahora al frente de la oficina del espíritu público.

Conocemos a estos emisarios subordinados que han cumplido su tarea con tanto celo. Antes ejercían funciones más dignas de amigos de la libertad. Algunos fueron mis amigos. Los perdonamos si llegan a mostrar que fueron engañados. Proclamaremos sus nombres en voz alta, les confeccionaremos uno de estos trajes nuevos que, condicionados por nuestra mano, no se usan tan pronto, si reconocemos que han secundado servilmente la intriga por haber entrevisto en ello un incensivo inmediato de interés personal.

Carlos Duval, Jacquin, y tú, Méhée, singular patriota del 89, acercaos todos para desmenuzaros. No acudáis en tropel a fin de que podamos entendemos.

Primero, Carlos Duval.

Decís, ciudadano, tras haber hecho acto de contricción por el soberbio anuncio de la reaparición del *Tribuno*, que buenamente hicisteis en vuestro número 7 del 14 Brumario, decís que no tenéis miedor a declarar que vuestra opinión sobre nuestro número ha sido la de todos los amigos de la República, y que todos ellos desaprueban las imprudentes páginas que pueden hoy prender de nuevo la tea de la discordia, servir la causa del rey y perder a la patria ... Más aún, que acusáis bien alto, que denunciáis en nombre de los patriotas esta hoja imprudente, que podía ser una tea de guerra civil ...

Voy a recibir las acusaciones de todos. Después, se os responderá.

Acercaros, Jacquin.

En el número 12 del Journal du Matin (Diario de la Mañana) de la República francesa, que imprimís en la calle Nicaise, decis: que nuestro número es la diatriba más imprudente y la más facciosa; que la necesidad devoradora de la anarquía ha dictado todas sus líneas; que el monarquismo aguarda mucho de esta nueva llamarada de discordia; que el fiscal público y el Courrier pretendido republicano hicieron menos para la contrarrevolución que nosotros, a quienes obsequiais con el ostentoso epíteto de *furioso populachero*. Un momento de paciencia. Alinearos a un lado.

Es vuestro turno, grueso, pesado y obtuso Méhée.

He aquí lo que escribisteis en vuestro *Patriote* del 89, del 17 Brumario:

Si yo fuera realista, conocería un buen medio para hacer subir mis acciones. Haría de tal modo que los chuanes pudieran declarar en la tribuna: Los terroristas levantan cabeza; no podéis dudar de su infame coalición. Helos aquí provocando la aniquilación de la constitución que habéis decretado; helos aquí reclamando a gritos la del 93; uno de sus periodistas acaba de hacer formalmente la propuesta, etc. Si yo fuera realista haría yo mismo, o daría a hacer, el detestable número que acaba de aparecer bajo el nombre de Graco Babeuf”.

En verdad, señores, os ponéis de acuerdo bastante bien. Las diferentes religiones se identifican, y a la luz de la sorprendente similitud de vuestras frases se transparenta un tanto que, mientras nosotros queremos prescindir de apuntadores, vosotros no hacéis lo mismo. En vosotros se nota el gran efecto de la moral del día, cuyas admirables máximas son: paz, concordia, calma, reposo, a pesar de que morimos casi todos de hambre; fijado está definitivamente, tras seis años de esfuerzos para conquistar la libertad y la felicidad, que el pueblo será vencido; resuelto está que todo debe ser sacrificado a la tranquilidad de un pequeño número; la mayoría no está aquí abajo más que para satisfacer sus pequeños placeres. Debe sufrirlo todo y jamás quejarse; no debe contrariar en nada a la clase predestinada, a la que no debe llegar ni el más leve murmullo, mientras se complace en tomar las medidas precisas para borrar en poco tiempo del reino de los vivos a las tres cuartas partes de la multitud. No es el momento de caldear los espíritus, decís vosotros. Tenemos un gobierno, hay que dade el tiempo de actuar. Yo digo que el pueblo tiene menos tiempo todavía para morir de hambre, prescindir de leña y de ropa; yo digo que ha vendido sus últimos harapos para comer; que no puede ya comer porque no tiene nada más para vender, y que, sin embargo, cada día los precios de todos los objetos de absoluta necesidad son de más en más inabordables; yo digo que esto no puede seguir, y que está ya permitido quejarse del gobierno; si no tiene inmediatamente los medios para que cese este cruel estado de cosas, yo digo que debe, en su defecto, buscarlos e indicarlos.

Pero volvamos a vuestro ataque particular, Carlos Duval, y sujetémonos a vuestros propias palabras: Hay que reunirse, decís, hay que asentar la República; hay que ocuparse de la subsistencia y de la felicidad del pueblo; hay que reprimir el acaparamiento y el agiotaje, terminar con el monarquismo y el fanatismo que crean por todas partes nuevas Vandeas ...

¡Pero, por Dios! ¿De qué otra cosa nos ocupamos, pues? Justamente todo esto es lo que llena nuestro periódico. Desafío a quien encuentre en él una sola línea que no tienda a asentar la República, a garantizar la subsistencia y la felicidad del pueblo, a reprimir el acaparamiento, a terminar con el monarquismo y el fanatismo. Vuestra querella es absolutamente injusta y no percibís lo que hemos hecho. ¿Redactor del Journal des Homes libres (Diario de los Hombres libres) habéis leído nuestro número?

Veo decís en un artículo que sigue al que me criticáis: No hay necesidad de golpe para derribar al gobierno. Si es malo, si viola o reconoce los derechos del pueblo; si la igualdad, única finalidad de una revolución sensata, no se encuentra; en fin, si la libertad pública y privada es nula, y por consiguiente la felicidad del pueblo se reduce a nada, entonces, la opinión no estará de su lado y se derrumbará él solo; la insurrección de los espíritus deviene general, y le asesta el golpe mortal. La opinión fue y será siempre dueña del mundo.

Por esta razón, disputamos y estamos de acuerdo. Vuestro *Si* establece, me parece, que podría ocurrir que nuestro gobierno actual fuera malo; que los derechos del pueblo fueran violados o no reconocidos; que la igualdad, única finalidad de una revolución sensata, no se encontrara; en fin, que la libertad pública y privada con él fuera nula, y, por consiguiente, la felicidad del pueblo reducida a nada.

Si admitís esta posibilidad, debéis convenir, por una necesaria consecuencia, en el derecho de cambiar las presunciones por certitudes, en el derecho de examinar si tal gobierno, que se sospecha sea malo, lo es sí o no. Por lo tanto, me parece que el examen debe inevitablemente extenderse a las bases institucionales de este gobierno. He aquí cómo habéis llegado, conmigo, a deducir la necesidad y la entera facultad de contemplar con absoluta libertad los fundamentos de la máquina política; y sin embargo, en la anterior página me reprobabais por haberlo hecho. Afirmáis que todo gobierno malo por la única razón de serlo, se derrumba solo, como consecuencia de que la opinión le es desfavorable, porque entonces la insurrección de los espíritus deviene general, y asesta el golpe mortal.

¡Carlos Duval!, me habéis hecho el favor de reconocer que soy un buen republicano, cuyas intenciones son puras. Yo os devuelvo la misma justicia. Pero si no dudáis en calificarme de imprudente, me parece que por mi parte puedo deciros que no sois un buen lógico. Si sólo se tratara, para hacer caer a los malos gobiernos, de esperar a que sean malos, y a que la opinión sea desfavorable sobre ellos, ante todo la cuestión resultaría excesivamente cómoda; no habría que hacer nada para ayudar a su derrocamiento; bastaría la paciencia, y haría tiempo que no habría más que gobiernos buenos en el universo; Francia no hubiera permanecido durante catorce siglos bajo el azote de hierro de la monarquía, y no nos estrangularía el hambre desde hace quince meses, bajo la atroz barbarie del patriciado.

La opinión fue y será siempre la dueña del mundo. Nada más verdadero que este axioma. Pero cuando habéis ido a extraerlo de Maximiliano Robespierre, que, sea dicho de paso, sabía tanto como vos y yo, me parece no hubierais debido olvidar lo que añade: Que como todas las reinas, se ve cortejada y a menudo es engañada ... Que los déspotas visibles tienen necesidad de esta soberana invisible, para reforzar su propio poderío, y que nada olvidan para poderla conquistar ... Que la suerte del pueblo es de compadecer cuando tan sólo le adoctrinan los que tienen interés en perderlo, y que sus agentes, que son de hecho sus amos, se hacen pasar todavía como sus preceptores ...

Terminaré por deciros, Duval, que cuando no se sabe exponer mejor los razonamientos, no se debe tomar jamás este tono doctoral y este aire capaz. Además, me parece no sois quien pueda hablar tan alto; vos que nunca merecisteis la proscripción ... vos, tan prudente que jamás llamasteis la atención de los Nerón, Mario o Sila ...; vos que nunca habéis mostrado más valentía que la que manda la ley ...; vos que habéis callado cuantas veces lo exigía vuestra seguridad personal ...; vos que habéis gritado siempre mucho contra el enemigo vencido, pero que jamás habéis atacado de frente al crimen vivo y reinante. Tras todo eso ¿pretendéis proclamaros el *Decano de los Hombres Libres*?, ¿os atrevéis a pronunciar, en nombre de todos los patriotas, una condena, más aún, un anatema, sobre un trabajo que no osaríais refutar en regla, y que es semejante a todo lo que nos ha valido el odio y la persecución de la tiranía, y el amor de todos los hombres de bien, que han admirado nuestra devoción? ¿Acaso porque sois débil y pequeño os avergüenza vernos fuertes y grandes? ¿Humillado por nuestra altura queréis rebajamos a vuestro nivel? Nosotros, por el contrario, pretendemos haceros ascender al nuestro, o bien, del grado de oficial-general al que parece pretendéis, no os contaremos más que entre los pequeños tiradores y los sol-

dados perdidos del ejército, que van, vienen, avanzan y huyen, según ven que hay o no peligro. Y desde luego, pensad que vuestro partido quizá no es el nuestro y que vuestra doctrina, por consiguiente no debe ser la misma. No parecéis reunir alrededor vuestro más que republicanos, título común y muy equívoco: así, no predicáis más que una República cualquiera. Nosotros reunimos todos los demócratas y los plebeyos, denominación que, sin duda, adquiere un sentido más positivo: nuestros dogmas son la democracia pura, la igualdad sin mancha y sin reserva.

No voy a hacerme tan pesado con el señor Méhée, anteriormente ciudadano Felhémési, anteriormente caballero de la Touche, anteriormente digno secretario de su alteza el príncipe de Salmo. Suficiente será decirle, a este hombre grande y gordo, que no debe jamás poner en duda lo que existe de hecho. Todo el mundo sabe que no es medio monárquico y chuán; que después de Frerón, fue constantemente la segunda trompeta desde el 9 Termidor, y que él y su digno colega Réal, estos hombres que se valen el uno al otro, no han dejado de sumarse a ellos, puesto que se asegura que Réal acaba de ofrecerse como defensor de Cormatin, como hace tiempo, se había ofrecido al espectador francés Delacroix. Todo el mundo sabe que el detestable Méhée, que encuentra detestable mi número anterior, antes de mi proscripción, me atacaba encarnizadamente en su *Ami des citoyens* (Amigo de los ciudadanos) por Tallién; y que mientras proclamaba en él este principio, extraído de Loustalot, del que había hecho su epígrafe: "Es necesario, para la felicidad de los individuos, el mantenimiento de la constitución y de la libertad, que haya guerra irreconciliable entre los escritores y los representantes del poder ejecutivo", tomaba contra mí la defensa del ejecutivo, contra quien, en efecto, yo aún hacía la guerra. Todo el mundo está bien convencido de que Méhée, jefe y corifeo de los chuanes y de los monárquicos, no dice la verdad cuando afirma que si fuera monárquico y chuan haría lo que yo hago. Yo digo que sin duda no dejaría de hacerlo si pensara tener éxito.

Iros a paseo, Jacquin de la calle Nicasia, ya no tengo tiempo de escucharos ni de refutaros. No sois más que una copia grotesca de aquellos a quienes acabo de dar audiencia; no valéis ni la pena de que os reciba en privado. Tomad de cuanto les he dicho los que queráis ...

Estaba en este momento de mi manuscrito, cuando los periódicos del 18, 19 y 20 Brumario me cayeron en las manos y me enteraron de que todas las sectas de periodistas, los ministeriales, los patricios, los monárquicos, me injurian a la vez. ¡Qué bacanal, qué horrible escándalo! ... ¿Cómo es posible que haya chocado a la vez a los patriotas y al millón dorado? ¿al gobierno y a los amigos del rey? ¿De qué religión soy yo? Esto es lo que a los diferentes partidos les cuesta definir.

Mientras el funcionario Louvet se hace escribir de Versalles una carta en donde se me acusa de jacobinismo y de monarquismo, él mismo, a la mañana siguiente, diserta para concluir, casi, casi, que en efecto tengo cierto aire de realista. Robespierre y Marat lo eran, asegura, y yo no soy más que su émulo. Réal y Méhée son del mismo parecer, y sin embargo no están de acuerdo entre ellos. El 18 me sitúan al lado de Richer-Sérizy, y me hacen tan peligrosos como aquél, y el 20 ya no soy más que una imaginación delirante y furiosa, cuyo estilo mismo ya no presenta más que aspere-

zas, pesadeces y trivialidades. Mis expresiones están llenas de impropiedades chocantes, como si yo hubiera aspirado jamás al purismo, al lenguaje académico o de buena compañía, como el Señor Caballero Méhée de la Touche. ¿Qué importancia tendría, si yo pudiera salvar al pueblo el que parezca haya maltratado a la sintaxis, el que yo le haya hecho comprender la verdad con la jerga del barrio Marceau? ... El ciudadano Louvet, no me humilla tanto primero, ya que me presenta con rasgos de hábil impostor, que, ocupándose en escribir para la multitud, no parece ser del todo incapaz; pero termina, no obstante, incierto, sin saber si estoy o no loco.

¡Cuántos apuros! ¡Cuántas dudas! ¡Cuánta incertidumbre para pronunciarse sobre un hombre que ya se ha hecho conocer ..., cuya persecución ruidosa tuvo un motivo que nadie ignoró ..., y que no predica más que la misma doctrina que le mereció esta persecución!

¡Demócratas! ... ¿no recordáis ya que me había comprometido solemnemente a observar este gran y útil precepto: *Que aquel que usurpe la soberanía sea al instante condenado a muerte? ...*

Sí, es verdad, pero...

Conozco todo lo que queréis decir. Dejadme algunos meses antes de daros la respuesta.

Una vez más quiero hacer observar la extraña concordancia con que los intérpretes de los cuatro partidos que existen en Francia y se han pronunciado, me condenan y me acusan de sembrar la división en el Estado. Vamos a ver esta identidad de opinión entre todos los sectarios.

Réal y Méhée son incontestablemente los sostenedores del patriciado; lo han probado sobradamente por su fidelidad constante hacia las gentes honestas. Y Méhée y Réal han dicho: que yo atacaba el punto de apoyo de los patriotas, su centro de unión, y que tendía a dividir todos los corazones, y a destruir las más queridas esperanzas de todos los que quieren la República con la democracia. (Dicho sea de paso, la palabra *democracia* no está mal, saliendo de la pluma de los señores Réal y Méhée, si no fuera porque se contradice un poco pronunciar esa palabra y decirse amigo de la constitución del 95).

Louvet y su Sentinelle, conjuntamente con el Correo de París, son sin duda los primeros campeones del gobierno, ya que la existencia de uno está esencialmente ligada a su conservación, y que el otro ha hecho de él un gran elogio en uno de sus últimos No.8. Y el Correo de París y Louvet dicen: el primero, que es necesario que el pueblo vigile sobre sus amigos, sobre sus nuevos tribunos; el segundo: que yo soy un hábil impostor que, como Marat y Robespierre me disfrazo de terrorista, para mejor servir a los realistas.

No se le puede discutir al *Journal des Français* (Diario de los Franceses) y al de Perlet, el título de defensores de la realeza, ya que uno ha mostrado sus méritos en calidad de sucesor del abate Poncelin, y que el otro dice también en su hoja del 20 Brumario, que Louvet debería reservar algo de su odio para los terroristas, sustrayéndolo de aquel que guarda para los realistas, de los que su imaginación multiplica el número en exceso. Y Perlet dice con motivo de mi número, que hay que abrir los

ojos sobre los peligros que nos amenazan. El *Diario de los Franceses,* de su lado, advierte: que los Tribunos del Pueblo, los Amigos del Pueblo, los Oradores Plebeyos, agitan tanto como quieren los elementos con los cuales se remueve a los hombres; lo que hace presagiar una nueva crisis.[1]

En fin, Carlos Duval es el general de los Hombres libres de todos los países. Su designación para este puesto, data ya de hace ya tiempo; y nadie, por muy valiente que fuera, sería bien recibido si quisiera disputársela. El empleo equivale al de jefe de los Plebeyos. Yo no sé todavía lo que hay que hacer para ser bien visto por esta sociedad, ya que Carlos Duval, también, pretende que yo perturbo el orden civil.

Lo repito, ¿de qué secta soy yo pues? ¿a qué casta pertenezco, si patricios, gubernamentales, realistas y Plebeyos no me quieren? ¿Si todos me reprueban y me rechazan igualmente? Me satisface en relación con los tres primeros, pero estaba yo tan orgulloso de haber ganado un lugar distinguido en el último; me parecía garantizado por el apoyo de la masa, y por mi tan prolongada proscripción... ¿Quién ha podido quitármelo? ¿Qué es lo que he hecho? Aún... si no hubiera más que Carlos Duval que quisiera rechazarme... Pero el coronel parece apoyarse en una parte de los soldados. Dos cartas que citaré más tarde, son pruebas importantes que me lo confirman.

Por divulgar estas pruebas, seré tratado otra vez de imprudente, y acusado de traición quizá por haber descubierto el más íntimo secreto de los patriotas; o al menos de los que tal se consideran.

¡Ah, que son simples los patriotas! ... ¿Cuál es pues este tan importante secreto que creen poseer? Que me maten si no les demuestro que no tienen ninguno, y que es su aire de tenerlo lo que nos hace todo el mal que sufrimos.

He aquí la gran malicia de esa buena gente patriota: Van por ahí hablando alto y creyendo que hablan bajo, en los cafés, en los grupos, en otros lugares de reunión. Dicen en presencia de espías, de soplones que no dejan de aparecer como ultrapatriotas, dicen lo siguiente: Es necesaria la táctica; es necesario que los patriotas sepan ser políticos. Bien sabemos que todos los derechos del pueblo son usurpados o violados; bien sabemos que es avasallado y desgraciado. Pero no podemos salvarle más que gradualmente. Hagamos como que damos nuestro asentimiento al gobierno usurpador. Le adormeceremos de este medio; pero conservaremos contra él nuestra segunda intención. Trataremos de aumentar nuestro partido, ganando de nuevo a la opinión pública, y cuando seamos bastante fuertes, nos lanzaremos sobre los fautores de opresión. Todo esto se dice sin creer ser escuchado; sin embargo, es el secreto a voces: se exagera la confianza, no se quiere ver nada hasta el extremo de creerse ellos mismos que se trata de un secreto ... impenetrable para los gobernantes ...; a los que nada transpira ...; que están totalmente engañados ...; que no toman ninguna precaución para protegerse de los resultados de esta mala imitación de Maquiavelo ...;

[1] El Orador Plebeyo, escandalizado sin duda, o espantado de encontrarse comprometido, se ha apresurado prudentemente a dar a luz prematuramente, y a apartar toda sospecha, el 21 Brumario, en su primer número que no debía aparecer sino el 1° Frimario, de identidad de doctrina conmigo. Volveremos a ello dentro de poco.

que no es verdad que debamos enfrentarnos a gentes capaces de emplear finura contra finura, y ¡a pillo, pillo y medio! ¡Oh, qué bonita es la política!

¿Y qué es lo que pasa? Que el gobierno, que ve todo, hace como que no ve nada, y deja hacer. Tanto a la parte de los dos senados que quiere restablecer la monarquía, como aquella que quiere reforzar la tiranía aristocrática, les interesa en fin de cuentas esa actitud de los patriotas. He aquí el razonamiento de una y otra. Dicen que hay que dejar agitarse a sus anchas y con su sigiloso sistema a este puñado de demócratas y revolucionarios que no se ha cansado todavía, y que forma, entre el pueblo *sans-culotte*, la única porción que continúa ocupándose de los asuntos públicos...; que hay que dejarles su pretendida política, que consiste en no quejarse contra el gobierno, y en engañarse con la falsa espera de vencerle en un momento favorable. Estos señores calculan, y quizá con bastante probabilidad, que ese momento no llegará jamás y he aquí por qué: los patriotas, con su sistema de silencio y de segundas intenciones, se engañan ellos mismos. Creen, como he dicho, que el gobierno no ve nada de lo que proyectan ni de lo que quieren hacer, sin embargo es él quien ve todo. Los patriotas, además, piensan que el pueblo percibe su secreto, que lo comparte y que se unirá a ellos cuando lo deseen; pero es precisamente el pueblo, al que no se le comunica nada, al que no se le dice ya nada contra los que dirigen; es precisamente el pueblo el único engañado con el pretendido misterio. No lo comprende. Se acostumbra a aguantar todo sin rechistar. Se vuelve completamente indiferente y ajeno a los asuntos públicos. Se entorpece hasta el punto de ser incapaz de volver a interesarse por ellos. Se aisla de este puñado de patriotas activos, el cual, solo y abandonado, se convierte en la pequeña, muy pequeña facción de los prudentes, objeto de burlas, porque, de tan débil que es, resulta nula e impotente. Es así como la bonita política de los patriotas se vuelve contra ellos mismos. El gobierno, con razón, contribuye a este aislamiento, a esta separación de los patriotas activos y del pueblo. Aplaude al sistema del silencio. Secunda la apatía y el alejamiento de la multitud de todo aquello que tiene relación con la administración pública. Tenderá también a diseminar este resto de patriotas constantemente en movimiento. Consentirá incluso en colocarles dentro de la administración, para que no formen reuniones que puedan ser peligrosas, y para que se transformen en hombres vinculados al gobierno y al orden establecido. En fin, como nada fulminante será publicado contra los depositarios de la autoridad, el pueblo, ya fatigado e indiferente, agobiado por la miseria que no dejarán de acrecentar, no pensará más que en el pan. Dejará organizar todo lo que se quiera, sin oponer ningún obstáculo. Es de esta forma como deben esperar que el despotismo absoluto, sea aristocrático, sea real, podrá colocar fácilmente sus bases y fortalecerse a perpetuidad. ¡Y todo ello será el resultado de nuestra famosa táctica, de nuestra política incomparable! ...

Aquí, invito al lector a un momento de suspensión. Lo invito también a intensificar la atención y la calma. Tiene necesidad de ello para apreciar las importantes cosas que me quedan por decir ... No se hacen a menudo periódicos como éste; y menos un número como éste; no se pueden hacer, con este carácter, en circunstancias más críticas; en fin no se pueden hacer de ese tipo cuando el poder ejecutivo está suscrito a ellos con seis mil ejemplares.

Y cuando se escribe como yo lo hago y como lo haré, no hay necesidad de escribir durante mucho tiempo. Se es útil, inmensamente útil, o bien no se es en absoluto, con la probabilidad de no serlo jamás. Quizás este escrito sea el último de los míos. ¡Cuánto lo desearía!

Se habla de realismo. Se ha dicho que yo había podido servirle sin querer, al excitar una reacción contra los llamados terroristas, que puede hacer perder de vista aquella bien legítima contra los que quieren la monarquía. El realismo está mucho más cerca de nosotros que todo eso. Está en la horrible hambre facticia, en la penuria universal que nos asedia. Está en este mismo silencio que vosotros, patriotas, guardáis, a la vista de tantos atentados organizados. El pueblo, ya lo he repetido, no ve más que miseria y opresión en la República y los republicanos. ¿Cómo queréis que no les tomen aversión? La realeza, siempre alerta, le susurra que ella está presta a darle tranquilidad, paz y abundancia. ¿Cómo queréis que no la prefiera? ¿No es ciertamente servir a la realeza, el no contradecirla, callarse, y no mostrar, en el sistema de gobierno popular, un incentivo preferible al ofrecido por el trono?

Yo he ofrecido este incentivo preferible, cuando solemnemente me he comprometido con el pueblo a mostrarle el camino de la felicidad común; a guiarle hasta el fin, a pesar de todos los esfuerzos del patriciado y del monarquismo...; a hacerle conocer el porqué de la revolución...; a probarle que ésta puede y debe tener por último resultado el bienestar y la felicidad, la suficiencia de las necesidades de todos. (Vean mi Programa.)

¿Qué sería y qué se diría de mí, si no cumpliera este compromiso que he contraído, y que fue acogido con un sentimiento tan vivo? No, quiero mostrar que lo he suscrito seriamente.

Pero, ¿cómo satisfacerlo si me viera dificultado en los medios? ¿Cómo se quiere que tenga éxito si me viese dificultado en los medios de un escritor, la independencia absoluta de su pluma? ...

Maximiliano Robespierre, este hombre que los siglos apreciarán, y cuyo juicio corresponde a mi libre voz poner de relieve, os diría si un papel principal como el mío, puede realizarse con el pensamiento encadenado.

El secreto de la libertad -dice- [2], *consiste en esclarecer a los hombres ...*

En todos los tiempos se ha visto a aquellos que gobiernan atentos a apoderarse de las publicaciones públicas, y de todos los medios de dominar la opinión[3]. Por ello exclusivamente la palabra *gaceta* se ha hecho sinónimo de novela, y la historia misma es una novela[4]. El gobierno no se conforma únicamente con tomar a su cargo el cuidado de instruir al pueblo, se lo reserva como un privilegio exclusivo, y persigue a

[2] Cartas a sus comitentes, No. 6.

[3] He conocido esto por la propuesta de seis mil suscripciones.

[4] Un joven que hace el Orador Plebeyo, y se mete a dar consejos, aparentemente sabe esto. Ya que en la página 8 de su primer número me recrimina el no querer que mi periódico sea una novela. Según él, hubiera tenido que prestarme a las circunstancias, consultar el orden del día y andar de concierto con las otras plumas republicanas. Volveré sobre estas expresiones que son preciosas.

cuantos se atreven a hacerle la competencia [5]. Se puede juzgar, con eso, cuánto la mentira aventajará a la verdad. La mentira viaja con los gastos pagados por el gobierno; vuela sobre el viento; recorre, en un abrir y cerrar de ojos, un vasto imperio; se encuentra a la vez, en las ciudades, en el campo, en los palacios, en las cabañas; en todas partes está bien aposentada y bien servida; se la cubre de caricia, de favores, de dinero.[6] La verdad, por el contrario, anda a pie y a pasos lentos; se arrastra con pena y a su cargo, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea; está obligada a sustraerse de la mirada celosa del gobierno; tiene que evitar a la vez, los funcionarios, los agentes de policía y los jueces;[7] es odiosa a todas las facciones. Todos los prejuicios y todos los vicios se amotinan a su alrededor para ultrajada. La necedad la desconoce o la rechaza. Aunque brilla con celestial belleza, el odio y la ambición afirman que es fea y horripilante. La hipócrita moderación la llama exagerada, incendiaria; la falsa cordura la trata de temeraria y de extravagante; la pérfida tiranía la acusa de violar las leyes y de trastornar la sociedad.[8] La cicuta, los puñales son el precio ordinario de sus lecciones saludables; frecuentemente expía sobre el patíbulo los servicios que quiere hacer a los hombres. ¡Feliz si en sus trabajosa carrera encuentra algunos mortales esclarecidos y virtuosos que le dan asilo, hasta que el tiempo, su fiel protector, pueda vengar sus ultrajes!

¡Pues bien! sean cuales fueren los peligros que acompañan a la promulgación de la verdad, ya que es tan estimable en el fondo, y que puede proporcionar tan grandes bienes, no dejaremos de consagramos a ella. Los campeones del sistema aristocrático, y los patriotas que engañan, publican que formamos una facción de imprudentes. Yo digo que ellos componen una facción de adormecedores. Los instigadores de esta última quieren acostumbrar al pueblo a alabar lo que no es para alabar, porque saben que la multitud no instruida es un ser de costumbres, y que doblegándola al respeto de lo que ellos quieren estabilizar, consolidarán seguramente su imperio; tanto más cuanto que calculan el efecto del cansancio y del alejamiento de toda innovación, que han conseguido hacer temer, con experiencias funestas. Tenía razón, el aristócrata o el realista de Versalles, que ha escrito a Louvet que no estaría mal que aquellos que quieren lanzar el descrédito sobre el sistema de gobierno actual, le atacasen antes que haya podido adquirir la fuerza necesaria para resistir por sí mismo a sus agresores. Dejadle ganar la confianza, y que el despotismo sea lo bastante hábil para dar un poco de pan, y este gobierno estará apuntalado para la eternidad. Estimad primero este sistema en su justo valor; tened la valentía de colocado en su sitio y de decide al pueblo todo lo que pensáis de él; y después, probadle que la democracia, que él ha querido conquistar, en lugar de un poco de pan le asegurará la cantidad suficiente, así como de todo lo que le es necesario... y podéis estar seguros de que haréis prevalecer vuestro sistema sobre los de vuestros diversos enemigos, y de garantizar la victoria del pueblo sobre él mismo.

---

[5] Lo sé bien.

[6] lo que hubiera sucedido con la novela que querían de mí, a seis mil ejemplares.

[7] Tal es ya la suerte de mi Tribuno, porque no es una novela. Pero no importa. Trataremos de que nuestras verdades salven todos los obstáculos, y con un poco más de pena y de lentitud, llegarán.

[8] Tal es la historia de mi Tribuno.

Haced atención que, en este momento preciso, tres partidos, el realista, el aristócrata y el demócrata se aprestan a disputarse la victoria del pueblo. De los tres el que sepa garantizar próximamente una situación mejor, el que muestre mejor por adelantado los medios de garantizarlo, tiene asegurada la victoria.

Pero no hay que retrasarse. Hay que pensar que estamos en la brecha; que el pueblo espera con impaciencia, que no puede, en efecto, esperar por más tiempo; y que tomará una deliberación precipitada en favor de cualquier partido.

¡Que sea por el del pueblo! Que para llegar a ello, los demócratas tengan con ellos al pueblo. Para tenerlo, que le demuestren que los patricios, los ricos, no le darán otra cosa que lo que siempre le han dado: ¡miseria! Que le hagan ver de cerca, tocar esa verdad, que únicamente la democracia puede asegurarles su felicidad, que únicamente ella puede hacer cesar súbitamente este estado de extrema miseria, que no puede aguantar más. Que se le demuestre esto en seguida, y en seguida el pueblo se despertará, aunque esté profundamente adormecido, y será conquistado para él mismo y para sus verdaderos defensores.

La urgencia es tanto más imperiosa, cuanto que se asegura que el realismo está en condiciones de organizar un movimiento, cuyo pretexto será esta hambre terrible, este latrocinio de carestía universal, que él mismo ha creado. Debemos impedírselo, y por ello no tenemos tiempo para perder.

¡Ambiciosos de todos los sistemas! ¡Os engañáis una vez más! Vuestros planes no os saldrán bien, y su atrocidad, llevado a su extremo, servirá para poner término a tales fechorías sin posible semejanza.

¡Patriotas! Estáis algo desalentados, y aun me atrevo a decir que algo pusilámines. Estáis asustados de vuestro reducido número y teméis no tener éxito. Pero acabáis de ver, y todo lo que estáis viendo os lo dice, que ya no se puede retroceder. ¡Vencer o morir! no habéis olvidado que éste fue nuestro juramento. Vuestros enemigos os empujan a la acción; ¡yo también! Procediendo de distinta forma a lo que ellos esperan, empleais el último medio de salvar a la patria. Os haré ser valientes, a pesar de vosotros, si es necesario. Os forzaré a luchar contra nuestros comunes enemigos...

¡Hombres libres! yo no soy nada prematuro... No sabéis todavía cómo y dónde quiero ir. Pronto comprenderéis por qué camino voy; y, o no sois en absoluto demócratas, o lo juzgaréis bueno y seguro. Obreros somos pocos, es verdad, pero reuniremos pronto los necesarios... ¡Patriotas! voy a terminar de traicionar lo que vosotros llamáis *vuestro secreto* y con ello pretendo contribuir a salvaros. ¿Os acordáis de las dos cartas de las cuales os he hablado más arriba? Voy a publicarlas. Son de dos hombres a quienes tengo en estima, los cuales no podrán enojarse por mi infidelidad más que si, contra una poderosa esperanza que me atrevo a dar casi por certitud, no contribuyo con ello a salvar a la patria.

Remito a las dos cartas en la nota siguiente.[9]

[9] 18 Brumario. Admiro tu abnegación y deploro tu delirio ... - Te estimo y te desapruebo.- Nuestra finalidad, nuestro deseo se asemejan perfectamente, y nuestras opiniones se diferencian.- Puedo equivocarme, pero yo deseo que el resultado de tus trabajos sea la felicidad pública y tu propia felicidad.- Te quiero sinceramente, sin estar de acuerdo contigo, porque estoy convencido de que tus intenciones son puras. Firmado L ... 19 Brumario. (cont.)

¡Patriotas! He hecho todo para que reconozcáis, profundamente convencidos, que detestáis el régimen aristocrático al cual estamos encadenados, y para haceros ver, de forma igualmente manifiesta, que sólo suspiráis por el retorno de la democracia que ya habíais conquistado. Lo he hecho porque he creído que era el momento en que se debe emprender el combate entre vosotros y los pérfidos enemigos de ese régimen equitativo. Combate que es ya para vosotros forzado. Esto es lo que yo he querido. Debe hacerse a la fuerza, digo, porque vuestros enemigos no pueden desconocer, y vosotros mismos no podéis ya disimular, aquello que nosotros queremos. Ya no tenemos segunda intención. He creído, y sigo creyendo, que si dejamos escapar este momento para actuar, pronto nos quedaremos sin la esperanza de recobrar ese estado de libertad y felicidad por el cual tantos sacrificios hemos hecho.

Que el gobierno, tan halagado por los republicanos, y que los patricios con los realistas odian tan cordialmente; que el gobierno justifique la esperanza de unos, y pague al odio una retribución merecida. Que facilite, en vez de obstaculizar, los movimientos necesarios para hacer devolver al pueblo todos sus derechos. Que los miembros del Directorio ejecutivo tengan bastante virtud para minar su propio establecimiento. Que lo ejecuten de buen grado, y que sean los primeros en desdeñar todo ese andamiaje de aristocracia superlativa, esta institución gigantesca que se sostendrá con dificultad siempre, porque contrasta demasido con los principios por los cuales hicimos la revolución. Que arrojen todo este aparato, que aparten toda esta pompa veneciana, esta magnificencia casi real, que escandaliza nuestros ojos ya acostumbrados a no admitir más que lo que es simple y lo que refiere la pura igualdad. Que protejan, en lugar de perseguir, aún, a los apóstoles de la democracia, y que dejen que se predique con toda libertad, la santa moral.[10] Que sean tan grandes como lo fueron Agis y Cleómenes en semejantes circunstancias...[11]

¡Hagamos otro alto! En todo lo que precede no hemos hecho más que justificamos de los reproches que se nos han formulado de no tener razón al defender la causa de

---

Tu primer número ha sido leído ante una sociedad de patriotas, que, como tú, han sido víctimas de su amor por la libertad; te escribo en su nombre. Hemos temblado leyendo los pasajes donde atacas la constitución del 95 ... Conocemos nuestras desgracias; apreciamos igual que tú esta constitución. Pero ... has cometido una imprudencia imprimiendo lo que sabemos todos. Amigo mío, no es el momento ... Haz atención ..., tú te debes a tus conciudadanos, tú debes tus luces a este pueblo que amas, pero debes considerar, etc. No desdeñes los consejos de quienes han derramado lágrimas sobre tu cautiverio, etc. Flrmado B.

[10] En este caso, recibiría las seis mil suscripciones, y el papel de Fouché de Nantes se ennoblecería.

[11] Es sabido que en Esparta había dos reyes o miembros del directorio ejecutivo. Nuestro número de cinco es la proporción guardada por la mayor extensión de la República francesa. Agis y Leonidas reinaron al mismo tiempo. Agis, aunque fuese rey, emprende el restablecimiento de las sublimes y muy populares instituciones de Licurgo, que la corrupción y el tiempo habían hecho desaparecer. Leonidas, su colega, se opone a tales meritorios esfuerzos. Una guerra bastante larga comienza entre los dos reyes. Agis sucumbe; muere. Agiatis, su mujer, se casa con Cleomeno, hijo de Leonidas, enemigo y verdugo de su primer esposo. Pero ella logra entusiasmar el alma de Cleomeno con el anhelo de terminar la gloriosa empresa que Agis había comenzado. Cleomeno consigue poner este proyecto en ejecución. Los lacedemonios encuentran en él un nuevo Licurgo, y disfrutan otra vez del beneficio de la adorable democracia.

¿Hay Cleomenos o Agis en nuestro directorio? Si existen, que se pronuncien e impongan silencio a los Leonidas. Con esta única condición pueden expiar el crimen de haber aceptado un empleo cuya institución consagra la usurpación de la soberanía del pueblo. Si todos son Leonidas, todos, de acuerdo con el principio republicano, merecen la muerte. La de Luis XVI no fue especialmente motivada más que por ser rey. Todo hombre que lo sea, poco importa el nombre con que se encubra, debe esperar el mismo fin.

la libertad violada y de los derechos del pueblo secuestrados, con los grandes principios. Nos han obligado a escribir un pequeño volumen para probar que no era un crimen hablar del restablecimiento de la democracia, y que no era indiscreción hablar de ese restablecimiento en el presente. Llega el momento de dar cabida en este número a los hechos. Es hora de hablar de la democracia misma; de definir lo que nosotros entendemos por tal; y lo que queremos que nos proporcione; de concertar, en fin, con todo el pueblo, los medios de fundarla y mantenerla.

Se equivocan aquellos que creen que yo no me muevo más que con la intención de hacer sustituir una constitución por otra. Tenemos más necesidad de instituciones que de constituciones. La constitución del 93 había merecido aplausos de todas las gentes honestas, porque preparaba el camino a las instituciones. Si con ella esta finalidad no hubiera sido alcanzada, habría dejado de admirarla. Toda constitución que deje subsistir las antiguas instituciones humanicidas y abusivas cesará de causarme entusiasmo; todo hombre llamado a regenerar a sus semejantes, que se arrastre penosamente en la vieja rutina de las legislaciones precedentes, cuya barbarie consagra que hayan seres felices y desgraciados, no será jamás, a mis ojos, un legislador: no inspirará jamás mis respetos.

Trabajemos para fundar primero instituciones buenas, instituciones plebeyas, y estaremos seguros de que una buena constitución vendrá después.

Las instituciones plebeyas deben asegurar la felicidad común, el bienestar igual de todos los coasociados.

Recordemos algunos de los principios fundamentales desarrollados en nuestro último número, sobre el artículo: De la guerra de los ricos y de los pobres. Repeticiones de este género no aburren a quienes interesan.

Hemos planteado que la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de atacar a este derecho natural, debe dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será nunca violado, que desde aquel momento no hubieran debido existir nunca instituciones que favorecieran la desigualdad, la codicia, que permitieran que lo necesario de unos pueda ser secuestrado para formar lo superfluo de los otros. Que sin embargo, había sucedido lo contrario; que absurdas convenciones se habían introducido en la sociedad y habían protegido la desigualdad, habían permitido que un pequeño número despojara a la gran mayoría; que hubieron épocas en las que el resultado de estas mortíferas reglas sociales era que la universalidad de las riquezas de todos se encontraba en manos de unos pocos; que la paz, que es natural cuando todos son felices, forzosamente debía perturbarse; la masa no podía subsistir, porque encontraba todo fuera de su alcance, y corazones sin piedad en la casta que todo había acaparado; estos efectos determinaban la época de estas grandes revoluciones, fijaban estos periodos memorables anunciados en el libro del Tiempo y del Destino, cuando un trastorno general en el sistema de la propiedad se hace inevitable, cuando la revuelta de los pobres contra los ricos se convierte en una necesidad que nada podrá vencer.

Hemos demostrado cómo, desde el año 89, habíamos llegado a este punto, y que por ello estalló entonces la revolución. Demostramos cómo desde el 89, y muy particularmente desde el 94 y el 95, la aglomeración de las calamidades y de la opresión

pública habían acelerado singularmente la urgencia del levantamiento majestuoso del pueblo contra sus espoliadores y sus opresores.

Se necesitan tribunos, en tales circunstancias, para hacer oír los primeros toques de alarma, para poner en guardia y dar la señal a todos sus hermanos que sufren. Los primeros que muestran suficiente energía para atacar con gran envergadura a los opresores, son reconocidos y adoptados por los oprimidos. Así lo fue Lucio-Junio Bruto, primer tribuno de Roma,[12] en el momento en que el pueblo se retiró al Monte Sagrado. El cuadro del estado miserable a que se encontraban reducidos entonces los romanos, por la atroz falta de humanidad de sus patricios, no puede ponerse en paralelo con el de nuestra situación actual, igualmente debida a la no menos extraña barbarie de nuestro millón dorado. Los romanos se hallaban sumergidos en deudas y para pagadas sus acreedores les reducían a la esclavitud; pero estas deudas prueban que, como mínimo, encontraban al menos algún socorro en la casta tiránica; y si ésta los reducía a la esclavitud, al menos, se comprometía a proporcionarles los alimentos. A nosotros en lugar de esto, no nos hacen contraer deudas, se contentan con despojarnos de nuestra última pieza de ropa; no se nos reduce a la esclavitud, se prefiere, cuando ya no nos queda nada, ¡dejamos morir de hambre!

Se había ya dibujado con trazos de lágrimas de sangre, antes del primero Pradial, la triste pintura de los males que nos ahogan.

Nuestros cuerpos extenuados por la necesidad -se lee en una petición de mujeres de París-, no pueden ya sostenerse... Hemos esperado a que la masa de nuestras desgracias no encuentre ninguna excusa en nosotras mismas, a fin de que la malevolencia no tenga ningún pretexto para calumniarnos. No podemos permanecer como frías espectadoras del suplicio del hambre que desgarra nuestras entrañas... No podemos ser insensibles testigos de nuestra muerte periódica, graduada según los cálculos de la ambición y de la codicia avarienta... No podemos ver por más tiempo a nuestros hijos morir sobre nuestros pechos fláccidos; ¡no extraen más que sangre, en lugar de la leche que la naturaleza les destina como alimento! ¡Administradores! ¡Gobernantes!... ¡mirad a esas madres infortunadas, cuyos hijos, alcanzados por la plaga del hambre, mueren antes de nacer! ¡Mirad a nuestros familiares, nuestros amigos, nuestros hermanos arrebatados por el hambre! Id ante sus tumbas numerosas; desde el fondo de sus ataúdes os gritan: ¡Es el hambre quien nos asesinó! ¡Morimos en la angustia de la desesperación y la rabia! ... ¡Decid a nuestros hijos que nos sigan; que no sufran mil muertes en vez de una sola que la naturaleza nos reservaba! ¡La generación se acaba antes del término!... ¡Las generaciones que deben reemplazarlas, se detienen y se retrogradan en su desarrollo! ... ¡Las fuerzas de todas las edades se gastan y se apagan! ... ¡El dolor, la fiebre nos abruma y mina a casi todos los ciudadanos! ¡La peste, que siempre es la horrible seguidora del hambre, se nos llevará por miles! ...

[12] Ordinariamente no se celebra más que a dos Brutos, aquel que expulsó a los Tarquino, y el que apuñaló a Julio César. Sorprende que se hable menos del que habiéndose proclamado *jefe del pueblo* en el Monte Sagrado, obtiene la abolición de las deudas, instituyó el tribunato, e hizo condenar a Coriolán al exilio.

Este documento quedará para la posteridad, a fin de testimoniar de los crímenes inimaginables, y para colocar a nuestros hambreadores y nuestros verdugos por encima de todos los asesinos de la humanidad que la historia nos había dado a conocer.

¿Qué necesidad hay de presentar un nuevo cuadro de nuestra situación constantemente horrorosa? Consagremos, transmitamos a nuestros sobrinos aquél, bien fiel, que acaba de aparecer fijado en los muros de París, y que lleva el sello de los Patriotas del 89.

El pueblo -se dice en él- siente sus entrañas desgarradas por la necesidad. Ha vendido sus muebles, su ropa, la de sus hijos, con el fin de retener aún por algunas horas la vida que se le escapa. El avariento poseedor de granos, niega a sus semejantes, incluso a precio de oro, la subsistencia que les falta. El pobre muere al lado de la abundancia, que no es ya para él, y a la cual no se atreve ni puede tocar. El rico acaparador, saciado de delicias, se reposa tranquilamente sobre sacos de harina que su codicia almacena apaciblemente en medio de la miseria universal.

El agiotista infame se acuesta sobre montones de oro y de asignados, que él desprecia para apropiárselos, y que son el fruto injusto de su bandidaje periódico y de su rapacidad devorante. El hambre horrenda, creada por el sistema despoblador de la contrarrevolución, se lleva a la tumba a la generación presente y a aquella que aún no ha nacido. El valor de los asignados se encuentra reducido a casi nada, por la depreciación que les ha impuesto el maquiavelismo de los conspiradores, por las maniobras del agiotaje mortal, que continúa siendo permitido y tolerado. El precio de todos los productos se ha centuplicado. Mientras que el precio de un trabajo honesto no ha seguido ni mucho menos la misma proporción. Entre los ciudadanos que sobreviven a los estragos desoladores del hambre y al debilitamiento general, el ciudadano que no tiene más que una renta mediocre, se ve golpeado radicalmente. Se encuentra sin recursos. No le queda más que la desesperación y la muerte.

¿Hasta cuándo -se exclama más adelante- perdurará la rabia de los enemigos del pueblo? ¿Hasta cuándo la justicia será proscrita del territorio de la libertad? ¿Hasta cuándo será muda e impotente?

¡Oh, vosotros que hacéis oír esta interpelación, no la habréis pronunciado en vano! Nos corresponde a nosotros responderos.

¿Hasta cuándo, decís, durará el silencio de la justicia? ¿Hasta cuándo perdurará la rabia de los enemigos del pueblo? ... Hasta que el pueblo sea lo que ha sido en todos los lugares y en todos los tiempos, cuando se ha mostrado digno, por su coraje, de triunfar sobre sus enemigos, y de hacer triunfar esta justicia que ama. Hasta que no cierre más la boca a aquellos que desean defenderle. Hasta que no trate más de imprudentes a los hombres que se sacrifican para declarar una terrible guerra a sus yuguladores.

¿Desde cuándo se ha osado predicar esta singular doctrina del silencio, en el momento en que la tiranía se muestra más audaz y más abominable? ¿Desde cuándo se dice que hay que callarse, cuando los males llegan al colmo, cuando los asesinos del pueblo les golpean sin piedad? ... ¡Es un imperativo de la política! Tal política es nueva. Ordinariamente es el exceso de impudicia bárbara de los opresores de la tierra lo que ha sacado a los pueblos de su tranquilidad natural, y les ha hecho aplastar

a sus tiranos. Las verdades redentoras no dividieron jamás a los amigos de la patria, desorientaron siempre a los falsos patriotas; y hubo que considerar como tales a todos aquellos que quisieron ahogar esas verdades. Estas aumentaron el número de patriotas, ofreciendo a todos los que sufrían un cable de salvación. Jamás se ha temido dejar ver el fin que se quería alcanzar. Los romanos no escondían que querían tierra para poder vivir. No se apuraban por los clamores, las trampas, y los sofismas de los patricios. No se les calló con el axioma imbécil de: *Respeto a las propiedades.* Sabían responderle con: *Respeto a las propiedades respetables*. Por su declaratorio, por sus manifiestos siempre ostensibles, siempre totalmente públicos, se incorporaban al menos a su partido, porque cada uno percibía dónde se quería llegar, y cada uno, guiado por sus intereses, se prestaba a secundar el objetivo. Mientras que aquí, si no queremos que nada se vea, si no mostramos nada que pueda interesar a la mayoría, si no se entrevé nada que recuerde la dicha que sigue al derrocamiento de la tiranía, ¿cómo queréis que haya decisión contra ella y que se piense en perturbada? ¿Por qué y para quién queréis que nos enardezcamos?

¡Desgraciados franceses! abrid algunos volúmenes de la Historia, y en cualquiera veréis si los hombres que más han merecido sus elogios y nuestra admiración, no han tenido jamás miedo a decir toda la verdad cada vez que se ha desencadenado contra el género humano toda la opresión.

Roma era, en el año 268 de su era, lo que aproximadamente es Francia en el año 4 de la República. Pero ¿se predicaba el dogma del silencio y de la paciencia entonces? ¿el de la prudencia y la constancia?... No. Casio Viscelino se presenta. Pone la mano directamente en la llaga. Aun siendo patricio, es él quien propone la ley agraria. *Es soberanamente injusto,* exclama, *que el pueblo romano, tan valiente, y que cada día expone su vida para ensanchar los confines de la República, languidezca en una vergonzosa pobreza, mientras que el senado y los patricios disfrutan solos del fruto de sus conquistas ... ¡Plebeyos!,* añade, *depende sólo de vosotros el que salgáis de una vez de la miseria en que os ha hundido la avaricia de los patricios.* Este discurso, dice Vertot, fue acogido por el pueblo con gran entusiasmo. No hubo más que el infame Appius y sus agentes (los Louvet, Réal y Méhées de aquel tiempo) que trataron a Casio de realista, como los Appius de hoy me tratan a mí.

En el 283, el penoso estado del pueblo continuaba siendo el mismo. Pero el senador Emilio no fue bastante prudente para ser testigo y disimular su indignación. He aquí cómo y con qué fuerza se expresa: ¡Romanos! no, nada me parece más injusto que ver cómo sólo particulares se enriquecen de los despojos de los enemigos, mientras que el resto de los ciudadanos gime en la indigencia y en la miseria. ¡Cómo! los pobres plebeyos temen tener hijos a los cuales no podrían dejarles más que su propia miseria en herencia. En vez de cultivar cada uno la parte de tierra que les pertenecía, están obligados para poder vivir, a trabajar como esclavos en las tierras de los patricios. ¡Esta vida servil es poco propicia para formar el coraje de un romano! ... si es imposible mantener la paz y la unión entre los ciudadanos de un Estado libre, si por virtud de la ley, no se acortan las distancias entre la condición de los pobres y la de los ricos, y si no se reparten, en partes iguales, las tierras conquistadas a los enemigos.

Que se escuche a Terentilo Arsa, tribuna. No es ni menos claro ni menos enérgico cuando hace aprobar el decreto que lleva su nombre, *la ley terentila*. Se preocupaba poco de las murmuraciones del petimetre Cesan, digno hijo de aquel viejo avaro, de aquel viejo hipócrita de Cincinato, que sólo imbéciles o pillos pueden encomiar; y que, bajo su dictadura, mostró que no era otra cosa que un egoísta empedernido, un orgulloso tartufo, y un enemigo del pueblo.

Escuchemos ahora a un soldado veterano. Su nombre es Siccius-Dentatus. Su discurso está hecho para servir de modelo a aquellos que legítimamente podrían pronunciar nuestros guerreros, que se han ilustrado en tantos peligros y victorias. Los motivos en los cuales se apoya este discurso, chocan extraordinariamente por su similitud con los motivos que podrían presentar nuestros defensores. Siccius habla:

"Hace cuarenta años que llevo las armas. He participado en ciento veinte combates en los cuales me han herido cuarenta y cinco veces, y siempre de frente. En una sola batalla me han herido en doce lugares distintos. He obtenido catorce coronas cívicas, por haber salvado la vida durante un combate a catorce ciudadanos. He recibido tres coronas murales, por haberme lanzado el primero en la brecha, en las plazas que se han tomado por asalto. Mis generales me han gratificado con otras ocho coronas, por haber retirado, de manos de los enemigos, los estandartes de las legiones. Conservo en mi casa ochenta collares de oro, más de sesenta brazaletes, jabalinas doradas, magníficas armas y arneses de caballos, como testimonio y recompensas de las victorias que he ganado en combates singulares, y que se han desarrollado en la primera línea de los ejércitos. Sin embargo, no se ha tenido ningún miramiento a estos signos honorables de mis servicios. Ni yo, ni tantos valientes soldados que gracias a su sangre han ganado para la República la mayor parte de su territorio, no poseemos ni una mínima parte. Nuestras propias conquistas se han transformado en botín de algunos patricios, que no tienen más mérito que la pretendida nobleza de su origen y la recomendación de su nombre. No hay ninguno que pueda justificar, con títulos, la posesión legítima de sus tierras; a menos que no consideren los bienes del Estado como su patrimonio, y los plebeyos como viles esclavos, indignos de tener parte en la fortuna de la República. Pero ha llegado el momento de que este pueblo generoso se haga justicia a sí mismo, y debe mostrar, en cada lugar, autorizando, inmediatamente, la ley de la distribución de la tierra, que su firmeza para sostener las propuestas de sus tribunos, no es menor que la valentía mostrada en el campo de batalla, contra los enemigos del Estado".

Cuando para eludir las justas reclamaciones del pueblo, se busca alejarlo del interior, suscitando fuera una guerra que le ocupe, es también un tribuno, Canuleius, quien se levanta y dirigiéndose al senado, le dice valientemente: "Hablad de guerra tanto como os plazca; con vuestros habituales discursos podéis hacer aún más amenazante la coalición y la fuerza de nuestros enemigos; ordenad, si queréis, que se lleve vuestro tribunal a la plaza para hacer las levas, yo declaro que este pueblo, que vosotros despreciáis tanto, y al cual sin embargo debéis todas vuestras victorias, no se enrolará más; que nadie se presentará para tomar las armas, y que no encontraréis ningún plebeyo que quiera exponer su vida para amos orgullosos, a quienes no descontenta asociarnos a los peligros de la guerra, pero que pretenden excluirnos de las recompensas debidas al valor; y de los mejores frutos de la victoria".

Es en circunstancias bien parecidas cuando Icilius, otro tribuno, sabe también decir al pueblo: “No busquéis a vuestros verdaderos enemigos fuera de Roma. La más importante guerra que debéis sostener, es la que el senado hace al pueblo romano desde hace tiempo”.

Y es Manilius, que no era tribuno, pero que quiso hacer tanto como ellos; Manilius Capitolin, que la aristocracia calumnió, acusándole de aspirar a la realeza, y que no fue, creo, más que víctima de un fervor muy puro; Manilius, ¿tampoco es digno, ¡franceses! de serviros de guía en las funestas circunstancias en que os encontráis? Apreciad su arenga, cuando también establece la justicia incontestable del reparto de las tierras públicas, y de la necesidad de instituir una igualdad justa entre todos los ciudadanos de un mismo Estado: “No alcanzaréis jamás el fin de una empresa tan grande -dice-, mientras no opongáis al orgullo y a la avaricia de los patricios, más que quejas, murmuraciones y vanos discursos. Ya es tiempo de liberaros de su tiranía”.

¿Tenéis necesidad, mis conciudadanos, de más ejemplos que dicten vuestra conducta? He aquí otra salida de Sextius, que, ciertamente, podría pasar por imprudente. Esta importancia fue sin embargo la que trajo la *ley Licinia*, del nombre de su primer autor, Licinio Stolon, colega de Sextius, esta ley, la más bella que fue legislada en Roma, y que en fin, puso barreras a la monstruosa desigualdad. Pero escuchemos a quien mejor habló para hacerla aceptar: Es este reparto tan desigual entre ciudadanos de una misma República -decía Sixtius- la causa de que el pueblo gima bajo el peso de las usuras, y de que veamos todos los días a hombres libres encadenados y arrastrados a la cárcel como esclavos. Y no hay que envanecerse de que los ricos moderen un poco su avaricia, ni de que los patricios suelten algo de este imperio tiránico que ejercen sobre nuestros bienes y sobre nuestras personas, a menos que el pueblo no tenga el suficiente coraje para establecer magistrados salidos totalmente de su seno, que sean los intérpretes de sus necesidades, y los protectores de su libertad.

No acabaría, si quisiera citar todos los discursos propios para estimular a los hombres que tienen la desgracia de sentirse abrumados bajo la opresión. No hay sin duda necesidad, y la opresión misma debe ser un estimulante suficiente. Sin embargo, no puedo dispensarme de ofrecer aún, para ejemplo alentador, esta moción inmortal del tribuno por excelencia, del hombre que admiro y estimo más; quiero hablar del nieto del gran Escipión, de Tiberio Graco; al que los desalmados abrumaron con la vulgar calumnia de que escondía, bajo las apariencias de excesiva popularidad, la ambición secreta de una corona; y quiero hablar de los curiosos medios por los cuales caminaba hacia ella. “Las bestias salvajes -decía- tienen guaridas y cavernas para retirarse, mientras que los ciudadanos de Roma no encuentran ni tejido ni cabaña, para ponerse a cubierto de las injurias del tiempo; y sin estancia fija ni habitación, van errantes, como desgraciados proscritos, en el seno mismo de su patria. Se os llama amos y señores del universo. ¡Qué señores! ¡Qué amos! ... ¡vosotros, a los que no se os ha dejado ni una pulgada de tierra, que pudiera, al menos, serviros de sepulcro!”

No seré yo quien busque desviar el profundo sentido de este hermoso discurso, y ¡plazca al cielo que el pueblo se penetre de él y sepa sacarle partido de una buena vez! Plazca al cielo que abogados, vasijas de elocuencia, no le salgan jamás al paso, para alterar la importante significación.

Aprecio tan poco al hablador Cicerón, que viene a contrariar a Rullus, el último émulo de los Gracos, como al *Orador Plebeyo*, cuando desfigura la doctrina de aquellos a los que ha consagrado en su propio epígrafe.

¿Es la ley agraria lo que queréis? exclamarán miles de voces de gente honesta. No: es más que esto. Conocemos el argumento invencible que podrían oponemos. Se nos diría, y con razón, que la ley agraria no puede durar más que un día; que desde el día siguiente de su establecimiento, la desigualdad volvería a aparecer. Los Tribunos de Francia que nos han precedido, han concebido mejor el verdadero sistema de la felicidad social. Han comprendido que no podía residir en otra cosa más que en las instituciones capaces de asegurar y de mantener inalterablemente la igualdad de hecho.

La igualdad de hecho no es una quimera. El ensayo práctico fue hecho con éxito por el gran tribuno Licurgo. Es cosa conocida cómo llegó a instaurar este sistema admirable, en el que los cargos y las ventajas de la sociedad estaban repartidos por igual, donde lo suficiente era la parte de todos sin pérdida, y donde nadie podía llegar a lo superfluo.

Todos los moralistas de buena fe reconocieron este gran principio e intentaron hacerlo cansagrar. Los que lo enunciaron con más claridad fueron, a mi parecer, los hombres más estimables y los tribunos que más se distinguieron. El judío Jesucristo no merece más que mediocremente este título, por haber expresado demasiado oscuramente la máxima: Ama a tu hermano como a ti mismo. Lo que sin duda insinúa, pero no dice bastante explícitamente, es que la primera de todas las leyes es que nadie puede legítimamente pretender que ninguno de sus semejantes sea menos feliz que él mismo.

Juan Jacobo precisa mejor este mismo principio, cuando escribe: “Para que el estado social sea perfeccionado, es necesario que cada uno tenga lo suficiente y que nadie tenga en demasía”. Este corto pasaje es, en mi criterio, el elixir del contrato social. Su autor lo ha expresado de la forma más inteligible que podía hacerlo en los tiempos en que él escribía, y estas escasas palabras bastan para el que quiere comprender.

Escuchad a Diderot, no os dejará tampoco ningún equívoco sobre el secreto del verdadero y único sistema de sociabilidad conforme a la justicia:

“Discurrid tanto como os plazca -dice- sobre la mejor forma de gobierno; nada habréis hecho mientras no destruyáis los gérmenes de la codicia y de la ambición. No hay necesidad de comentario para explicar que en la mejor forma de gobierno es necesario que haya imposibilidad para todos los gobernados de devenir o más ricos o más poderosos en autoridad que cada uno de sus hermanos; a fin de que al término de una justa, igual y suficiente parte de las ventajas para cada individuo, la codicia se detenga y la ambición encuentre límites juiciosos.

Robespierre os dirá, también, que tales son las bases de todo pacto fundado sobre la equidad, sobre los derechos primitivos o naturales. La finalidad de la sociedad, dice en su *Declaración de los Derechos*,[13] es la felicidad común, es decir, evidentemente,

[13] La declaración de los Derechos del 93 está totalmente redactada por Robespierre. Véase el proceso verbal de la sesión de los Jacobinos, del 21 de abril del 93, un proyecto de *Declaración de los Derechos*, presentado por él y (cont.)

la felicidad igual de todos los individuos, que nacen iguales en derechos y en necesidades. Y más adelante, esta otra máxima de moral eterna: *No hagas jamás a otro lo que no quieres que te hagan a ti*. Es decir: Haz a los otros todo lo que tú quisieras que te hicieran; desea que cada uno de los demás sea tan feliz como tú deseas serlo, sé, en consecuencia totalmente igual a ti, ni más ni menos.

¿Y no estaba armado de soberana razón Saint-Just, cuando ante quienes parecía quisieran discutir sus verdades indiscutibles, les dio una doble égida al dirigiros estas admirables palabras a vosotros, *sans-culottes* aún oprimidos?: Los desgraciados son las energías de la tierra, tienen derecho a hablar como amos a los gobiernos que les abandonan".

La religión de la igualdad pura, que nosotros osamos predicar a todos nuestros hermanos despojados y hambrientos, quizá les parezca a ellos mismos nueva, aunque sea tan natural; les parecerá, digo, quizá nueva, por la sencilla razón de que hace tanto tiempo que hemos envejecido dentro de nuestras bárbaras y tortuosas instituciones que nos cuesta concebir otras más justas y más simples. Pero deben saber que yo no soy el primer precursor de ellas.

Ocuparon plenamente la carrera de convencional de Armando de la Meuse quien aún vive y se desliza por no sé cuál de los dos consejos. ¿Podrá creerse que el 26 de abril del 93, el periódico de Adouin conserva un discurso de él verdaderamente notable?

Los hombres que quieren ser verdaderos, confesarán que después de haber obtenido la igualdad política en el derecho, el anhelo más natural y el más activo es el de la igualdad de hecho. Es más, en el anhelo o la esperanza de esta igualdad de hecho, la igualdad de derecho no sería más que una cruel ilusión que, en lugar de las dichas que ha prometido, sometería al suplicio de Tántalo a la parte más numerosa y útil de los ciudadanos.

Añadiré que las primitivas instituciones sociales no han podido tener otro objetivo que el de establecer la igualdad de hecho entre los hombres; y diré, además, que en moral no puede existir una contradicción más absurda y más peligrosa que la igualdad de derecho, sin la igualdad de hecho: Ya que si yo tengo el derecho, la privación del hecho es una injusticia que subleva.

Apartemos todas estas distinciones metafísicas, estas producciones falaces y seductoras de la vanidad y del egoísmo. Hay una verdad eterna, a la cual todo el mundo finalmente debe rendir voluntariamente el homenaje que se le debe, si se quiere evitar el homenaje forzado que se le quisiera quizá rendir cuando fuera demasiado tarde; es que la igualdad de derecho es un don de la naturaleza, y no una donación de la sociedad: he aquí los derechos del hombre. Pero por no haber sido reconocidos estos derechos, y la igualdad de derecho no habiendo procurado casi nunca a los hombrse débiles la igualdad de hecho, sin la cual la primera no podía representar nada para ellos, se han reunido para asegurarse mutuamente, y de hecho, el gozo de la igualdad de derecho: He aquí los derechos del ciudadano.

---

cuya adopción, impresión y comunicación fueron votados. Compárese este proyecto con la Declaración tal y como fue definitivamente adoptada, no hay ni una palabra cambiada.

Si los hombres, en el estado natural, nacen iguales en derecho, de ningún modo nacen iguales de hecho; ya que la fuerza y el instinto, que les viene también de la naturaleza, establece entre ellos una desigualdad muy grande de suerte, a pesar de la igualdad de derechos: pero su reunión y sus instituciones sociales no pueden y no deben tener otro objetivo que el de mantener de hecho, esta igualdad de derecho, protegiendo al débil de la opresión del fuerte, y sometiendo la industria de unos a la utilidad de todos.

... El error más funesto y más cruel en que han caído la asamblea constituyente, la asamblea legislativa y la convención nacional, siguiendo servilmente los pasos de los legisladores que les han precedido, es ... no haber señalado los límites de los derechos de propiedad y haber abandonado al pueblo a las especulaciones ávidas del insensible rico.

No busquemos si en la ley de la naturaleza puede haber propietarios, y si todos los hombres tienen igual derecho a la tierra y a sus productos; no hay ninguna duda, y no puede haberla entre nosotros, sobre esta verdad.

Lo que importa saber y determinar bien es que si, en el estado de sociedad, la utilidad de todos ha admitido el derecho de propiedad, también ha tenido que limitar el uso de este derecho, y no dejarlo a la arbitrariedad del propietario; ya que admitiendo este derecho sin precaución, el hombre que por su debilidad en el estado natural estaba expuesto a la opresión del más fuerte, no habría hecho más que cambiar de desgracia por el vínculo social.

Lo que era debilidad en el primer estado, se ha transformado en pobreza en el segundo. En uno, era la víctima del más fuerte; en el otro, es la del rico y el intrigante. Y la sociedad, lejos de ser beneficiosa para él, le habrá, por el contrario, privado de sus derechos naturales, con tanta más injusticia y barbarie que, en el estado natural, podía al menos disputar sus alimentos a las fieras, mientras que hombres más feroces que éstas, le prohiben esta facultad con este mismo vínculo social, de tal forma que no se sabe qué es lo que debe extrañar más, si la imprudente insensibilidad del rico, o la paciencia virtuosa del pobre.

Sin embargo, sobre esta paciencia descansa el orden social; sobre esta paciencia el rico voluptuoso descansa tranquilamente; en virtud de esta paciencia virtuosa y magnánima, el pobre, encorvado desde su infancia sobre la tierra, no puede tomar reposo en ella más que para no verla más; feliz de encontrar en este terrible reposo el fin de sus males; y, como premio de tanta virtud, todavía le abandonaríamos a nuestras instituciones bárbaras, ¡y nos atreveríamos a perpetuar vejaciones y abusos!

Ya podemos afirmar que el pobre goza, como el rico, de igualdad común ante la ley; se trata de una simple seducción política. No es una igualdad mental lo que necesita el hombre que tiene hambre o pasa necesidades: disponía de esta igualdad en el estado natural. Y repito, no se trataba de un don de la sociedad; para limitar ahí los derechos del hombre, tanto y más le hubiera valido permanecer en el estado natural, buscando y disputando su subsistencia en los bosques y al borde del mar y los ríos.

La primera y la más peligrosa de las objeciones, si bien es la más inmoral, es el pretendido derecho de propiedad, en la acepción recibida. ¡El derecho de propiedad! ¿Pero, cuál es este derecho de propiedad? ¿Se quiere decir la facultad ilimitada de

disponer de ella a su gusto? Si se entiende así, lo digo a voz en grito, es admitir la ley del más fuerte, es engañar el desiderátum de la asociación, es devolver a los hombres al ejercicio de los derechos naturales, y provocar la disolución del cuerpo político. Si, por el contrario, no se comprende así, pregunto ¿cuál será la medida y el límite de este derecho? porque, en fin, es necesario que existe. ¿No lo esperáis, suponemos, de la moderación de los propietarios?

... ¿Queréis de buena fe la felicidad del pueblo? ¿Queréis tranquilizarlo? ¿Queréis ligarlo indisolublemente al éxito de la revolución y al establecimiento de la República. ¿Queréis que cesen estas inquietudes y las agitaciones intestinas?, ¡declarad hoy mismo que la base de la constitución republicana de los Franceses será la limitación del derecho de propiedad! ...

Ya no es en los espíritus donde hay que hacer la revolución, no es ya aquí donde hay que buscar su éxito: en ellos, está hecha y rehecha desde hace tiempo; toda Francia os lo testimonia; pero es en las cosas donde es necesario que esta revolución, de la cual depende la felicidad del género humano, se haga al fin también y plenamente. ¡Ah! ¿qué le importa al pueblo, que les importa a todos los hombres un cambio de opinión que no les proporcione más que una felicidad ideal? Puede uno extasiarse, sin duda, ante este cambio de opinión; pero estas beatitudes espirituales no convienen más que a los espíritus refinados y a los hombres que gozan de todos los dones de la fortuna. A ellos les es muy fácil embriagarse de libertad e igualdad; también el pueblo ha apurado la primera de estas copas con delicia y delirio; también a él le han embriagado. Pero temed que esta embriaguez no pase, y que, más calmados, y más desgraciados que antes, no atribuyan todo a la seducción de algunos falaces; temed lleguen a pensar haber sido juguete de las pasiones o de los sistemas, y de la ambición de algunos individuos. La situación moral del pueblo no es hoy más que un sueño maravilloso que hay que realizar, y no lo podéis realizar más que haciendo en las cosas la misma revolución que habéis hecho en los espíritus.

¿Y por qué no dejaremos a nuestro hermano Antonelle soportar su parte en la reprobación y el odio que no dejarán de ser derramados por los amigos y los defensores de la propiedad, sobre quienes conciben y proclaman ideas de nivel y de compás? No habrá escrito en vano, en sus *Observaciones sobre el derecho de ciudadanía*, los pasajes siguientes:

La naturaleza no ha producido propietarios como no produjo nobles; no ha producido más que seres desprovistos, iguales en necesidades como en derechos. La sociedad, formándose, ha debido consagrar y reconocer esta igualdad de derecho, precisamente a causa de la evidente igualdad de necesidades y de la identidad sensible de la especie. Los progresos del estado civil no han podido atacar legítimamente esta igualdad de derechos; por el contrario, no podían más que demostrar su justicia y necesidad.

En toda sociedad bien ordenada, se ha debido pensar, jamás debía olvidarse que, lejos de dejar debilitar o alterar esta santa doctrina, era necesario reforzarla con todos los apoyos, para que, a despecho de la avidez devorante y del desdeñoso orgullo, al menos no faltara lo necesario jamás a nadie ...

El territorio en masa es esencialmente comunal; es, de acuerdo con esta norma, la propiedad *pro indivis* del pueblo soberano, de la masa total de los franceses que la ocupan y viven de sus productos ...

El territorio nutre igualmente a aquellos que tienen y a aquellos que no tienen ningún arpens (unidad de medición agraria) de tierra. Todos en conjunto forman la Nación, propietaria real e indesposeíble de todo este territorio.

Los principios de este sistema de verdadera igualdad tienen que haber aparecido como los únicos justos, los únicos indiscutibles para que hasta los hombres menos severos en moral parezca que, de una forma u otra, se hayan visto obligados a rendirles homenaje. Raynal, que, sin duda, no era un apóstol decidido del plebeyismo, ha dicho (tomo 1, libro 2) hablando de los bátavos, de su opresión bajo los Stathouders, de su decadencia y de los medios de retornar a su antiguo esplendor: La ventaja de un pueblo indigente al que se oprime es que no tiene que perder más que la vida que lleva a rastras; palabras llenas de reflexión y que contienen un plan completo de una nueva franquicia para los pueblos que la necesitan.

Sería bastante curioso, quizá, ver que nos apoyemos también en Tallien para reforzar la justicia del sistema de la igualdad más rigurosa. Sin embargo, es verdad, nosotros, que conservamos todo lo que se ha escrito, hemos encontrado en el periódico que Tallien publicaba en marzo del 93, bajo el título El Amigo de los *Sans-culottes* estos principios niveladores:

“Preparémonos a discutir, con la calma que conviene a los hombres libres, el nuevo proyecto de constitución que de un momento a otro presentará a la República la Convención nacional ... Pensemos que un día debe ser el código del universo; que no debe apoyarse más que sobre las únicas bases de la libertad y de la igualdad; que debe asegurar al pueblo el ejercicio de todos sus derechos; que, sin todas estas condiciones, es inadmisible, y debiera ser rechazada con la indignación que merecería la conducta de los mandatarios infieles de los cuales fuera obra”. (*El Amigo de los Sans-culottes,* por Tallíen, No. 70).

Nos hace falta una constitución popular y no un galimatías de metafísica ... Los republicanos de Laval, han jurado sobre sus sables morir por la defensa de los derechos del hombre y de la igualdad plena y entera. (El amigo de los *Sans-culottes* por Tallien, mismo número).

Fue haciendo volver las leyes a la igualdad prescrita por la naturaleza; fue defendiendo con constancia la dignidad de los plebeyos, como los Tribunos prepararon y consumaron la fortuna del Estado. (El Amigo de los *Sans-culottes* por Tallien, No. 71; citación de Mably).

Se habla mucho de anarquía, yo respondo que cesará en el momento en que los agentes de la República cesen de urdir sus tramas contra la libertad; yo respondo también que cesará en el momento en que las fortunas serán menos desiguales. (El Amigo de los *Sans -culottes*, por Tallien, mismo número).

"Sancionar a la opulencia, aliviar a la miseria, aniquilar a la una con lo superfluo peligroso de la otra; he aquí todo el misterio de la revolución. (*El Amigo de los Sans-culottes,* por Tallien, mismo número).

J. J. Rousseau os ha trazado vuestro camino, seguid a este guía; el estado social, os ha dicho, no es ventajoso a los hombres más que en tanto todos posean algo y ninguno de entre ellos posea en demasía. (El Amigo de los *Sans-culottes*, por Tallien, No. 72).

En fin, Fouché de Nantes es digno de nuestra más grande admiración, cuando le vemos consagrar, en pocas palabras, en su orden dada en Nevers el 24 de septiembre del año 2, nuestra santa y sublime doctrina:

Considerando -nos dice en él- que el primer deber de los mandatarios del pueblo debe ser tender a restablecer prontamente sus derechos, a hacer respetar su soberanía y manifestar su pleno poder;

Considerando que la igualdad que el pueblo reclama, y por la cual derrama su sangre desde la revolución, no debe ser para él una engañosa ilusión;

Considerando que todos los ciudadanos tienen igual derecho a las ventajas de la sociedad; que sus placeres deben estar en proporción a sus trabajos, a sus industrias y al entusiasmo con que se entregan al servicio de la patria;

Considerando que en donde hay hombres que sufren, hay opresores, hay enemigos de la humanidad;

Considerando que la superficie de la República ofrece todavía el espectáculo de la miseria y de la opulencia, de la opresión y de la desgracia, de los privilegios y del sufrimiento, que los derechos del pueblo están pisoteados.

Considerando que es el momento de tomar medidas de justicia y de humanidad, Ordeno:

Todos los ciudadanos impedidos, ancianos, huérfanos, indigentes, serán alojados, alimentados y vestidos a cargo de los ricos de sus regiones respectivas; los signos de la miseria serán destruidos. La mendicidad y el ocio están igualmente proscritos. Se dará trabajo a los ciudadanos válidos, etc.

¡Ah! qué bello era entonces el papel de Fouché ... ¡Que retorne a él y seremos amigos!

Y si no lo hace así, esto no impedirá el triunfo del sistema de instituciones que ha sostenido, y es necesario que este sistema termine por tener también su poder ejecutivo.[14]

---

[14] Es deplorable ver cómo en los días modernos, todos aquellos que parece quisieran ser los adelantados del pueblo, prostituyen este empleo hasta tal punto de que no se ve casi nadie que se acerque aunque sea de lejos a las grandes verdades y los grandes principios que predicamos. ¿Por qué éstos parece no están de moda mientras antes sí lo estaban? ¿Todos sus apóstoles no están sin embargo muertos? ¿Dónde ha ido su energía? ¿Por qué se esconden? Sus debilidades, su poco honorable retiro han contribuido en gran manera a perder a la patria. Dentro de esta defección general, se consuela uno encontrando en gloriosa actitud un solo atleta: el redactor del Amigo de las Leyes. Los amigos de la igualdad nos hemos sentido edificados al leer en este excelente periódico:

Cada día se extraña uno de que los patriotas hayan perdido su antigua energía. ¡Ah! sin duda la desgracia, las humillaciones, los malos tratos que han sufrido desde hace quince meses han marchitado su alma, que la miseria y las necesidades acaban de secar. Habían hecho la revolución, esperaban recoger sus frutos.

La revolución se ha vuelto contra ellos, y su situación, en lugar de mejorar, es peor que antes.

Una aristocracia mil veces más tiránica que la de la nobleza y del clero, pesa insolentemente sobre sus cabezas; la aristocracia de los agiotistas y de los granujas.

(cont.)

Es más que tiempo de hacerlo. Es ya el momento de que el pueblo, oprimido y asesinado, manifieste, de manera más grande, más solemne, más general, como jamás ha hecho, su voluntad, para que no tan sólo los signos, los accesorios de la miseria, sino la realidad, la miseria misma sea aniquilada. Que el pueblo proclame su Manifiesto. Que defina la democracia como piensa debe ser y tal como, según los principios puros, debe existir. ¡Que pruebe que la democracia es la obligación, para todos aquellos que poseen demasiado, de llenar todo lo que falta a los que no tienen suficiente! Que todo el déficit que se encuentra en la fortuna de estos últimos, no tiene otro origen que el que los otros se lo han robado. Robado legítimamente, si se quiere; es decir con la ayuda de las leyes de bandidos que, bajo los últimos regímenes, como bajo los más antiguos, han autorizado todos los latrocinios; con ayuda de las leyes, tales como las que existen en este momento; con ayuda de leyes según las cuales yo estoy forzado para vivir, ¡a despojar cada día mi casa, a llevar hasta el último harapo que me cubre a casa de los ladrones protegidos por las leyes! Que el pueblo declare que se debe restituir todos estos robos, todas estas vergonzosas confiscaciones de los ricos sobre los pobres. Esta restitución será tan legítima, sin duda, como la de los emigrados. Queremos con el restablecimiento de la democracia, primero, que nuestros harapos, nuestros viejos enseres, nos sean devueltos, y que aquellos que nos los quitaron, se vean en el futuro, imposibilitados para recomenzar tales atentados. Queremos, luego, con la democracia lo que os hemos dado a conocer, lo que han deseado todos aquellos que han concebido ideas justas.

¿Es necesario, para restablecer los derechos del género humano y poner fin a todos nuestros males, es necesaria una retirada al Monte-Sagrado, o una Vandea plebeya? ¡Que todos los amigos de la Igualdad se preparen y ténganse por advertidos! Que cada uno se compenetre de la incomparable belleza de esta empresa. ¡Liberar a los israelitas de la servidumbre egipcia! ¡conducirlos a las tierras de Canaán! ... ¿Qué otra expedición ha sido jamás más digna de levantar los ánimos? El dios de la libertad, estemos seguros, protegerá a los Moisés que quieran dirigirla. Nos lo ha prome-

---

¿Por qué no decirlo? El exceso de este género de mal ha llevado la verdad a nuestros teatros, y no se encuentra hoy un hombre lo suficiente desvergonzado para negar que gemimos bajo el despotismo más duro, el más envilecedor, el más difícil de soportar por los hombres libres; el despotismo de los mercaderes ...

... Después de haber declamado mucho contra quienes decíamos querían enriquecer al pobre a expensas del rico, habéis sufrido, estáis sufriendo cada día una injusticia mil veces más sublevante, que el rico acrecienta su opulencia a expensas del pobre.

La moral es depravada hasta tal punto que ya no se esconden para robar, y el exceso del mal ha llegado a grado tal que es necesario morir de hambre, o seguir el ejemplo de los demás.

... ¡Y cómo podría existir ninguna moralidad en un pueblo donde todos los ciudadanos han quebrado" (Amigo de las Leyes, 18 Brumario).

El primero de todos los derechos, es que debo extraer mi alimento de la tierra que me soporta. La sociedad no pone a este derecho más que una condición, estos alimentos serán el precio de mi trabajo. En efecto, todo género de trabajo es precioso para la sociedad. Del conjunto de todos los talentos, de todas las industrias, se compone su gloria y su fuerza. ¿Por qué quien trabaja el hierro, con el cual el labrador abre la capa de la tierra, quien construye la casa que vive, y la granja donde encierra sus granos, quien hila y teje el paño y la tela con que se cubre, etc. no tendrían derecho a los frutos del campo que cultiva? ¿No se transforman así en copropietarios de este campo, por lo que le adelantan de aquello de que no se puede pasar? La propiedad individual y particular que la ley garantiza, ¿es otra cosa que una regla de orden y de conveniencia, una atribución, si me atrevo a decir, a ciertos individuos, de la especie de trabajo que debe nutrir a todos los demás?

Bien, no estamos completamente solos para defender nuestra gran causa. Coraje, Amigo de las Leyes; defiende también, con energía, los grandes, los primitivos principios, y caminemos a la par.

tido, sin el intermediario de Aarón, que no necesitamos, como tampoco su colega vicarial. Nos los ha prometido sin que se nos aparezca milagrosamente en los matorrales ardiendo. Pongamos de lado todos estos prodigios, todas estas sandeces. Las inspiraciones de las divinidades republicanas se manifiestan simplemente, bajo los auspicios de la naturaleza (Dios supremo) por la vía del corazón de los republicanos. Se nos ha revelado, pues, que, mientras que nuevos Josués combatirán un buen día en el llano, sin necesidad de hacer detenerse al sol, muchos, en lugar de un solo legislador de los hebreos, se encontrarán en la verdadera Montaña plebeya. Allí escribirán, el dictado de la justicia eterna, el decálogo de la santa humanidad, del *sansculotismo*, de la imprescriptible equidad. Proclamaremos, bajo la protección de nuestras cien mil lanzas, y de nuestras bocas de fuego, el verdadero código de la naturaleza que jamás se hubiera tenido que infringir.

Explicaremos claramente cuál es la felicidad común, finalidad de la sociedad.

Explicaremos que la suerte de todo hombre no debía empeorar al pasar del estado natural al estado social.

Definiremos la propiedad.

Probaremos que la tierra no es de nadie, pero que es de todos.

Probaremos que todo aquel que acapara más allá de lo que puede nutrirle, comete un robo social.

Probaremas que el pretendido derecho de alienabilidad es un atentado infame y criminal contra el pueblo.

Probaremos que la herencia por familia, es otro horror no menos grande; que aísla a todos los miembros de la asociación, y hace de cada hogar una pequeña República, que no puede dejar de conspirar contra la grande, y consagrar la desigualdad.

Probaremos que todo lo que tiene un miembro del cuerpo social por debajo de la suficiencia de sus necesidades de toda especie y de todos los días, es el resultado de una expoliación de su propiedad natural individual, realizada por los acaparadores de los bienes comunes.

Que, en consecuencia, todo lo que un miembro del cuerpo social tiene por encima de la suficiencia de sus necesidades de toda especie y de todos los días, es resultado de un robo hecho a los co-asociados, que priva necesariamente a un número, más o menos grande, de su cuota-parte de los bienes comunes.[15]

Que los más sutiles razonamientos no pueden prevalecer contra estas inalterables verdades.

Que la superioridad de talentos y de industria no es más que una quimera y una añagaza, que siempre e indebidamente ha servido a los complots de los conspiradores contra la igualdad.

[15] Estado social perfeccionado, Que todos tengan lo suficiente, y que nadie tenga demasiado. J. J. Rousseau. Esta sentencia no será nunca reflexionada demasiado

Que la diferencia de valor y de mérito en el producto del trabajo de los hombres, no descansa más que en la opinión que algunos de entre ellos le han otorgado, y que han sabido hacer prevalecer.

Que, sin duda, es sin razón que esta opinión ha valorado la jornada del que fabrica un reloj, en veinte veces más que la jornada del que traza los surcos.

Que, sin embargo, con ayuda de esta falsa estimación, la ganancia del obrero relojero le ha dado la posibilidad de adquirir el patrimonio de veinte obreros del arado, a los que, por estos medios, ha expropiado.

Que todos los proletarios han llegado a serlo como resultado de la misma combinación en todas las otras relaciones de proporción, pero partiendo todos de la única base de la diferencia de valor establecida entre las cosas, únicamente por la autoridad de la opinión.

Que hay absurdo e injusticia en la pretensión de una recompensa más grande para aquel cuya tarea exige un grado más alto de inteligencia, y más aplicación y tensión de espíritu; que tal cosa no amplía de ningún modo la capacidad de su estómago.

Que ninguna razón puede hacer pretender a una recompensa que exceda la suficiencia de las necesidades individuales.

Que no es más que un producto de la opinión el valor de la inteligencia, y que es una cosa quizá a examinar todavía si el valor de la fuerza natural y física, no le equivale.

Que son los inteligentes quienes han fijado un precio tan grande a las concepciones de sus cerebros, y que si hubieran sido los fuertes quienes hubieran ajustado competivamente las cosas, sin duda hubieran establecido que el mérito de los brazos valía el de la cabeza, y que la fatiga de todo el cuerpo podía ponerse en compensación con la de la parte rumiante.

Que sin esta igualación establecida, se da a los más inteligentes, a los más industriosos, una patente de acaparación, un título para despojar impunemente a aquellos que lo son menos.

Que es así como se ha destruido, volcado en el estado social, el equilibrio del bienestar, porque nada está tan confirmado como nuestra gran máxima: que no se llega a poseer demasiado, más que haciendo que otros no posean lo suficiente.

Que todas nuestras instituciones civiles, nuestras transacciones recíprocas no son más que los actos de un perpetuo bandidaje, autorizado por absurdas y bárbaras leyes, a la sombra de las cuales no nos hemos ocupado más que de inter-despojarnos.

Que nuestra sociedad de bribones entraña, siguiendo estas atroces convenciones primordiales, toda clase de vicios, de crímenes y de desgracias contra los cuales algunos hombres de bien se unen en vano para hacerles la guerra, que no pueden hacer triunfar porque no atacan el mal en su raíz y porque no aplican más que paliativos extraídos de la reserva de las falsas ideas de nuestra depravación orgánica.

Que es claro, por todo lo que precede, que cuanto poseen los que tienen más allá de su cuota-parte individual en los bienes de la sociedad, es robo y usurpación.

Que es, pues, justicia tomárselo de nuevo.

Que aquel que probara que, por el solo efecto de sus fuerzas naturales, es capaz de hacer igual que cuatro, y que, en consecuencia exigiese la retribución de cuatro, sería también un conspirador contra la sociedad, porque haría vacilar el equilibrio tan sólo por este medio, y destruiría la preciosa igualdad.

Que la cordura ordena imperiosamente a todos los co-asociados reprimir a tal hombre, perseguirlo como una calamidad social, reducirlo, al menos, a que no pueda hacer más que la tarea de un solo hombre, para que no pueda exigir más que una recompensa.

Que es únicamente nuestra especie la que ha introducido esta locura mortal de distribución de mérito y de valor, y que únicamente ella conoce la desgracia y las privaciones.

Que no debe existir la privación de las cosas que la naturaleza da a todos, prúduce para todos, si no se trata de consecuencias de accidentes inevitables de la naturaleza, y, en cuyo caso, tales privaciones deben ser soportadas y repartidas igualmente entre todos.

Que la producción de la industria y del genio devenga también propiedad de todos, dominio de la asociación entera, desde el momento mismo en que los inventores y los trabajadores les han dado vida; porque no son más que una compensación de las precedentes invenciones del genio y de la industria, de las cuales estos inventores y estos trabajadores nuevos se han aprovechado en la vida social, y que les han ayudado en sus descubrimientos.

Que, ya que los conocimientos adquiridos son del dominio de todos, deben, pues, ser igualmente repartidos entre todos.

Que una verdad, impugnada con despropósito por la mala fe, el prejuicio o la irreflexión, es este reparto igual de los conocimientos entre todos, que volvería a situar a todos los hombres en un estado casi de igualdad en capacidad e incluso en talento.

Que la educación es una monstruosidad, cuando es desigual, cuando es patrimonio exclusivo de una parte de la asociación; ya que entonces se transforma, en manos de esta parte, en un cúmulo de máquinas, una provisión de armas de todas clases, con la ayuda de las cuales esta primera parte combate contra la otra que se halla desarmada, y en consecuencia, consigue, fácilmente dominada, engañarla, despojada, esclavizada bajo las más vergonzosas cadenas.

Que no hay verdad más importante que la que ya hemos citado, y que un filósofo ha proclamado en estos términos: hablad tanto como queráis sobre la mejor forma de gobierno, nada habréis hecho mientras no hayáis destruido los gérmenes de la codicia y de la ambición.

Que es necesario, pues, que las instituciones sociales lleven a dicho punto, que quiten a todos los individuos la esperanza de devenir jamás ni más ricos, ni más potentes, ni más distinguidos por sus luces, que ningún otro de sus iguales.

Que es necesario, para precisar más la cuestión, llegar a encadenar la suerte; hacer que cada coasociado sea independiente de las posibilidades y de las circunstancias felices o desgraciadas; asegurar a cada uno y a su posteridad, tan numerosa como sea, lo suficiente, pero nada más que lo suficiente; y a cerrar para todos, todas las

posibles vías de obtener por encima de la *cuota-parte* individual en los productos de la naturaleza y del trabajo.

Que el único medio de llegar a tal punto es establecer la administración común; suprimir la propiedad particular; vincular a cada hombre al talento, a la industria que conoce, obligarle a depositar el fruto en especies en el almacén común; y establecer una simple administración de distribución, una administración de subsistencias, que lleve el registro de todos los individuos y de todas las cosas, y haga repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, y las deposite en el domicilio de cada ciudadano.

Que este gobierno, cuya existencia se ha demostrado practicable por la experiencia, pues es el que se aplica al millón doscientos mil hombres de nuestros doce ejércitos (lo que es posible en pequeño lo es en grande); que este gobierno es el único del que puede salir la felicidad universal, inalterable, sin mezclas; la felicidad común, finalidad de la sociedad.

Que este gobierno hará desaparecer los límites, barreras, muros, cerraduras de las puertas, las disputas, los procesos, los robos, los asesinatos, todos los crímenes; los tribunales, las cárceles, las horcas, las penas, la desesperación que causan todas estas calamidades; la envidia, los celos, la insaciabilidad, el orgullo, el engaño, la hipocresía, en fin todos los vicios; más aún (y este punto es quizá el esencial), el gusano roedor de la inquietud general, particular, perpetua de cada uno, sobre nuestra suerte del mañana, del mes, del año siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos y de los hijos de éstos.

Tal es el sumario preciso de este terrible Manifiesto que ofreceremos a la masa oprimida del pueblo francés, y del que le proporcionamos el primer esbozo para que tenga una idea anticipada. ¡Pueblo! Despiértate en la esperanza, deja de estar adormecido y descorazonado ... Dilata el ánimo a la vista de un porvenir feliz. ¡Amigos del rey! abandonad la idea de que los males con los que habéis agobiado a este pueblo, puedan someterle definitivamente al yugo de uno solo. Y vosotros, ¡patricios! ¡ricos! ¡tiranos republicanos! renunciad igualmente, y todos al tiempo, a vuestras especulaciones opresivvas sobre esta nación, que no ha olvidado totalmente sus juramentos a la libertad. Una perspectiva más sonriente que todo lo que vosotros les ponéis por señuelo, se ofrece a sus miradas. ¡Culpables dominadores! en el momento en que creéis que sin peligro podréis someter con vuestro brazo de hierro a este pueblo virtuoso, él os hará sentir su superioridad, se liberará de todas vuestras usurpaciones y de vuestras cadenas, recobrará sus derechos primitivos y sagrados. Desde hace demasiado tiempo le estáis insultando en su agonía ...

El pueblo -decís- no tiene vigor: sufre y muere sin atreverse a quejarse. Los fastos de la República no se verán manchados por tal humillación. El nombre de *francés* no pasará a la posterioridad acompañado de tal envilecimiento. ¡Que este escrito sea la señal, sea el relámpago que reanime y revifique todo lo que antes fue calor y coraje! ¡Cuánto ardió con llama deslumbradora por el bien público y la total independencia! ¡Que en ella venga el pueblo a tomar la verdadera y primera idea de igualdad! Que estas palabras: igualdad, iguales, plebeyismo, sean las palabras que unan a todos los amigos del pueblo. Que el pueblo ponga de nuevo en discusión todos los grandes

principios; ¡que comience el combate sobre el famoso capítulo de esta igualdad propiamente dicha, y sobre el de la propiedad! ¡Que esta vez goce precisamente de la moral, y que le inflame con fuego continuo hasta la total consumación de su obra! Que derribe todas las viejas instituciones bárbaras, y que instaure en su lugar aquellas dictadas por la naturaleza y la justicia eterna. Sí, todos los males del pueblo han llegado al colmo, ¡no pueden empeorar! ¿No pueden ser corregidos más que por una conmoción total? ¿Que esta guerra atroz, del rico contra el pobre, adquiera, pues, y al fin, un aspecto menos innoble? ¡Que cese de poseer este carácter de la mayor audacia, por un lado, y de la mayor cobardía del otro! ¡Que los desgraciados respondan en fin a sus agresores! ...

Aprovechemos el que nos hayan empujado hasta el último extremo. Avancemos de frente, como hombres que tienen el sentimiento de su fuerza: Caminemos francamente hacia la igualdad. Contemplemos el objetivo de la sociedad: ¡veamos la felicidad común!

¡Pérfidos o ignorantes! gritáis que hay que evitar la guerra civil, que no hay que lanzar entre el pueblo la tea de la discordia ... ¿Y qué guerra civil hay más sublevante que la que sitúa a todos los asesinos en una parte, y a todas las víctimas sin defensa en la otra? ¿Podéis acusar de crimen a aquel que quiere armar a las víctimas contra los asesinos? ¿No vale más la guerra civil en la que las dos partes pueden defenderse recíprocamente? Que se acuse, si se quiere, a nuestro periódico de tea de la discordia. Tanto mejor: la discordia vale más que una horrible concordia en donde se estrangula al hombre. Que las partes comiencen el combate; que la rebelión parcial, general, urgente, aplazada, se determine: ¡eso es lo que nos satisface! ¡Que el Monte-Sagrado o la Vandea plebeya se formen en un solo punto o en cada uno de los 86 departamentos! Que se conspire contra la opresión, sea en grande, sea en pequeño, secretamente o al descubierto, en cien mil conciliábulos o en uno solo, poco nos importa, mientras se conspire, y que, desde ahora, los remordimientos y los temores acompañen en todos los momentos a los opresores. Hemos dado la señal vigorosamente, a fin de que muchos la perciban; a fin de llamar a muchos cómplices; les hemos justificado los motivos y dado algunas ideas de la conducta, estamos casi seguros de que se conspirará. Que la tiranía pruebe si está en condiciones de impedírnoslo ... El pueblo, dicen, no tiene guías. Que aparezcan, y el pueblo, al instante, rompe sus cadenas, y conquista el pan para él y para todas sus generaciones. Repitámoslo todavía: todos los males han llegado al colmo; no pueden empeorar; ¡no pueden ser apartados más que por una conmoción general! ... ¡Que todo se confunda ya! ¡que todos los elementos se revuelvan, se mezclen, se entrechoquen! ... ¡que sobrevenga el caos, y que del caos emerja un mundo nuevo y regenerado!

¡Vamos, después de mil años, a cambiar estas leyes groseras!

(El Tribuno del Pueblo, No. 25)

* * *

¿QUE HACER?

¿En dónde nos encontramos?

Tal pregunta es soberana, constantemente importante. Debiera ser planteada siempre y contestada, al comienzo de toda arenga revolucionaria. Porque un escritor es el plan de marcha y de táctica, el itinerario perpetuo de cuantos forman el partido revolucionario.

Ahora bien, cuando es todo el pueblo quien quiere la revolución siguiendo a un Tribuno que tiene su confianza, el deber de este Tribuno, es decir siempre a todo el pueblo, en dónde está, lo que está hecho, lo que queda por hacer, dónde hay que ir y cómo, y por qué.

Comencemos hoy a observar esta regla de conducta. Primero: ¿Qué es lo que hemos hecho ya?

En nuestros dos números precedentes, hemos trazado el cuadro desgarrador de los males físicos del pueblo; de ello hemos buscado las causas. También hemos buscado las causas de su desmoralización, osando romper el velo sobre el espantoso 9 Termidor, y abriendo la carrera de rehabilitación de los héroes de la democracia, víctimas del crimen.

Igualmente con mano osada, hemos atacado el talismán impuro, en favor del cual los usurpadores de la soberanía nacional, en vano, han tratado de exigirnos un respeto,

que no logran obtener siquiera de la pequeña minoría corrompida que ha ofrecido el simulacro de su sanción.

Hemos derribado las indignas barreras alzadas ante la verdad, con respecto a los homenajes contra los cuales la tiranía jamás ha podido prescribir el silencio de los siglos; con respecto a los homenajes, decimos nosotros, que merecerá eternamente el pacto social democrático, que veinticuatro millones de hombres virtuosos y amantes de la justicia, libremente y unánimemente, han jurado defender;[16] la verdad por la cual han vertido su sangre; y que no ha cesado de ser objeto de su íntimo culto, durante todo el tiempo de la inquisición, la persecución y el terrorismo termidoriano.

Hemos demostrado claramente la falsedad de las ilusiones mediante las cuales la astuta malevolencia quisiera hacer creer al pueblo, que la mayor de las felicidades posibles no puede encontrarse más que en el régimen monárquico, o en el del patriciado y la aristocracia.

Nosotros hemos probado que la felicidad perfecta, es decir, la felicidad general, no puede encontrarse más que en la ejecución del sistema, rigurosamente perfeccionado, del gobierno popular.

Hemos dado ideas, a la vez sorprendentes, audaces y nuevas, sobre la forma de la felicidad común, finalidad de la sociedad.

Hemos discutido, con bastante extensión y siempre con el mismo coraje, sobre los grandes y extraordinarios medios, sobre la mejor vía a seguir para llegar a este término.

¿Cuáles son los resultados actuales de estos primeros intrépidos pasos? Los examinaremos.

Primero, un desenfreno universal se ha manifestado contra nosotros. Se levanta una facción que considera de suma importancia desacreditarme. Todos los partidos a la vez se fundan sobre nuestros principios, y como no pueden atacar su incontestabilidad los menos injustos se atrincheran en la afirmación de que el momento no es oportuno para proclamarlos. Los enemigos del pueblo, de distintos matices, se ponen de acuerdo para invectivarnos sin refutamos. Hasta los más próximos a nosotros gritan que todo lo perdemos por nuestra inconsecuencia ...

Pero, he aquí que damos pronta respuesta a estos cien y un clamores, y en primer lugar, nuestros hermanos parece que no los encuentran tan irrazonables; los más exaltados se calman: se comienza a convenir en que quizá nuestra forma de combatir no sea la peor. En fin, pronto se muestran partidarios y propagadores de nuestra doctrina. Las magníficas palabras, igualdad auténtica, felicidad para todos, felicidad común, se ponen de moda, y se inscriben a la orden del día de los Plebeyos. Otros periódicos, otros escritos las adoptan, y con ellos los otros principios derivados de aquéllos. Ya no somos la voz que grita en el desierto. Tan sólo quedan quienes ladran por la monarquía y el patriciado, cuyos vértigos no podemos calmar, pero de

[16] Acta de la Convención, del 9 de agosto del 93 del año II de la Igualdad: Gossuin, en nombre de la Comisión encargada de recoger las actas de las asambleas primarias, anuncia a la Convención que las 44 mil comunas han aceptado el Acta constitucional: únicamente la comuna de San-Tonent (departamento de Cotes-du-Nord) ha pedido por rey el hijo de Luis Capeto.

ellos no nos preocupamos demasiado. Ya que, ... loco está de la cabeza, quien pretende contentar a todo el mundo y a su padre.

Nuestra moral fructifica; ya se repiten nuestras expresiones sacramentales por todas las bocas y se encuentran en la punta de diversas plumas. Esto nos basta. No deseamos otra cosa que ver perfeccionar y generalizar estas disposiciones. Porque no podemos disimular que todavía son demasiado parciales. ¡Pero que tiemble el despotismo, y que la liga de los vengadores de la igualdad se anime al conocer que ya la chispa brilla y promete inflamar de nuevo este foco de independencia y de justicia populares que se extiende sobre 86 bellos departamentos! ¡Que los tiranos sepan que es más fácil moralizar de nuevo al pueblo que desmoralizarle! porque es fácil convencerle de que únicamente en la buena moral reside la felicidad de la masa, y que, en la inmoralidad se encuentra infaliblemente su desgracia. ¡Que los opresores tiemblen, hemos dicho, y que los defensores de los derechos del pueblo se agrupen y se animen,... al saber que ya el Norte y el Mediodía han escuchado el nuevo grito de libertad de los más virtuosos ecos del Centro, y que han prometido responder! ¡Que los brazos del coraje han prometido lo mismo, y se aprestan para la hora en que se tocará a rebato para nuestra liberación, a hacer corresponder sus movimientos generales contra los más criminales atentados que el género humano ha tenido que castigar! ¡Vosotros, a quienes hay que sacudir con el espanto que desgraciadamente vuestros crímenes han legitimado! ¡y vosotros, en quienes conviene resucitar la energía que jamás debiérais haber perdido! que este doble efecto sea producido sobre las almas de cada uno de vosotros por la exposición siguiente: ¡Igualdad, virtud, libertad, viva la República democrática del porvenir!

He aquí lo que me escribe un alto oficial de uno de nuestros ejércitos meridionales: “Golpea fuerte, no temas nada. La República cuenta contigo. Trabaja sin descanso para preparar la felicidad del pueblo”.

He aquí, lo que añade este primer soldado, que me parece plenamente digno de mandar a plebeyos. ¿Se me creerá que tengo la suficiente confianza en mi tacto para juzgar a los hombres, para que estas pocas palabras citadas me sean muy significativas, y me basten para concebir inmensas esperanzas?

Estas se refuerzan a través de mis relaciones con las comarcas septentrionales. Fue de allí de donde salió siempre lo que vale quizá más que la impetuosidad bulliciosa, pero demasiado a menudo inconsiderada, irreflexiva y pasajera del Mediodía. De allí de donde salió el genio que razona antes de actuar, que sabe ver el conjunto y las partes de un plan, que se propone una finalidad y un término de revolución, y que se empeña firmemente en la ejecución de lo que se ha propuesto. He aquí lo que me llega de la región del Pas-de-Calais:

“Nuestros *sans-culottes* esperan y desean, con la más viva impaciencia, que los hombres del 10 de agosto y del 31 de mayo, que forman la vanguardia del ejército plebeyo, se hayan puesto en movimiento impetuosamente contra los tiranos hambreadores y asesinos del pueblo; a fin de actuar concertados, y de ejercer, también en su distrito, el más santo de los deberes republicanos. Tú no puedes creer con qué interés cuentan los días, las horas y los minutos en espera de este momento redentor. Están a la altura de las ideas, de los principios de absoluto plebeyismo. Saben todos

de memoria la famosa verdad enunciada en el informe del 22 Floreal del año 2: No olvidemos nunca que el ciudadano de una República no puede dar un paso sin andar sobre su terreno, sobre su propiedad".

Tal es la muestra del espíritu público departamental. Podríamos hacer mil citas, sobre otros tantos puntos habitados de nuestro interesante país, que prueban disposiciones equivalentes. Estas disposiciones tienen en ellas mismas un resorte de expansión que las engrandece y multiplica a simple vista. He aquí, me parece, de forma bien definida, dónde nos encontramos.

Queda por saber lo que queda por hacer.

Sin réplica posible: activar, aumentar lo más posible estos elementos de fuerte voluntad, de neta determinación en favor de una regeneración propiamente dicha, de una buena, de una verdadera regeneración, del único cambio que merece este nombre, en fin, de una regeneración que regenere, que haga pasar a la mayoría del estado de la desdicha al de la felicidad para todos.

¡He aquí estos hombres adoradores de la anarquía, que quisieran revolucionar siempre! ...

Bien sabemos lo que nos va a decir el directorio ejecutivo, el que pretenderá, sin duda, habernos confundido con esta media frase. (Ver su instrucción dirigida a los comisarios nacionales). Pero ese es el estilo del patriota Réal, con el cual, y en buena conciencia, no tememos medirnos, a pesar de la calidad de águila que tienen la bondad de otorgarle, no sé a qué propósito, tanto el periódico de los Hombres libres como el Amigo de las leyes. Pero el patriota Réal cena con Cormatin[17], y mucho me disgustaría fuera allí donde va a buscar sus ideas para las Instrucciones a los comisarios nacionales y otras redacciones que le encarga el directorio. Este virulento apóstrofe contra los anarquistas, y los hombres que quisieran revolucionar siempre, no debilita la sospecha de que sus principios proceden de esta fuente, y he aquí una comparación que viene a punto con este rasgo de Temístocles: ¿Veis -decía a sus amigos- veis este niño que juega y no parece pensar en nada?, es el árbitro de Grecia: gobierna sobre su madre, su madre me gobierna, yo gobierno a los atenienses, y los atenienses gobiernan a los griegos. Podríamos decir igualmente nosotros: ¿Veis este Cormatin, este jefe de bandidos y de chuanes, que parece ser nuestro prisionero, nuestro esclavo? es el árbitro de la República francesa; gobierna a Réal, Réal gobierna al directorio, y el directorio nos gobierna.

No se equivocan, pues, los franceses que desean que el proceso de Cormatin termine, a fin de que cese de gobernarnos. ¿No tienen menos razón al extrañarse y concebir inquietudes, primero sobre la instrucción secreta de este proceso, y, luego, sobre su inesperada suspensión? Extrañas habladurías corren sobre el motivo de este aplazamiento. Se cita la existencia de un documento en poder de Cormatin, según el cual los negociadores de la honorable paz de la Vandea la obtuvieron tan sólo con la promesa del restablecimiento de la monarquía en favor de los Capetos. Yo no doy

---

[17] El 14 Frimario, del año IV de la República, los señores Cormatin, Méhée y Réal cenaron juntos en la Conciergerie del Palacio. Me ahorraré todo comentario sobre este hecho, que me limito a transmitir crudamente a la historia. Me ha sido testimoniado por un prisionero, testigo ocular.

esta opinión más que por lo que se dice. No tengo pruebas tan claras como de la cena en la Conciergerie.[18]

Volvamos a nuestra cuestión. No hemos olvidado que se trata del punto: ¿Qué nos queda por hacer? Nada, nos dice el directorio, o Réal, o Cormatin; ya que es pretender netamente que todo está hecho, que la revolución ha terminado, el quejarse tan amargamente de los anarquistas y de los hombres que quisieron revolucionar siempre.

Esta palabra *anarquista*, usada bajo Lafayette, usada bajo Luis XVI, usada bajo la Gironde, se reproduce ahora con afectación escandalosa. Debe ser familiar a todas las cortes, lo sabemos. Pero nuestros nuevos potentados deberían, quizá, ser más políticos en su afán de prodigarla. Deberían recordar que deben lo que son a la ventaja de haber sido también *anarquistas*, según el juicio de los reyes de antes de ellos, y la época es todavía reciente. El señor Réal debería recordar igualmente que se ha transformado en un personaje por el hecho de haber sido *anarquista*, y que se le pueden citar tiempo y circunstancias en que se glorificaba de ello. Pero pasemos a *los hombres que quisieran revolucionar siempre*.

Revolucionar, hemos dicho varias veces de qué se trata. Es conspirar contra una situación que no conviene; es intentar desorganizarla e implantar en su lugar algo que valga mucho más. Ahora bien, mientras lo que no marcha no esté derrocado y lo que sería bueno no esté estabilizado, yo no reconozco que se haya revolucionado suficientemente. Al menos no veo que se haya revolucionado suficientemente para el pueblo.

Concibo que los hombres que todo lo relacionan a ellos, digan que basta ya de revolucionar, cuando la revolución les ha conducido a un punto en el que se encuentran maravillosamente: a ese punto donde, individualmente, no pueden desear nada más. Entonces, sin duda, la revolución está hecha, pero para ellos. La revolución en Turquía está completamente hecha para el gran Sultán. La revolución estaba completamente hecha para los Borbones bajo Luis XIV, bajo Luis XV y bajo Luis XVI. Estoy de acuerdo en que también ahora lo está para todos los *miriagramistas*, tanto directores cuanto legisladores jóvenes y viejos; igualmente para todo el millón dorado. Pero persisto en sostener que la revolución no está hecha aún para el pueblo.

Sin embargo, es únicamente para él que se ha dicho que sería hecha; él mismo ha jurado que la terminaría o que moriría. Y no está en absoluto terminada, puesto que nada se ha hecho para asegurar la felicidad del pueblo, y que todo se hace para agotarle, para hacer que corra eternamente el sudor y la sangre de este pueblo en las jarras de oro de un puñado de ricos odiosos. Así pues, hay que continuarla, esta revolución, hasta que se transforme en la revolución del pueblo. Así pues, todos aquellos que se quejan de los hombres que quieren revolucionar siempre, no deberán ser apreciados a justo juicio más que como enemigos del pueblo.

Los grandes y poderosos del día comprenden de forma singular la palabra *revolución*, cuando pretenden que la revolución en nuestro país está hecha. ¡Que digan más

[18] Durante la impresión de este número, hemos visto aparecer el cartel confirmativo de Cormatin, que vale más que cualquier palabra.

bien la contrarrevolución! La revolución, repitámoslo, es la felicidad de todos: que es lo que no tenemos; luego ¡la revolución no está hecha! La contrarrevolución es la desgracia de la inmensa mayoría: que es lo que tenemos: luego ¡es la contrarrevolución lo que se ha hecho!

Y sin embargo, no se ha osado insultar al pudor hasta el extremo de confesar, de proclamar en voz alta, que el fin de nuestros movimientos durante seis años debería ser ¡la contrarrevolución! Se tiene todavía el decoro de decir que la finalidad de estos movimientos ha sido la revolución, y no se dice la revolución de los ricos o del honorable millón. Pero si es forzoso convenir en que, de un lado, no hay verdadera revolución si no es la de las masas, que es esta revolución la que nos falta; del otro lado, que no hemos tenido más que la de una pequeña parte, y que esta última revolución se llama incontestablemente la contrarrevolución ... se desprende que la revolución está por rehacer, según propia confesión de los contrarrevolucionarios.

Y sin embargo, porque queremos efectivamente rehacerla, todavía nos tratan de *anarquistas*, de facciosos, de desorganizadores. Es una de estas contradicciones que les hace llamar revolución a la contrarrevolución. La organización, según estos señores, es también la desorganización. Llamo desorganización, a todo orden que colma a la más pequeña minoría mientras hace languidecer y morir a la mayoría; y llamo desorganizadores, a todos aquellos que han contribuido a establecer y a los que ahora contribuyen a mantener tal *orden*. Llamo organización a un orden completamente opuesto, según el cual se asegura la felicidad de las masas; y llamo organizadores, a los que trabajan en fundar y medir las reglas de las cuales salgan tan felices efectos. Pero tal es el diccionario de los palacios, castillos, y residencias particulares, que las mismas expresiones ofrecen casi siempre la significación contraria que se les reconoce en las cabañas. En Versalles y en las Tullerías, del 90 al 92 los términos *anarquistas*, facciosos, desorganizadores, fueron infinitamente usados; y los que los aplicaban, eran los únicos y verdaderos desorganizadores; y aquellos a los cuales se les aplicaban, eran, por el contrario, los hombres que querían organizar sobre la desorganización de los energúmenos reales. Igualmente pasa hoy. Se recomponen, y se hacen salir, casi de los mismos lugares, estas viejas palabras de anarquía y de desorganización, y son los que han desorganizado todo quienes las gritan con más furor; y es a los organizadores nuevos, o al menos a los que muestran el deseo filantrópico de llegar a serlo, a quienes se les lanzan a la cara con toda la saña de su rabia.

Pero basta haber considerado estos epítetos y estas injurias, para que no hagan hoy más daño que el que hicieron del 90 al 92. Hoy, como entonces, los hombres de buen juicio, los hombres enérgicos, los amigos entusiastas de la justicia, se honran del título de desorganizadores. Este título significará para ellos organizadores, y lo que ellos quieren, organización. Se ha convenido y demostrado que es todavía esto lo que queda por hacer. Mas hay que hablar de los obstáculos que se oponen a ello.

Se conoce, en primer lugar, que los que están interesados en el mantenimiento de la autoridad reinante, tienen en campaña, igual que en los tiempos de Luis XVI, cierto ejército de apologistas, de repetidores de anatemas contra la anarquía y los facciosos. El ojo del patriota puro y clarividente descubre uno de estos gemidores sicofantes en cada grupo, y siempre varios dentro de cada café u otro lugar público. Forman, sin duda, un obstáculo al rápido triunfo del bien general, porque siempre en-

cuentran cierto número de hombres simples que llegan a engañar. Sin embargo, estimo que no pueden ser peligrosos por mucho tiempo. La experiencia nos ha enseñado a reconocer, sin tardar, a aquellos que por un partido cualquiera tienen tan miserable empleo. Y muchos de los que ahora lo ejercen son generalmente señalados y despreciados como se merecen por su abyección.

Hay otro obstáculo, quizá mayor, y que seguramente no carece de conexión y dependencia del precedente. Es que en París, en este foco central en donde la libertad brilló tanto tiempo con claridad superior, no se observan aquellas disposiciones enérgicas que prometen vencer todas las dificultades de una acción. Los hombres viven todavía, o al menos una gran parte, a pesar de que el execrable Termidor, y las infames jornadas posteriores al primero de Pradial, han hecho desaparecer a tantos; pero los que quedan no parecen ser ya los mismos. ¿Por qué este abatimiento, esta aparente consternación de una multitud de individuos que vi en otros tiempos tan orgullosos, tan valientes? ¿Por qué me parece todavía observar sobre sus bocas la marca de la mordaza, y en sus brazos la de las esposas que les fueron puestas? ¿Por qué estos muros y estas cadenas, estos hierros indignantes no les dan, por el contrario, un nuevo temple, un nuevo ardor para defender los derechos del pueblo y para confundir a sus enemigos? ¿Cuál es esta timidez que deshonra y que hace que de tantos atletas vigorosos de la causa popular, no sea posible distinguir ya a casi ninguno? ¿Hay ejemplo alguno de nación que, como la nuestra, tras haber probado la libertad, no haya destacado, hasta en sus últimos momentos de escollos, intrépidos héroes postreros? Roma tuvo a Casio y Bruto, que conservaron bajo la tiranía consolidada el carácter y la dignidad de los hombres libres. Mirad también a Polonia. Se halla en un momento en el que toda esperanza de mantener la independencia nacional está casi perdida, y sin embargo, con qué ardiente coraje habla a la dieta el magnánimo Rzewusky: Estamos al borde del precipicio: vamos a perecer ¡no queda más que un paso para hacernos desconocer hasta el nombre de la libertad! ¿No existirán ya ciudadanos que quieran encargarse de la causa común y vengar a la Patria? El amor del bien público ¿está muerto en nuestros corazones? ¿Estos grandes hombres, tan famosos en nuestros anales, los Lubomirsky, los Gorka, los Olemicky, los Zamoisky, no habrán dejado ejemplo a seguir, ellos que defendieron tan bien a la Patria con riesgo de sus vidas? ¿Qué comparación hacer entre dicha posición y la nuestra de hoy? Al menos allí no se avergüenzan como aquí de pronunciar los nombres de los ilustres muertos, de los generosos mártires de la revolución, se les venera, se recuerdan sus nombres con respeto religioso. Los Lubomirsky, los Gorka, los Olemicky, los Zamoisky, eran los Loustalot, los Pelletier, los Marat, los Robespierre, los Saint-Just, los Couthon, los Romme, los Goujon, los Soubrany de la Polonia. La libertad había sido enterrada con ellos; al menos se rendía homenaje público a su memoria. Nosotros, no solamente dejamos que se injurie constantemente a los manes de los más abnegados defensores de la justicia, de la virtud y de la igualdad, sino que tenemos casi la cobardía de hacer coro con los criminales detractores de estos hombres inmortales ...

¿No es igualmente inaudito, no es obstáculo serio para la vuelta al bien perfecto, que sean casi exclusivamente patriotas quienes obtienen los puestos en el gobierno que deben detestar? Se puede objetar: vale más que sean los patriotas quienes ocupen los

empleos públicos que aquellos que son todo lo contrario. Pero, cuando un gobierno es tan malo, tan antipopular, que se necesita conspirar contra él, ¿es fácil hacerlo cuando se está comprometido a servir a un tal gobierno, cuando se tiene cortada y fijada la tarea de cada día, que de todos modos fuerza a servirle? ¿cuando por insensible habituamiento y por la distracción que proporciona al espíritu, escarba haciéndose difícil ponerse a combatir aquello que te enlaza con vínculos estrechos? ¿No debe costar un poco a la conciencia de un republicano mentirse a ella misma? ¿contribuir al mantenimiento de una situación, al mantenimiento de consecuencias que derivan de horribles principios, de principios que toda alma honesta aborrece? Por ejemplo, lo que yo no me explico, lo que yo no concibo, lo que yo encuentro escandalosamente extraño, es ver a la mayor parte de aquellos hombres, antes mandatarios del pueblo, que se han enorgullecido tanto de su pretendida adhesión a los principios democráticos, que se han adornado con el título de *Montagnards*, que han contribuido incluso hasta cierto punto a la bella resistencia que se opuso a los primeros ataques contra la constitución popular del 93; lo que no comprendo, he dicho, es ver como estos hombres ocupan hoy empleos, aceptados de manos que, según los propios principios de los que tuvieron la virtud de ser mártires, son soberanamente criminales por el solo hecho de que se atribuyen la disposición de ellos. Encuentro, y no me lo puedo callar, que más de una víctima de Germinal y de Parial, han empañado toda la gloria adquirida en aquellas épocas críticas y memorables, y prejuzgo que la historia dirá que no hay ejemplos tan vergonzosos de compromiso como el suyo. En efecto, hombres lo suficientemente grandes, primero, como para sacrificar casi su vida por el mantenimiento de un código fundado sobre todas las virtudes, y lo bastante pequeños, después, para consentir ser subalternas máquinas ejecutivas de otro código basado sobre todos los vicios y establecido sobre los desgraciados escombros del primero, por el cual habían valientemente combatido ..., es esto, todo el mundo deberá confesarlo, un contraste, un fenómeno y un exceso de bajeza bastante raro de encontrar.[19] Jamás los hombres que han jugado un papel en el teatro del

[19] ¡Lástima que los demás no han sabido modelarse igual que el virtuoso e inmortal Goujon! Su defensa o, lo que es más exacto, su justificación que acaba de aparecer, justificación que sus asesinos no quisieron oír, pero que no han podido impedir vengue hoy su memoria y les condene a una execración eterna; esta justificación, bella y edificante, es la crítica más terrible de la conducta final de casi toda la parte izquierda convencional. Un solo pasaje que citaré, pinta toda la virtud del joven héroe y mártir de la democracia, cuya mano ha trazado a su respecto reflexiones sublimes y generosas ... Dicho pasaje expresa también el más justo, como el más fulminante de todos los juicios, contra esta constitución patricia, sobre el complot de la cual, las víctimas de Pradial parece hubieran tenido ya nociones que les hacían presentir. ¡Cómo lo que de ella dice Goujón sobrepasa en mucho cuanto nuestra indignación nos ha arrancado de verdades incontestables contra este pacto populicida! ¡CÓmo el editor del escrito que recuerdo, asesta sin que lo parezca, golpes más contundentes que los míos sobre esta obra de la tiranía! ¿Por qué, pues, nuestros soberanos señores quieren ver únicamente en nosotros el enemigo de la famosa carta que funda su insolente imperio y nuestra vergonzosa dependencia? ¿Por qué no ver también un criminal de leso-patriciado en quien se ha atrevido a imprimir lo que Goujon, antes de morir, se atrevió a escribir? ¿Y por qué el despotismo, que tiene tanto poder, no tiene el de impedir hasta a los muertos despertarse para apreciar definitivamente en su valor un código al cual se han prodigado ya demasiado homenajes impostores? Pero no olvidemos que queremos citar el notable pasaje del ilustre Goujon. Este pasaje un día será grabado a lo largo de una columna de mármol, levantada a los manes de este glorioso defensor de la justicia y de la igualdad:

¡Pueda la Patria ser feliz después de mí, y no continuar aplastada bajo la tiranía de la que yo habré sido la inocente víctima! ¡Pero temo que este día de injusticia no sea seguido por muchos otros que se le parezcan! ¡Temo que la sangre inocente no obtenga una demasiada larga venganza! ¡Oh Patria! ¡Te verás bañada pues en sangre y lágrimas! Este pensamiento es el que más me apena. ¡Haga el cielo que esté desprovisto de fundamento! Que el pueblo francés conserve la Constitución de la Igualdad que ha aceptado en sus asambleas primarias. Yo había jurado defenderla y morir por ella; muero contento por no haber traicionado mi juramento ... Moriría más contento si estuviera seguro que tras de mí no será destruida y reemplazada por otra constitución, en la que la (cont.)

mundo, sin haber compartido principios de moralidad tan severos como los que parecían compartir los miembros de la antigua *montagne* de la Convención; jamás, digo, ningún personaje significado en los faustos de las naciones, ofreció semejante conducta. Si la facción de Catilina hubiera triunfado, dudo que Cicerón que sin embargo no tenía más probidad que la de un abogado, dudo que Cicerón hubiera querido ser su primer ministro. Si Pompeyo hubiera sobrevivido a la victoria de César, dudo que Pompeyo, desarmado e incluso prisionero, hubiera conservado tan poco carácter como para prestarse a ser el lugarteniente de César.

Todo el coraje, toda la energía, todo el carácter, toda la dignidad de cierta masa de patriotas, se vuelca en imprecaciones contra el infame Aubry, contra el execrable Rovere, contra el monstruoso Boissy-d'Anglas. Se me ha incriminado por no ocuparme casi exclusivamente en desencadenarme junto a los demás contra este trío de desalmados. Confieso que me ha faltado ánimo y disposición para hacerlo. Me ha repugnado siempre combatir a un enemigo que ya está derribado ... Nada hubiera sido mejor para mí que atacar a los Rovere, a los Boissy y a los Aubry cuando eran muy poderosos y temibles. Hoy, no habría en ello bastante gloria para mi audacia. Me distingo en esto de multitud de hombres, siempre a punto de mostrarse terribles contra sus adversarios cuando ya no son temibles. No es este el coraje del hombre libre. Este no se siente animado más que para luchar contra el crimen que es fuerte y que amenaza.

Me parece de todas formas útil fulminar especialmente contra una de las personalidades de la horrible trinidad, a la cual Francia acorralada atribuye esencialmente todos sus males. De ellas, la que merece, según mi parecer, esta disposición particular de la expresión prolongada de la indignación pública, es Boissy-d'Anglas; porque los dolores que nos ha hecho sufrir, permanecen; las llagas que nos ha hecho, sangran todavía, y no podemos preveer, no podemos calcular, cuándo se van a cicatrizar. Hablando de Boissy, Robert Lindet ha impreso en todas letras: Ha dado el hambre a Francia. Y yo añado: Ha dado un Código negro a Francia. Sí, éste es el hombre que nos ha matado de hambre y encadenado a la vez. Mientras complotaba, en su monstruosa alma, el plan de hambre, meditaba, con no menos perfidia, el sacrílego atentado a la constitución popular del 93, y puso los fundamentos del cruel y envilecedor del 95, de este vergonzoso pacto, que como ya lo hemos dicho, no nos fue sometido sino impuesto, y que contiene algunos grados más de humillación de la conocida en la que los duros colonos impusieron a los negros de nuestras Islas. ¿Cómo y cuándo Boissy expiará el crimen de haber dado vida a este código de opresión que ha terminado siendo conocido por el nombre de su autor? Los habitantes del Faubourg Antoine no la llaman de otra forma que *la constitución d'Anglas*.[20]

---

igualdad no será reconocida, los Derechos del Hombre violados, y por la cual la masa del pueblo se verá totalmente avasallada a una casta más rica, en cuyas únicas manos se concentre el poder del gobierno y del Estado. Yo soy más feliz que aquellos que quedan, más feliz que los que inclinarán bajo este yugo infame su frente humillada. Yo moriré sin haber faltado a mi deber ...

Ultima carta de Goujon a su familia, escrita tres días antes de morir.

[20] Tengo la felicidad de ver en este instante la misma denominación repetida, confirmada en la página 4 del No.9 del Orador Plebeyo, y de ver en general, sobre esta constitución de Anglás, cosas mucho más fuertes de las que (cont.)

Hay, además, algo que debe perjudicar mucho a la celeridad de los éxitos de los republicanos, y que compromete bastante su dignidad. Es la extraña facilidad con la cual les veo acercarse a ciertos hombres de los que eternamente deberían mantenerse a cierta distancia. Duval y el Amigo de las Leyes, fraternizan con Louvet, con Réal, con Frerón, prodigándoles incluso adulaciones, lo que me parece conviene poco a los hombres que la legión de plebeyos cree deber tomar como sus corifeos, y sobre cuyos pasos regula su caminar. Sobre todo, nada me parece más mal aplicado que el incienso verdaderamente quemado a los pies de Frerón, y las manifestaciones amistosas hechas a este antiguo jefe del furor, a este antiguo primer provocador de las masacres, a este sostenedor desvergonzado de los vicios y de todas las horribles pasiones de la casta patricia. Lejos de haber expiado las innumerables fechorías que ha mandado cometer por toda Francia por su atroz juventud, nada es más equívoco e incierto como sus últimas operaciones en el Mediodía. ¿A quién no ha chocado la palabra que pronunció en Marsella?: No hay que creer que he venido aquí para proteger a los terroristas. Efectivamente, no me extrañaría que cuanto se cuenta aquí de maravilloso de su conducta patriótica, no se pareciera, en el fondo, a todo lo que hizo en el curso de su primer proconsulado en el año II. Moises Bayle ha probado con bastante acierto, hace diez meses, que este hombre, profundamente desalmado, escribía que la espada nacional se abatía a sus órdenes, en Marsella como en Toulon, sobre los contrarrevolucionarios y los enemigos del pueblo, cuando la verdad era que solamente millares de obreros y de *sans-culottes*, morían fusilados bajo sus bárbaras órdenes. Temo que su actuación de hoy se parezca muchísimo a la de aquellos tiempos; el misterio y la oscuridad que le rodean. justifica demasiado bien estos presentimientos.

Si algo se entrevé de la conducta del procónsul, viene a reforzar nuestras desgraciadas sospechas. ¿Se ha puesto la suficiente atención a cierta carta por la cual Frerón prueba que continúa consagrado a *la gente-muy-honesta*? ¿cuán sensible es a sus desgracias? ¿cómo su espíritu se niega a creer se le puedan reprochar crímenes? Hablo de la carta de Frerón relativa a los dos hijos de Orleans. Estos dos jóvenes ciudadanos, dice el antiguo orador del millón noble, estas dos víctimas de un trato arbitrario que despierta la más viva indignación contra sus opresores, se hallan acusados de haber matado con sus propias manos a prisioneros del Fuerte Jean durante las masacres del 17 Pradial. Pero Frerón no puede creer en la verdad de tal acusación hecha a estos interesantes niños, educados por una madre de la que hace el más sensible elogio, y de la cual se compadece por sus desgracias incomparables. Frerón es pues el Frerón de siempre, y sin embargo, es este hombre, que será el horror de los siglos, sobre el cual los Tácitos de Francia encontrarán, en los periódicos de un tiempo que les parecerá haber tomado la iniciativa del patriotismo, vulgares adula-

---

yo he escrito recientemente y que había escrito antes. Vamos, hay que esperar que esta producción del delirio bárbaro no puede tener mucho tiempo de vida. Se renuncia de buena gana a la promesa de no prestar más atención al Orador Plebeyo, cuando es Antonelle quien lo escribe. ¿Por qué no lo escribe siempre? Tendríamos siempre números como el 9, que no contiene casi ninguna palabra que no plazca al Tribuno. Sin embargo, contestaremos, y esta respuesta podrá ser el sujeto bien completo de mi número próximo. Me extenderé, primero, porque me complaceré con mi interlocutor, en segundo lugar, porque las materias serán interesantes a tratar, y la discusión será útil al pueblo, y, en tercero, porque es más corto siempre asentar argumentos que darles la réplica. J. Jacobo escribió un volumen para responder a ocho páginas de Cristóbal de Beaumont.

ciones que, quizá, juzgarán como la expresión cobarde del perdón que el cordero implora del lobo para que le haga la merced de no degollarle. ¡Qué mal conviene a los hombres que se dicen libres este andar arrastrándose! Yo estimo más sucumbir con dignidad que triunfar vergonzosamente y con astucias. Los aristócratas se respetan más que nosotros. Estoy tentado de conceder una porción de estima a un Galletti que se muestra, al menos, consecuente. Se extraña (12 Brumario) de ver a Frerón, tras sus ardientes provocaciones a la juventud francesa, para que desplegara todo el furor que quería que compartieran contra los bandidos asesinos del régimen decenviral; de ver a Frerón constreñido a hacer castigar la exageración de un movimiento que él ha suscitado. Claro, sin duda, el asesinato de dos patriotas por los señores de Orleans es tan sólo la exageración de un movimiento, ¡y es Frerón el primer culpable! Convenimos que Galletti ha razonado muy bien al decir que no debe ser Frerón quien persiga a unos asesinos, que no han hecho más que obedecer puntualmente sus órdenes feroces.

Me parece haber fijado por el momento el punto de mi sujeto: en dónde estamos. He señalado el terreno ya ganado. He trazado la línea de lo que queda para conquistar. He designado los escollos y las dificultades. Volveré habitualmente, como he prometido, sobre este cuadro cuya importancia es todo para el pueblo. Volveré con frecuencia a él para determinar las modificaciones sucesivas que el tiempo aporte, a fin de que los amigos de la democracia tengan siempre presente la situación de lo que debe ser su primera preocupación; a fin de hacerles precisar constantemente, por ellos mismos, los temores y las esperanzas que pueden concebir; a fin, también, de ponerles siempre en medida de dirigir su marcha por el mayor éxito de esta causa mayor. Acabo aquí este artículo, para pasar a otro que no deja de estar en ligazón directa con la pregunta esencial: *¿En dónde estamos?*

Estamos, en que, a pesar de la libertad constitucional de la prensa, se detiene todavía, como en los tiempos revolucionarios, a los escritores que se atreven a ser patriotas, y a querer decir, en este espíritu, verdades al pueblo.

(El Tribuno del Pueblo, No. 36)

* * *

LA POSIBILIDAD DEL COMUNISMO

¿Somos, Antonelle y yo, gladiadores dispuestos a distraer a la multitud curiosa y maligna con el espectáculo de una lucha encarnizada que no tiene más motivo que una querella de pasiones o de interés particular?

Los que concibieran esta idea caerían en grosero error. Replico a Antonelle, pero no somos de ningún modo antagonistas. Abro una discusión sobre el hecho de que haya querido tomar partido en mis discrepancias con diversos periodistas, pero no es un

combate lo que entablo. Nada personal entra en lo que sigue; aquel con quien trato no me ha dado ningún motivo, y sería demasiado indigno emplear el tiempo de aquellos para quienes uno y otro escribimos en semejante ocupación. Casi todos están dedicados tan sólo a los grandes intereses del pueblo. Es mi tesis ordinaria, de la que no me apartaré aunque parezca tratarse aquí de la respuesta a un hombre. Simplemente este hombre me ofrece un campo para debatida de una manera grande y luminosa. Y se presenta menos como controversia que como co-defensor de la más bella de las causas, como colaborador hábil y vigoroso de la más importante de todas las defensas que me he atrevido a emprender, y que sostendré hasta la plena convicción de mis jueces, que son al mismo tiempo mis clientes: ya que es al tribunal de los pobres, al tribunal de Francia y del mundo sojuzgados a quienes dirijo mis vindicativos discursos.

Es, pues, menos en la posición de adversario que en aquella de co-atletas que el aquí presente alcalde de Arles y yo, debemos aparecer ante todos los ojos. Me guardaré bien de pretender alterar en nada esta posición. Es demasiado ventajosa para mi sublime causa. Doy gracias al destino que me secunda enviándome tal apoyo.

Cuando un hombre es bastante audaz para abordar las materias más extraordinariamente delicadas ..., para atreverse, a las barbas de la autoridad, y en el momento en que la fuerza la hace toda poderosa, cubrir de imprecaciones y de ignominia las épocas, los hombres y las cosas, que en un momento de organización política, esta misma autoridad tiene tanto interés en hacer reverenciar, cuanto que sabe, y así es en efecto, que esta organización no puede durar más que si sobre sus épocas, sus hombres y sus cosas, se establece una especie de culto supersticioso ... Cuando el mismo hombre, casi solo, emprende la tarea de traspasar esta veneración hacia otras épocas, otros hombres y otras cosas, disminuidas por la influencia sin límites del poder que manda a la opinión misma ...; cuando este hombre va más allá; cuando los de su partido son o se creen débiles, se los aliena, considerando, contra su deseo que ha llegado el tiempo de estallar, mientras a ellos les parece más imprudente que oportuno hacerlo ...; cuando este temerario llega al colmo de su atrevimiento, enunciando en voz alta propuestas para un sistema que puede aparecer tanto más peligroso para unos, como atrayente para muchos otros, pero que intento, nada menos, que cambiar el orden establecido, y hasta las instituciones que parecen formar parte de todos los regímenes ...; cuando, digo, tal hombre aparece en el horizonte público, está sin duda alguna en la más crítica de las situaciones. ¿Cuántos intereses no hiere? ¿Cuántas pasiones no se sienten irritadas por un tal innovador? Fácil es calcular las diferentes especies de fermentaciones que excita. Tiene contra él a casi todos los partidos, pero cada uno de ellos se endurece de manera distinta. El partido en el poder debe estar furioso, sin embargo, disimula todo lo que siente, para no dar demasiada importancia a un solo hombre; preferirá fastidiarle en el anonimato y por vías poco leales, en lugar de perseguirle abiertamente y con franqueza. El partido de los amigos del orden y de las instituciones existentes, también debe temblar de rabia contra quien no deja a nadie tranquilo en el puesto que ocupa, y en medio de las cosas de las que dispone en la sociedad. El partido de los rutinarios, que cree que lo que siempre ha existido debe existir siempre, califica de quimérico y de extravagante cuanto sobresale de la línea de sus costumbres. El partido al que las circunstancias llevan a acer-

carse a las ideas y los deseos del hombre de quien hablo, también lo desaprueba porque no camina cómo y cuándo este último partido quisiera. Así, batido por todos los vientos a la vez, es bien difícil que el hombre de quien hablamos se sostenga.

Razonablemente ¿qué debe desear entonces? Que alguien fuerte y con una reputación que se imponga, vaya hacia él para ayudarle en su resistencia a tantos embates reunidos. Si la concepción y el deseo de cierta suma de cualidades morales e intelectuales fueran suficientes para realizarlo, sin duda quisiera que este alguien fuera de una probidad tan irreprochable, que las gentes de todas las opiniones se vieran obligadas a respetarle; que no fuera posible sospechar de su buena fe; que su excelencia de juicio y su elocuencia le hicieran comprender inmediatamente las cuestiones importantes para la felicidad del mundo, y darles solución clara e incontestable. ¡Pues bien! la suerte ha satisfecho mis deseos; porque, sin buscarlo, he hallado todo eso.

¡Hombres investidos de potestad! me encontraréis menos rebelde quizá, cuando veáis que no soy yo solo quien somete a discusión si este poder es, en vuestras manos, bien legítimo ... ¡Hombres de rutina! veréis que no es del todo un sueño creer posible que los grandes abusos, que han existido durante largo tiempo, cesen de existir ... ¡Hombres de mi doctrina! ¡republicanos sinceros! veréis que no es un crimen, ni tan sólo un abuso, proclamar en estos momentos mismos grandes verdades, porque un hombre, al que no podéis rechazar vuestra confianza, no ha temido rendirles homenaje inmediatamente después de haberlo hecho yo ... ¡Hombres de la propiedad! no contaréis por mucho tiempo con la impunidad de vuestras maniobras expoliadoras; porque estáis viendo que la discusión se entabla para examinar hasta qué punto vuestra posesión es legítima ... Ya no estamos tan aislados para discutir este importante punto: la arena esta abierta y a cada instante veo nuevos combatientes valerosos que a ella se lanzan.

Antonelle, tú me has rendido otro servicio; los más fieles guardianes de cada uno de los partidos me hubieran podido combatir uno tras otro con injurias. Tú acabas de acallarlos con razones tan fuertes que no les quedará más remedio que condenarse al silencio, aunque algunos probablemente estarán tan poco contentos de ti como de mí.

He considerado tu intervención en sus relaciones morales y sus efectos políticos. Debo examinarla ahora desde el punto de vista de los detalles y en su valor intrínsico.

Las materias de mi periódico, hasta el presente, se han reducido a seis puntos. Tú las has distinguido perfectamente. Hay más de la mitad con las cuales estás en perfecto acuerdo conmigo; en consecuencia, casi, me ahorras toda discusión sobre ellas.

Veamos de nuevo, juntos, estos seis artículos.

1°. Proceso al 9 Termidor; 2°. Constitución del 93; 3°. Constitución del 95; 4°.Opinión sobre la propiedad; 5°. Sobre la cuestión: ¿Es momento de hablar de todas estas cosas?; 6°. Mis debates con los publicistas.

Son sobre las tres primeras cuestiones que tus cuatro primeras páginas me dispensan de toda disertación. El 9 Termidor tiene en Antonelle un historiador mucho más

fulminante, la constitución del 93 un defensor más atrevido, y la constitución del 95 un juez más inflexible que el Tribuno del Pueblo.

Pasemos pues, en seguida, al cuarto punto.

Me das la razón en cuanto a los fundamentos de los principios sobre el famoso derecho de propiedad. Convienes conmigo en la ilegitimidad de este derecho. Afirmas que es una de las más deplorables creaciones del error humano. Reconoces, también, que es de ahí de donde derivan todos nuestros vicios, nuestras pasiones, nuestros crímenes, nuestros males todos ...

¡Qué confesión! ¿Lo habéis oído, millón de ricos desalmados? banda de infames expoliadores de los veinticuatro millones de hombres útiles, cuyos brazos actúan para mantener vuestra holgazanería y vuestra barbarie? Acudid, pues, aceptad nuestro reto y entrad en la palestra; ¡destruid con razonamientos aquéllos con los cuales nosotros pretendemos probar que todo lo que tenéis de excedente de vuestras necesidades personales, os viene por vías inicuas; y que todo lo que nos falta se encuentra en cuanto de superfluo habéis sabido sacar de nuestra justa parte, por las mismas vías inicuas! Acudid. ¿No decís nada? ¡Cómo! ¡propietarios! se os ataca de la forma más seria; los campeones se suceden y se multiplican, ¿y vosotros no respondéis nada? Adelante, la arena está ante vosotros. Si nadie de vuestro campo quiere entrar, es porque se reconoce que vuestra causa es insostenible. Nos apropiamos el premio del vencedor.

¿Habéis oído igualmente esta preciosa confesión, vosotros, mayoría imponente de ciudadanos despojados? Es el derecho de propiedad la causa de todos vuestros sufrimientos, de todas vuestras desgracias. Este derecho no es natural, no tiene un origen puro y legítimo: no es más que una deplorable creación de nuestra fantasía, de nuestros errores; ha nacido de un vicio horrendo, de la avidez, y da nacimiento a todos los otros vicios, a todas las pasiones, a todos los crímenes, a todas las penas de la vida, a todo género de males y calamidades. ¡Y luego se os dice que el derecho de propiedad es de lo más respetable! ¡Que sobre todo hay que respetar las propiedades, cuando los depositarios de este derecho asesino, os lo ordenan!

Pero, ¿qué más veo? Tú estás convencido, Antonelle ..., que el estado de comunidad es el único justo, el único bueno, el único conforme a los sentimientos puros de la naturaleza ..., que fuera de ello no pueden existir sociedades apacibles y felices de veras?

¡Ah! pero ... ¿en qué nos dividimos entonces? Tú reconoces, y yo también, que la propiedad es odiosa en su principio y criminal en sus efectos. Tú estás convencido, y yo también, de que el estado de comunidad es el único justo, el único bueno ... fuera del cual, no pueden existir sociedades apacibles y verdaderamente felices. ¿Qué separa, pues, nuestras dos opiniones?

Creo que lo siguiente:

Hemos llegado un poco tarde, tanto el uno como el otro, si hemos venido al mundo con la misión de desengañar a los hombres sobre el derecho de propiedad. Las raíces de esta institución fatal son demasiado profundas y dominan todo; son ya inextirpables en los grandes y viejos pueblos ...

La eventual posibilidad del retorno a este orden de cosas tan simple y tan bueno (el estado de comunidad) quizá no es más que un sueño ... Todo lo más que se podría esperar, sería un grado soportable de desigualdad en las fortunas ...

Impugno la opinión de que nos hubiera sido más ventajoso el haber venido menos tarde al mundo para cumplir la misión de desengañar a los hombres, en relación al pretendido derecho de propiedad. ¿Quién me desengañará, a mí, de que la época actual es precisamente la más favorable? ¿qué lo es infinitamente más que no lo hubiera sido la de hace mil años? Primero, ¿es que antes de que el mal se haga sentir, se piensa en destruirlo? Pues bien, los hombres siempre imprevisores, cuando dejaron introducir el derecho de propiedad particular, no presintieron todos los inconvenientes que de él resultarían. Sus luces de entonces, su inexperiencia, no les permitía de modo alguno hacer tal cálculo. E incluso si se les hubiese gritado: *Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie*, dudo que hubieran querido escuchar, o bien no lo hubieran creído. Por otro lado, como los resultados funestos tardaron mucho en hacerse sentir suficientemente, no hubiéramos ganado nada, al cabo de algunos centenares de años, con venir a proponerles la reforma. Luego, cuando el mal se hizo sentir, habíase deslizado ya imperceptiblemente, se le juzgaba ya entonces como algo natural; no se sabía bien de dónde venía; era resultado de todas las circunstancias que se estaba acostumbrando a ver, que se tomaban como el orden inmutable y fatal: la ignorancia, la superstición y la autoridad se habían coaligado para impedir que se desenredara la verdadera causa, o que se la pudiera atacar con la fuerza.

Pero hoy, cuando la gangrena ha extendido sus estragos hasta tal punto que ya no le queda nada que devorar; cuando todo el pueblo ha sido reducido, primero, a dos onzas de pan por día, luego a pagarlo a 60 francos la libra; cuando la masa, la mayoría, se ha visto forzada a vender sus últimos harapos para comprarlo, o a prescindir del pan cuando todo ha sido ya vendido; cuando este pueblo ha visto claro y es capaz de entender y se halla dispuesto por su posición a apoderarse con avidez de esta preciosa verdad: Los frutos son de todos, la tierra de nadie; y cuando Antonelle llega y les dice: El estado de la comunidad es el único justo, el único bueno, fuera de este estado no pueden existir sociedades apacibles y verdaderamente felices, yo no veo por qué este pueblo, que quiere justamente su bien, que quiere, por consiguiente, todo lo que es justo y bueno, no puede llegar a proclamar solemnemente su deseo de querer vivir en el único estado de sociedad apacible y verdaderamente feliz.

Lejos de decir, en la época en que el exceso del abuso del derecho de propiedad ha llegado hasta el último periodo, lejos de decir que esta fatal institución tiene raíces demasiado profundas, me parece, por el contrario, observar que pierde la mayoría de sus filamentos, que, no reuniendo en un conjunto los apoyos principales, expone al árbol a una mayor inestabilidad. Haced muchos no-propietarios, abandonadles a la codicia devoradora de un puñado que todo lo invade, y las raíces de la fatal institución de la propiedad ya no son inextirpables. Rápidamente los despojados comienzan a reflexionar y a reconocer, es verdad muy grande el que los frutos son de todos, y la tierra de nadie; que lo que nos ha perdido es haberlo olvidado; y que es desatino demencial, por parte de la mayoría de los ciudadanos, el permanecer en situaoión de esclavos y víctimas de la opresión de la minoría; que es más ridículo no liberarse de

tal yugo, y no entrar en un estado de asociación, único justo, único bueno, único conforme a los puros sentimientos de la naturaleza, el estado fuera del cual no pueden existir sociedades apacibles y verdaderamente felices.

La revolución francesa nos ha demostrado con pruebas que los abusos, por ser viejos, no eran en absoluto inextirpables; que, por el contrario, fue su exceso y el cansancio de su larga existencia, lo que requirió más imperativamente su destrucción. La revolución nos ha dado pruebas sobradas de que el pueblo francés, por ser un grande y viejo pueblo, no es por ello incapaz de adoptar los cambios más grandes en sus instituciones, de consentir los más grandes sacrificios para mejorarlas. ¿No ha cambiado todo, desde el año 89, excepto esta institución de la propiedad? ¿Por qué esta excepción única, si justamente se reconoce que constituye lo que hay de más abusivo, la más deplorable creación de nuestra fantasía? ¿La antigüedad del abuso puede conservar su existencia, cuando la misma circunstancia no ha servido para conservar todos los otros abusos que fueron derribados? ¿La gravedad, la importancia de éste, son motivos para que sea más respetado? La observación siguiente, que no parece haber llamado la atención a Antonelle en una primera lectura, ¿dejará de impresionarle, si se la volvemos a reproducir? Hay épocas en las que los últimos resultados de las mortíferas reglas sociales hacen que la universalidad de las riquezas se encuentre absorbida en manos de unos pocos. La paz, natural cuando todos son felices, se ve necesariamente perturbada entonces. La masa no puede ya vivir, todo está fuera de su posesión, no encuentra más que corazones sin piedad en la casta que lo ha acaparado todo, y estos efectos determinan la época de estas grandes revoluciones, fijan estos periodos memorables, anunciados en los libros de los tiempos, en los que la revuelta de los pobres contra los ricos es una necesidad que nada puede vencer.

Si esto es así, si tal conmoción es realmente inevitable, yo no veo por qué la posibilidad eventual de un retorno al estado de comunidad, pueda ser sólo un sueño. Es verdad, Antonelle, que semejándote poco a esos hombres cortantes que no vacilan en pronunciar juicios definitivos; es verdad, digo, que no te permites pronunciarte de forma completamente afirmativa sobre esta opinión de sueño. La moderas con un *quizá*. Encuentro este *quizá* tanto más precioso y bien medido cuanto que me parece que para cambiar el sueño por algo efectivo, no se trataría más que de convencer al pueblo, del mismo modo que tú pareces estar convencido de que el estado de comunidad, es el único justo, el único bueno, el único conforme a los puros sentimientos de la naturaleza ... y aquel fuera del cual no pueden existir sociedades apacibles y verdaderamente felices. Reflexiona bien si de esta convicción sola no dependería la posibilidad.

Exhortándote a esta reflexión, estoy seguro de comprometerte en una cosa que te es agradable. Piensas tú que la realización del plan social del cual hablamos es el anhelo constante de las almas puras, puras, el pensamiento más natural de los espíritus justos ..., que sería una felicidad alcanzarle, etc.

¿Pero, por qué me apenas luego cayendo de nuevo en tus temores? ¿Cuál es este grado soportable de desigualdad en las fortunas con el que te contentas? ¿No crees que sería más difícil de establecer y de mantener que la más rigurosa igualdad?

Que el gran día del pueblo llegue, que se le haga transigir con los infames, que pida sólo una media justicia; es casi seguro que el pueblo no la obtendrá; la casta taimada del millón regateará, temporizará y tratará, al fin, de no concluir nada. Por el contrario, si el pueblo exige entera justicia, se, verá obligado a expresar con majestad su voluntad soberana, a mostrar toda su fuerza; y por el tono con que se pronuncia, por las formas que emplea, todo cede, nada resiste, obtiene todo lo que quiere y todo lo que debe tener. Las leyes populares parciales, los arreglos regeneradores a medias, estos simples su avizadores a los que parecen limitarse tus deseos, nunca alcanzan solidez. La ley Licinia en Roma, la del *maximum* en Francia, poco duraron y fueron fácilmente eludidas. Las leyes de Licurgo fueron más durables porque eran de mayor interés, un interés diario, continuo, para cada uno de los ciudadanos, y todos estaban interesados en vigilar por su conservación.

Si no encontraras tú mismo solución al problema: ¿es el momento de levantar la voz sobre cuestiones de tan alta importancia?; si, he dicho, no encontraras solución a este gran problema hablando tú mismo de estos grandes asuntos con tu mucha libertad, fuerza, elocuencia, persuasión y razonamiento, trataré yo de añadir aquí algunas otras buenas razones a todas las que creo he dado, para justificar la afirmación de la proposición. Volveré a hablar del pretendido secreto de los patriotas, de su política y de la del gobierno. Haré resaltar otra vez la superioridad de la táctica de este último. Diré de nuevo que el mejor secreto de los patriotas, es no tener ninguno, y persuadirse de que no les hace falta, que incluso todo secreto, toda marcha tortuosa, todo maquiavelismo, no pueden serIes más que perjudicial; que toda disimulación sobre los hombres y las cosas no pueden más que asesinar a la patria.

Repetiré que la verdadera táctica de los defensores de la libertad, de la igualdad, de todos los derechos del pueblo, es mirar de reforzarse, poner a todo el mundo al corriente de lo que pasa y de lo que se debe hacer, de hablar a todos de los remedios, e interesar a cada uno en contribuir en la administración de lo dicho.

Me esforzaré en hacer comprender que nada es más detestable, me atrevo a añadir, más tonta y más visiblemente inepto, que el aislarse, el reducirse a un puñado de patriotas que actúan, el separarse del pueblo, abandonar su opinión y su fuerza, pretender hacer el bien sin él, sin esta opinión y esta fuerza, y con la única arma de la prudencia, de esta ridícula prudencia sugerida por el mismo gobierno, predicada por sus emisarios, que componen todavía la mayor parte del puñado de aparentes patriotas activos, los que le dan el tono, marcan el ritmo, y se manifiestan como los que gritan más alto en todas partes.

Terminaré demostrando que esta *facción de prudentes*, dirigidos así, no es más que un instrumento del que se sirve el despotismo para asegurar su fortalecimiento; ... desarrollaré cómo la masa del pueblo, *el pueblo-soldado*, por decirlo así, al hallarse aislado de aquellos que considera como sus oficiales y sus jefes, encargados de una parte más o menos grande de mando, y al ver a estos mandos separados de él, y que dirías e hayan abandonado la causa, que parece incluso hayan transigido, incorporándose al gobierno de la tiranía del cual han aceptado los empleos; desarrollaré he dicho, cómo por todas estas consideraciones, la parte del pueblo a la que llaman multitud, esta parte, en efecto, esencialmente dependiente de una dirección, que no puede marchar sin ella y siente ella misma esta impotencia, viéndose sin guías,

abandonada, se ablandará infaliblemente, caerá en el abatimiento, en la despreocupación por la libertad, se resignará a cualquier suerte, descansará de sus fatigas, despertará con hambre, y no viendo más que el despotismo que pueda darle pan, para conseguirlo correrá por su propia iniciativa a arrojarse en sus brazos.

Trataré de convencer, una vez más, de que todo retraso es insensato o pérfido, cuando el mal, el peligro, son extremos, cuando sus estragos están en condiciones de devorarlo todo; que también se es cómplice del incendio, cuando se contemplan sus desastrosos progresos sin conmoverse, y oponiéndose a que se recurra a la bomba de incendios para atenuar el torrente de llamas, antes de que su impetuosidad violenta haya reducido todo a ceniza.

Comenzaré de nuevo a explicar, cómo la verdad es siempre útil y la mentira dañina al hombre; de nuevo haré resaltar de este principio aplicado, el gran peligro que se corre dejando al pueblo de Francia en un error tan grosero como el que le haría idolatrar, tomar como objeto digno de su veneración, una monstruosidad enmascarada bajo el nombre de código; mientras que, a consecuencia del mismo prestigio funesto y de la misma profanación, se sacrificaría a los dioses incruentos, se abandonaría a la execración general el decálogo político que la universalidad del pueblo, en un momento no lejano, y que no fue el de la ilusión, recibió con entusiasmo, sancionó solemnemente, con una unanimidad conmovedora y augusta; porque supo reconocer entonces que este gran contrato nacional había sido, como Antonelle lo ha dicho muy bien, inspirado por el profundo sentimiento de los derechos del pueblo, la entrega completa a sus intereses, a su gloria, el sincero deseo de verle, en fin, realizar su alto y puro destino, y transformarse, como se lo ha merecido, en fuerte y grande.

Pero, repito, no tengo necesidad de recomponer estos cuadros que he bosquejado; no es necesario cuando de hecho, la duda ha resultado en todas partes; cuando no tan sólo Antonelle, sino muchos otros, dicen, escriben, imprimen, y publican todo lo que yo he publicado, impreso, escrito, dicho. ¿Qué mejor elogio he hecho yo de la constitución del 93 que el que acabo de reproducir del escrito al que estoy contestado? Y qué otro homenaje más religioso he podido rendir, que el del patriota que acaba de imprimir aquel que nos legó Goujón en su testamento: Que el Pueblo francés conserve la Constitución de la Igualdad que ha aceptado en sus asambleas primarias. Yo había jurado defenderla y morir por ella, y muero contento por no haber traicionado mi juramento.

¿Qué anatema fulminante he lanzado yo sobre la carta del 95, que el de calificarla sin temor de Código de Anglas, por cuya presentación de la propuesta de sustituirle a la ley del Pueblo, y por la lectura de la diatriba sacrílega, de la sátira excesivamente injusta que le precedió, la tribuna nacional fue mancillada el 5 Mesidor del año 3, sin que ningún diputado fiel tuviera el coraje de levantarse con fuerza contra este acto inaudito de audacia, sin que se haya oído una sola voz para defender la carta popular, que los conjurados del Vendimiario no hubieran aceptado, que el gabinete de Madrid no hubiera aprobado, que el senado británico no hubiera elogiado, que, ciertamente, no fue fruto de un pacto con el partido del extranjero?

Justificas, Antonelle, mi atrevimiento cuando tú lo tienes para imprimir que la ausencia de libertad, que el exceso de coacción, que el soberano grado de tiranía eran

tales en el momento de presentación de la constitución de Anglas, que hubiera sido imposible, o al menos inútil, oponerse a su adopción y que el desgraciado mandatario del pueblo que hubiese querido hacerlo no hubiera conseguido más que cadenas.

No es impolítico hacer el proceso del 9 Termidor, según tú ya que veo tus dos primeras páginas del número 9 del Orador Plebeyo, consagradas a este cuadro vivo y de gran parecido que nos representa el escándalo del empleo de casi todos los talentos oratorios, durante un año entero, al servicio de la impostura y las crueles pasiones ..., fondo principal al cual añades estos accesorios: Arena abierta de calumnias atroces, de furores de venganza atizados, del cultivo cotidiano del odio implacable. Predicaciones públicas de masacre y asesinato. Provocaciones, en términos formales, en estilo excesivo, al degüello de un millón de ciudadanos. Apelación diaria al uso contra ellos de todos los puñales; derramamiento a todas horas de la execración y del oprobio. Delirio feroz que erige todo lo que precede en moda. Desmoralización que de todo ello resulta: asfixia de la piedad natural, venganza atroz, insaciable sed de sangre, permanencia del degüello; enrolamiento de hombres para las hecatombes, de excitadores o ejecutores de homicidios, todo esto elevado al rango de virtud. Como complemento, aplicación de la mordaza, de las esposas, prohibición de hablar y de escribir a todos los amigos de la libertad; cuyo resultado es este estado de retraimiento inimaginable que ha dado como resultado el silencio universal en el instante en que se escarnecía oficialmente, en pleno senado, la Constitución del Pueblo, y se provocó formalmente su abrogación expresa. Seguramente, cuando Antonelle proporciona esta bella homilía sobre el triste y deplorable año termidoriano, no es él quien puede desaprobar las lamentaciones del Tribuno del Pueblo sobre el mismo tema.

Sin duda, no es tampoco respecto a mis lamentos sobre la angustia que nos asesina perpetuamente, que el ciudadano Antonelle encontrará que pierdo mi tiempo. Sus principios de igualdad rigurosa, de humanidad, su sensibilidad que se caracteriza en todas sus frases, dicen sobradamente que no es en absoluto indiferente a los dolores del pueblo aunque su posición individual quizá le ponga fuera del caso de compartidos. Sin embargo, hubiera querido verle entrar en esas numerosas buhardillas que dieciséis meses de bandidismo han devastado. Hubiera querido verle visitar las moradas de las desgraciadas víctimas de la rapacidad de las gentes honestas; y hubiera querido que, de retorno de esta tan interesante inspección, hubiera venido a contarnos, con toda la fuerza de expresión, verdad y sentimientos de que él es capaz, cómo había contemplado a hombres y mujeres, niños y ancianos, agotados y cayéndose de inanición, en esos tristes cuchitriles de los que hasta el último pequeño mueble ha desaparecido ... ¡cuántos de esos seres ha visto, que sufren, que carecen de todo; de pan, leña, calzado, ropa, hasta de un lecho donde poder reposar sus huesos extenuados y sin fuerza! (se ha vendido hasta el más triste catre para comprar pan a 60 francos la libra) ... ¡cuántos niños ha visto palpitantes de necesidad sobre el pecho desecado de sus madres! ... ¡cuántas mujeres afligidas porque sienten morir en sus entrañas, al mismo tiempo que ellas se sienten perecer, el fruto que han concebido! ... ¡cuántas sepulturas ha encontrado en su camino, de gentes que el hambre y la enfermedad se han llevado! ... ¡cuántos esqueletos, aún en vida, ha percibido por las calles, disputando a los animales la presa de las mondaduras, los viles despojos de las

cocinas del rico, arrancados de las cloacas!!! ... No, Antonelle, nuestros clamores comunes sobre este último tema no hubieran podido ser juzgados, de forma equitativa, como más improcedentes que aquéllos sobre Termidor, sobre las constituciones del 93 y del 95, sobre la propiedad y la igualdad.

Y ya que compruebo que en todo tu trabajo sobre mi número 35, has dicho aproximadamente las mismas cosas que yo, al mismo tiempo que yo, tengo un cierto derecho a extrañarme de algunas palabras de reproche indirecto que me diriges, cuando hablas del derecho que no se debe perder a preparar la reforma o el mejoramiento de una constitución que tú has censurado. Dices no debe hacerse más que a través de opiniones decentes y razonadas, ofrecidas a su tiempo. No creo que con ello quieras decir que, en mi discusión de los dos números que han obtenido el favor de ocuparte, hayas podido apreciar indecencia; no has tomado, sin duda, por tal, el tono vehemente, tribunicio, ardiente que me parece conviene a todo arengador plebeyo, el tono que es natural y exclusivo de todo hombre penetrado hasta el fondo de su alma de una verdadera pasión por los derechos del pueblo; el tono, en fin, que Cayo-Graco tenía en la plaza pública, cuando, según informan los historiadores, parecía que de su boca salieran truenos y relámpagos.

En cuanto a la palabra *razonado*, me cuesta creer que se aplica desfavorablemente a mí, ya que, lejos de atacar mis razonamientos, confiesas, dos páginas antes, que tus principios se diferencian poco de los míos, y, una página más adelante, tienes a bien hacerme el cumplido de que por tener una causa tan bella, soy capaz de bien defenderla, y que la defiendo bien bajo más de un aspecto. Sin duda no se trata de una ironía. A tu carácter le repugna demasiado este género miserable.

Ofrecidas a su tiempo; he aquí de lo que menos deberé hablar. He mostrado suficientemente que lo que yo ofrezco, tú lo ofreces al mismo tiempo, y no creo nos equivoquemos los dos.

Te he anunciado, además, un artículo de respuesta: Opiniones sobre las personas. Tú no compartes el menosprecio que he manifestado contra ciertas gentes en mi No. 35. Indudablemente no estás obligado a abrazar, en todos los casos, mis querellas, y a hacerte enemigos gratuitos. Pero, adentrándome en mi interior, creo reconocer que no es en absoluto por un despotismo de humor que he expresado lo que tú llamas menosprecio. Los motivos, que no has podido apreciar, pensé sin embargo haberlos puesto al alcance de todos mis lectores. No busqué privar de estima a nadie. Se me ha atacado, provocado, públicamente; se ha buscado privarme de la confianza: yo he contestado, me he defendido, públicamente, y natural he debido demostrar que no merecía perder la confianza. Si he hablado de algunos con amargo menosprecio, ha sido en respuesta a anteriores desprecios amargos, y además, maticé este desprecio.

No me queda más que hablar de la desgraciada palabra ahorcado, que Antonelle me acusa haberle imputado para servirse de ella contra un código al que no se refirió. Me contraría profundamente haberle causado mal con este error, ya que esto fue y no un ardid. No quiero disimular que en la viveza de la redacción, no reflexioné suficientemente, o no puse suficiente atención para percibir que la cita, que me había chocado en la obra de Antonelle, no pertenecía directamente a ella, sino que procedía de una cita que él mismo hacía. Debí decir y así lo digo ahora para corregirme

(pues éste es el partido que en todo momento hubiera estado yo dispuesto a sacar de la desgraciada palabra): Nadie más afecto que yo al sublime trabajo de los once, y cuando se conoce el odioso argumento de que sus órganos se han servido para legitimarlo, pero que el autor de las *Observaciones sobre el derecho de ciudadanía*, página 4, ha combatido tan bien con el arma de la indignación y el coraje, uno no puede por menos que replicar como sigue al detestable argumento de tan criminales autores: No nos sometemos a este pacto que nos ha sido impuesto, salvo para violarlo cuando podamos, y para ser ahorcados si nos dejamos atrapar en él.

(El Tribuno del Pueblo, No. 37).

* * *

LLAMAMIENTO APREMIANTE A LOS PATRIOTAS

¡Amigos! No era mi propósito hablaros hoy. Pero interrumpo un trabajo de más largo alcance para dirigiros apresuradamente unas palabras bien urgentes. Escuchadlas, os interesan infinitamente.

La verdad triunfa. Todos los opresores empalidecen: Los amigos del pueblo le han abierto los ojos. El ejército también ve claro. El torrente de energía no puede ser contenido ya por ningún dique. Nuestros dominadores lo han visto y han cambiado sus baterías para evitar la caída cuya espera nos consuela y nos desespera.

Desde hace diez o doce días han juzgado que la persecución y las injurias hacia los mejores ciudadanos no era ya una arma eficaz en sus manos. Las han sustituido por la astucia y por repugnantes zalamerías. Los lobos furiosos se han transformado en zorros flexibles y obsequiosos. ¡Que no os engañen! Continúan carniceros; no han cambiado en absoluto de naturaleza, y no cambiarán jamás. Hoy esconden las uñas; mañana os devorarán.

He aquí de lo que os debo prevenir:

Los emisarios de los Tallien, de los Legendre, de los Barrás, y estos mismos honestos ciudadanos, se agitan y se dan gran pena para tratar de haceros caer en la más abominable de las trampas. Se aprovechan de vuestra animadversión hacia los culpables artífices de vuestros males, entre los cuales ellos figuraron en primera fila; tienen la desfachatez de fingir que no han sido ellos, o, como mínimo, que hoy se separan de la banda de perseguidores que no actuó más que a sus órdenes y según su

inspiración; se atreven a sugeriros que ahora están dispuestos a constituirse en vengadores de las fechorías que han cometido y mandado cometer. Hay que demostraros hacia dónde tienden sus intenciones, qué nuevo y profundo abismo excavan bajo vuestros pies, pero antes hay que daros a conocer las andanzas de sus intrigas.

A los Férus y compañía han incorporado nuevos bellacos, cuya historia completa podríamos hacer; pero hoy nos contentaremos con señalar a dos de ellos, cuyos actos han sido más ostensibles. Richard y Soulé (este último se dice hombre de letras) están actuando desde hace algunos días dentro de los grupos de las Tullerías. Cumplen admirablemente su misión de excitar al extremo la efervescencia del pueblo. Allí dicen, a quien les escucha, que los dos consejos, sin excepción, están compuestos de desalmados; que Barrás y Carnot son excelentes républicanos que terminarían con los males del pueblo y salvarían la patria; que por esto existe un infame complot para asesinarlos; que en consecuencia hay que sumarse a ellos y a sus amigos, armarse sin espera y tocar a rebato.

A este hecho debemos añadir las circunstancias siguientes:

Un auténtico demócrata, al que el emisario Richard había abordado estos últimos días en la terraza de las Tullerías para inculcarle estas ideas de colusión, objetaba la extraña precipitación que daba la sensación que se quería poner en asunto tan importante. Entretanto se les acercó Legendre, a quien Richard pidió noticias sobre los asuntos en curso. El carnicero de Pradial contestó que no podía comprender cómo los patriotas pudieran seguir la impulsión de El Tribuno del Pueblo, quien parecía querer encarnizarse preferentemente contra los mejores republicanos, tales como Barrás y Carnot; que había que caer sin piedad sobre aquellos que reconocía habían hecho mucho mal, tales como Isnard y su pandilla; que era necesario que los patriotas se reunieran para aniquilar a estos hombres; pero que se debía, por ambas partes, olvidar los pequeños errores que recíprocamente se habían podido cometer, etc.

A unos pasos de allí, otro sicofante preguntaba a un demócrata si había visto a un tal, hombre que goza de influencia en cierto distrito de París, pues tenía algo bueno que comunicarle de parte de Tallien; y el intrigante añadió: Tú eres patriota, no estás de más; es preciso que dentro de algunos días la bomba estalle; es necesario que se toque a rebato. Busco a tal para ponerle al corriente.

La trama es bastante hábil, el señuelo no está peor preparado que otros tantos de los que habéis sido objeto de engaño y víctimas, ¿será posible que lo seáis de nuevo?

Es claro lo que persiguen los que no han cesado de asesinaros, de mataros de hambre, de someteros a miles de cadenas.

Primero, salvar sus cabezas, sobre las que ven al gran tribunal del pueblo, convencido de sus incontables crímenes sin paralelo, presto a cumplir la terrible sentencia pronunciada tiempo ha. Para ello, juzgan que deben fingir arrojarse en brazos de los demócratas, a los que se jactan de ganar tanto más fácilmente cuanto se imaginan pueden persuadirles de que el pueblo no se salvará sin la ayuda de una parte de aquellos que comparten la autoridad.

Pero ¿cómo calculan que pueden llegar a salvar sus cabezas? ¿Podrán los patriotas ser tan ingenuos como para creer posible que espíen, sirviendo resueltamente a la

democracia, la infamia de haberla destruido con los más desalmados procedimientos, para merecer un perdón generoso a cambio de esta reparación? ¿Tendrán los patriotas el candor de pensar que van a despojarse del poder, la supremacía y la iniciativa, durante y después del movimiento revolucionario, a fin de vivir apaciblemente bajo sencillas leyes demócratas, a la sombra de la santa amnistía de una nación indulgente? No, no, ese no es su plan. Estos opresores ven que los principios de la democracia predominan, que su trono se tambalea, que han perdido toda confianza, mientras que los que la tienen en su lugar son los defensores del pueblo. Y se han dicho tenían que imaginar algo que les diera la oportunidad de hacer caer en una redada a todos esos hombres en quienes el pueblo ha depositado su confianza, a sus partidarios y a todos aquellos que todavía son capaces de jugar un papel activo en favor de la causa popular. Es un último resultado del sistema de las hecatombes que se trata de aplicar; lo que se pretende es barrer al resto de los patriotas. Se han dicho: halaguémosles, conquistémosles, prometámosles todo lo que piden. ¿Qué pasará? Con nuestra posición tomamos la iniciativa exclusiva de un movimiento que nos liberará de ellos para siempre, así como de todos nuestros enemigos. Nos precavemos contra toda hostilidad de su parte; paralizamos todos los resultados favorables a su causa que, mediante su trabajo, han podido alcanzar en el espíritu del pueblo; nos transformamos en los instigadores y consolidamos eternamente nuestra autoridad. He aquí cómo: Nosotros, Barrás, Frerón, Legendre y Tallien nos ponemos al frente. Nuestros desacreditados nombres no reunirán en torno a nuestras banderas a la masa total del pueblo; la mayoría retrocederá horrorizada y se negará a actuar bajo nuestros estandartes. Esto es lo que nos conviene. Agruparemos tan sólo a nuestros sicarios pagados, y con ellos a un núcleo de patriotas ardientes, pero confiados, que nuestros sicofantes habrán conseguido enredar; hombres que consultan menos su razón y la justica que su impaciente deseo de arrojarse de cabeza en todo lo que parece tiende al bien de la causa. De esta manera no tendremos más que un levantamiento parcial, y esto es lo que necesitamos. No hay temor de vernos destronados, y nos da pretexto para una primera operación que nos garantizará el éxito de las posteriores. Este núcleo parcial nos bastará para apuñalar a los que son realistas de manera distinta a la nuestra. Los Rovere, los Isnard, los Langunais, los Boissy y otros quieren reyes de antiguo abolengo; nosotros los queremos de nuevo cuño; queremos serlo nosotros mismos. Pues bien, iremos con nuestros imbéciles demagogos a asesinar a los abogados de Luis XVIII; y una vez estas cabezas caídas, el monarquismo opuesto al nuestro dejará de existir; nuestro trono estará consolidado. Los demagogos, como en el Vendimiario, nos pedirán otra cosa después de esta expedición; pero, igual que en el Vendimiario, nos será fácil intimarles silencio e inmovilidad. Les diremos: basta, ya está bien por ahora; podréis reposar hasta que se os despierta. No os dejaremos dormir por mucho tiempo. Al no tener ya más que una facción a combatir, organizaremos una Saint-Barthélemy para exterminar, en plena seguridad, a este partido de anarquistas que no habrá sobrevivido más que en algunos días al de los realistas. Nos bastará con una hecatombe, y a continuación dominamos sin obstáculos sobre un rebaño de meros esclavos. ¡Amigos! he aquí su complot; he aquí su secreto cuajados de horrores. ¿Una vez descubierto, puede ser alguien engañado?

No, no tendremos movimiento parcial. Sin duda la masa de los patriotas y del pueblo no se habría puesto en marcha al pérfido llamamiento de un Barrás o de un Tallien;

pero, después de mi advertencia, me jacto de que no encontrarán más de dos hombres que poder engañar. Sí, sí, sus Anticristos, sus falsos Profetas actuarán en vano. ¡Lacayos miserables! id a acometer a los republicanos en todos los lugares; detenedlos en los paseos, en las calles; ofuscadles con vuestras vergonzosas fachas; vuestros venenos asesinos no podrán contra nuestro antídoto invulnerable. Os rechazarán a vosotros y a vuestras insidiosas palabras, con todo el desprecio de que sois merecedores. Yo declaro a vuestros amos que es dinero perdido todo el que os dan.

El pueblo no se levantará más que en masa y a las órdenes de sus verdaderos liberadores, de los que distinguirá la señal por marcas inconfundibles. Permanecerá quieto hasta que ellos se lo digan; no querrá perderlo todo por una torpe precipitación. Después de haber aguantado tanto sufrimiento, sabrá aguantar algunos instantes más para asegurar mejor su liberación; creerá a sus amigos cuando le digan: el momento de salvar a la patria no ha llegado.

Nosotros también queremos libramos de la influencia fatal de los corifeos del monarquismo; pero queremos, al mismo tiempo, desembarazarnos de la de los *dux*. No escogemos entre dos tiranías. Odiamos a los representantes desenmascarados de Luis XVIII, pero detestamos aún más a los hipócritas opresores que nos presentan su yugo escondido entre rosas. Afanaros, pues, bajo las banderas de Frerón y de Legendre, de Barrás y de Tallien. Perdonad, pues, a estos hombres sus pequeños errores. Realmente no han cometido más que algunos pecadillos: Tallien no ha hecho más que determinar la gran época de nuestros males, sostener su obra, dirigir celosamente todas las operaciones reaccionarias que han despojado al pueblo, uno a uno, de todos sus derechos, y le han abrumado bajo todo género de sufrimientos. Barrás no ha hecho otra cosa que ser el dictador de Termidor, de Germinal, de Pradial y de Vendimiario; y en esta última época, de manera tanto más criminal cuanto que ha engañado a los patriotas a los que había prometido conducir a la reconquista de sus derechos una vez que ellos hubieran salvado a la Convención. Legendre no ha hecho más que, en algunas circunstancias, marchar con el sable en la mano contra el pueblo; y después de la bella reacción, se ha encarnizado como un verdadero verdugo, tantas veces como se trataba de golpear y de degollar de mil maneras al pueblo. En cuanto a Frerón, no hay ni que hablar; tan sólo ha puesto el puñal en la mano de todos los asesinos, organizado y dirigido, a través de una serie de órdenes formales, por la simple vía de una hoja de periódicos, millares de asesinatos de los más virtuosos patriotas, cuya sangre continúa inundando la tierra francesa desde hace dieciocho meses. Después de todo esto, caeréis de rodillas ante tan honesta gente, les rogaréis sean vuestros liberadores y pondréis en ellos toda vuestra confianza. Apresuraros, pues, a poneros en pie en cuanto estos espantosos hombres hagan tocar a generala para llevaros a aplastar a sus enemigos; tras lo cual, como recompensa os pradializarán. En la revolución se cometen bastantes deplorables extravagancias; pero no es posible añadir ésta a las otras; ésta no tendrá lugar. El Tribuno del Pueblo no lo admitirá; no, el pueblo no se levantará para combatir bajo las órdenes de sus asesinos perpetuos. ¡Se lo prohíbo! ...

Se ha hablado de reunión, de reconciliación, del olvido de los entuertos, de los errores. Valga por los entuertos y los errores; pero la permanencia del crimen, no. Recibiremos en nuestras filas a todos los hombres engañados, a los que no han sido más

que simples instrumentos, a los que no han pecado más que con intenciones puras y han golpeado a la patria pensando servirla. Pero no tendremos la inepta bajeza de consentir que los sistemáticos autores de la larga serie de crímenes que aún duran, y cuyos desastrosos efectos nos causan tan crueles males, no tendremos la delirante bajeza de consentir que sean ellos los que se pongan a nuestra cabeza cuando se trata de curar los males que ellos mismos nos han causado. No cometeremos la necedad de creerlos cuando nos digan -pero ni esos nos dicen- que expirarán todas sus perversidades, y que ellos mismos harán cesar sus atroces resultados. No debemos tolerar siquiera que estos seres odiosos tomen un fusil y se enrolen como simples soldados junto a nosotros. Si el pueblo de Francia actuara de otra forma con respecto a ellos, sería el más cobarde de los pueblos, no merecería que ningún hombre íntegro y sensato emplee sus medios para que la libertad beneficie al pueblo.

Ciudadanos, escuchad bien esta verdad. No temáis tanto a los monárquicos en el senado; en realidad nos sirven. Estamos en condiciones de oponemos al mal que tienen la intención de hacemos; y en consecuencia, su lucha contra un partido adverso nos es útil. Que no haya más que un partido entre los gobernantes y tendrán mucha más fuerza contra el partido del pueblo.

Es necesario que el partido del pueblo esté en condiciones de vencer por sí solo al partido monárquico, cuyo ídolo está en Verona, y al partido monárquico, cuyos ídolos están en el Luxemburgo, sin tener necesidad de ayuda ni de uno ni del otro. Sería locura querer ocultar a ambos nuestras disposiciones hostiles bajo pretexto de evitar que se pongan en guardia contra ellas. Hace tiempo que estas disposiciones no han podido pasarles inadvertidas, y que han hecho todo lo que han podido para romperlas. Ya no están en condiciones de hacerlo, ni por la fuerza ni a través de la opinión: he aquí por qué recurren a la astucia. Triunfaremos también de esta última estratagema. Yo les opongo las baterías al descubierto. Los gansos, los bobos de la facción de los prudentes quizá digan también que hubiera valido más encubrirse tras alguna sombra. Yo digo que ya es hora de que la masa del ejército de *sans-culotte* salga al campo; su existencia no puede ya ser escondida al enemigo. No es por sorpresa como podemos y queremos vencerles; es de una manera más digna del pueblo. Es abiertamente. Lejos de nosotros la pusilanimidad que nos haría creer que nada podemos por nosotros mismos, y que siempre necesitamos gobernantes con nosotros. Los gobernantes no hacen revoluciones más que para gobernar siempre. Nosotros queremos hacer una, en fin, para asegurar para siempre la felicidad del pueblo con la democracia verdadera. ¡Sansculottes! Rechacemos la idea de una simple animadversión contra ciertos hombres. Es por el pan, el bienestar y la libertad por lo que nos apasionamos. No nos dejemos engañar. No distraigamos nuestra atención de la verdadera cuestión que nos interesa. Os lo digo y os lo repito: es un error creer que no podéis nada solos y con vuestras propias fuerzas. Jamás se hará nada grande y digno del pueblo más que por el pueblo mismo y cuando no habrá más que él. No os mováis pues, más que cuando veáis moverse y aparecer a los hombres del pueblo. No caigáis en la trampa; no busquéis fuera a vuestros liberadores; no admitáis otros estandartes. No os dejéis inducir en error por el otro sofisma de los soplones -intérpretes de todas las inducciones engañosas de nuestros enemigos, cuando dicen que ellos cuentan con sus soldados-. Todo es mentira; no son los suyos, son los

nuestros. Lo son por su institución misma; pero lo son, además, por su disposición actual. Sí, el soldado no se moverá más que para ir con nosotros y para nosotros. Tanto mejor si los desalmados que nos vejan han hecho venir un gran ejército. Y si lo incrementan, mejor aún; seremos más fuertes. Es un hecho, el adoctrinamiento ha creado raíces entre nuestros hermanos incorporados, que como nosotros son pueblo, y que tienen con nosotros una misma causa; la tiranía se equivoca cambiándoles de lugar en todo momento: los que llegan son aleccionados por los que les han precedido, y los que se van llevan a otra parte los dogmas que les hemos inculcado, de forma que nuestros venenos populares cuajan en todas partes. No, no, ya no está al alcance de la inquisición, sea civil o militar, impedir la lectura de nuestras publicaciones a nuestros soldados y a nuestros obreros; éstos las devoran y extraen los fermentos del contagio democrático más activo y más embriagador. ¡Pueblo! así es como tus hombres te bastan, porque te tienen dentro de ellos, a ti, pueblo entero; y se trata de una buena parte de los soldados *sansculotte*, que los gobernantes se habían prometido extraviar para oponértelos. De esta forma iremos juntos, el día del pueblo, a una victoria segura, tras y bajo la única dirección de los hombres del pueblo, cuando ellos nos señalen este día feliz.

(El Tribuno del Pueblo, No. 42).

PERMANECER FIRMES

Ya todo está consumado. El terror contra el pueblo a la orden del día. Ya no está permitido hablarse; ya no está permitido leer; ya no se permite pensar.

No está ya permitido decir que se sufre; no está ya permitido repetir que vivimos bajo el reino de los más horribles tiranos.

No está ya permitido expresar el dolor cuando los verdugos nos desgarran con sus tenazas, cuando arrancan a trozos nuestros miembros aún palpitantes; no está permitido pedir a estos bárbaros torturas menos feroces, menos refinamiento en el género de los suplicios, una muerte menos cruel y menos lenta.

No está ya peritido obedecer a la naturaleza que determina la crispación de los miembros, la alteración de los rasgos, cuando se sufre la prueba de las angustias promovidas por los más horribles tormentos.

No está permitido exclamar que la legislación de Constantinopla es moderada al extremo y popular al lado de las ordenanzas de nuestros soberanos senadores.

No está ya permitido obedecer a la naturaleza que Dracón venga a gobernarnos en lugar de nuestros absolutistas del día; no está ya permitido rendir justicia a este griego severo que, al menos, no impuso un código de sangre más que para espantar a gentes auténticamente malvadas; mientras que sus imitadores blanden la espada tan sólo para abatir todo lo que es puro y ha conservado virtud.

Se ordena dejar al gobierno matar de hambre, despojar, envilecer, encadenar, torturar, hacer perecer al pueblo sin impedimentos, obstáculos ni murmullos.

Se ordena alavar, admirar, bendecir esta opresión, y articular que en el mundo no hay nada tan bello y tan adorable.

Se ordena hablar bien de lo que es monstruoso y asesino, y cargar de imprecaciones y blasfemias lo que merece el homenaje y el respeto de los hombres justos de todas las naciones y de todos los siglos; se ordena prosternarse ante el código atroz del 95, Y llamarle ley santa y venerable; y se ha ordenado maldecir el pacto sagrado y sublime del 93, llamado por ellos atroz.

Se ordena inclinar servilmente la frente bajo las calumnias que al gobierno le plazca verter sobre el pueblo entero y contra sus más fieles y valerosos defensores; y se ordena que éstos no puedan contestar a estas odiosas calumnias, y que, si quisieran hacerlo, el pueblo mismo sería culpable por el solo hecho de atreverse a leer un escrito en donde se le disculpara, y se le vengara de sus poderosos calumniadores.

¿Cuándo nos hartaremos de tantas infames vejaciones? Puesto que no hay un término en el que se pueda concebir que nuestros dominadores van a detenerse ellos mismos, nosotros preguntamos ¿cuál es el término que estimamos no deben rebasar?

¡Desgraciados opresores! ¿por qué distraerme otra vez de la obra esencial y útil en la que trabajo, vuestra acta general de acusación? ¿Sabéis que esta tarea es colosal, que exige más de un volumen? Pero, ¿por qué necesito juntar tantos hechos culpables? ¡Qué necesidad tengo! No os lo debo decir. Seguro que no es necesario para incoar vuestro proceso. Los actos de un día, tomados entre mil al azar, son cuatro veces suficientes para motivar una justa condena. Pueblo agotado por los sufrimientos que quieren que soportes; te ahorro en este momento un cansancio que no podrías soportar. El cansancio de escuchar la larga lista de fechorías con las que se han ensuciado desde que suspendí su nomenclatura. Pero la situación extraña en la que te han precipitado sus últimas negras acciones, hace indispensable dispongas de una justa exposición de sus crímenes y de sus consecuencias; seguida de algunas reglas de conducta que debemos observar, al encontramos en esta nueva situación.

¡Amigos! Todo esto no es insuperable.

La Libertad es inagotable en recursos. La Libertad ha creado profundas raíces en gran número de corazones: la Libertad en Francia es inmortal.

El despotismo, con su impudicia y todos sus recursos de astucia y crueldad, luchará en vano contra las simples inspiraciones de la virtud. El despotismo se ahogará él mismo en sus propios excesos. Nosotros nos alzaremos a la altura del coraje que necesitamos; con él haremos frente a los peligros; nosotros venceremos.

Lo habéis visto. Mis predicciones no han tardado en cumplirse. Habéis visto el último resultado de los bajos halagos que los tiranos os dirigían a través de sus hombres de mano. Hoy esconden las uñas, os decía en mi último número, mañana os devorarán.

Así ha sucedido. Han decidido suprimiros hasta la libertad de deteneros varios juntos, en el forum, la plaza pública; han decidido transformar en crimen la simple y tan legítima acción de ir allí a comentar vuestras terribles calamidades.

No se podía decir hasta ahora que querían quitamos hasta el aire que respiramos mientras nos dejaban en vida. Este crimen de la tiranía también está hoy cometido.

Es el monarquismo, se han atrevido a decir, lo que suscitaba nuestros murmullos y nuestra indignación contra la opresión cada vez más grande y más insoportable; es el monarquismo lo que dictaba nuestras quejas contra el hambre que nos siega cada vez con más espantoso progreso; es el monarquismo lo que nos hacía fulminar contra el terrible régimen qué no incrementa más que la población de los cementerios.

Tenían razón. Es el monarquismo del Luxemburgo y de las dos cámaras; es este monarquismo más atroz que todos los otros, lo que continúa inspirándonos estas enojosas disposiciones de estado de ánimo.

¿De qué pretendidos crímenes toma pretexto este monstruo odioso para ahogar nuestros lamentos, para queremos privar hasta del último consuelo de los afligidos? Nos ha acusado de querer derrocar la constitución de la gente dorada, destruir el gobierno de las gentes honestas, poner en vigencia el código popular del 93, y procurar el bienestar a la multitud arruinada, hambrienta, agotada por el cansancio a causa de su sistema de rapiñas y bandidaje público.

En verdad, estos crímenes no tienen excusa ante la jurisprudencia de los desalmados. Cuando ataca a la minoría de los satisfechos y tiende a proteger a la mayoría de los miserables, es, a sus ojos, infernal y soberanamente criminal.

¡Cuánto charlatanismo, cuánta astucia, qué mentiras tan groseras, cuántos torpes sofismas, cuántas gastadas calumnias, cuántas frases venales en esta proclama del directorio sobre los escritos, discursos y reuniones pretendidamente sediciosos! Se ha querido hacer creer que nosotros pedimos el pillaje de las más modestas tiendas y los más sencillos hogares, como si no perteneciera al propio gobierno el haber sabido practicar hábilmente este pillaje, como si, con su régimen de hambre, no hubiera encontrado el secreto de hacer, transportar a las casas del agiotista y de todos los bribones dorados, por los mismos, desgraciados, todo cuanto existía en los hogares sencillos, en las más modestas tiendas. Como si quedara algo que poder, saquear aún. Como si, contrariamente a lo que el gobierno pretende, no hubiéramos proclamado siempre, bien claramente, que queremos reconstruir y fortalecer las modestas tiendas y los humildes hogares, haciendo que retorne a ellos, al menos, el equivalente de lo que el bandidaje legal les ha extraído. Como si las fortunas normales no se hubieran visto tranquilizadas por nuestras francas declaraciones. Como si no hubiéramos dicho que queremos destruir las fortunas colosales para mejorar todas las otras.

Se ha querido hacer creer, en la proclama del Directorio, que nos paga el extranjero. Como si fuera posible abusar más absurdamente de los nombres de Pitt y de Coburgo. Como si el directorio que emplea al cabo de todas sus frases esta trivialidad, que nuestros oídos están cansados de escuchar, no tuviera que temer les arroje a la cara una verdad que, aunque parezca no haber pasado por el pensamiento de nadie, no es más certera: quiero decir que es imposible que Coburgo y Pitt hayan tenido que pagar a alguien más, después de haber pagado a los fundadores de un gobierno tan capaz de complacer a todos los déspotas, y tan parecido al que se mantiene con los medios que proporciona la tiranía. Como si no hubiera constancia de que el directo-

rio ha querido pagamos, él, para que fuéramos sus cómplices, y para vivir tranquilos y por él protegidos. Como si no hubiera constancia de que hemos preferido, para arrancar al pueblo de su bárbara dominación, caminar cada día a través de la miseria y de los peligros y arrostrar la muchedumbre de sus satélites y los cadalsos.

Se ha querido hacer creer, en la proclama del directorio, que ha hecho las más bellas cosas del mundo (¡Oh! sin duda, para él ...), que es el amigo más ardiente de los patriotas y de la patria. Como si no fuera respuesta infinitamente justa a su afirmación el juego de palabras que dice: le sostiene como la soga sostiene al ahorcado.

Se ha establecido, en la proclama del directorio, que las magníficas promesas que hicieron tantas veces al pueblo los tiranos encubiertos con el manto popular, no han tenido jamás otro resultado que su fortuna particular y la miseria pública. Como si esta verdad pudiera tener otra aplicación que a los miembros del directorio y sus amigos, los Merlín de Thioville, los Tallien, los Frerón, los Legendre y tantos otros.

Se ha hecho, en esta proclama del directorio, una llamada a los ricachones, a los famosos propietarios, a los poderosos ladrones. Como si pudiéramos temerles. Como si no pudiéramos, nosotros, hacer una llamada a la mayoría, compuesta ya no sólo de aquellos que no tienen nada, sino también de todos aquellos a los que no les queda más que restos de sus mediocres fortunas, decimadas cada día como consecuencia del sistema abominable que existe.

Pasemos del análisis de esta obra del crimen, al de las otras obras provocadas por la primera, y consumadas por tiranos cómplices.

Muerte a aquel que diga verbalmente que las dos cámaras se hallan compuestas de tiranos, de monárquicos y contrarrevolucionarios; y que, en consecuencia, estas cámaras merecen ser disueltas.

Muerte a aquel que enuncie la misma opinión sobre el directorio.

Muerte a aquel que escriba tal opinión.

Muerte a aquel que la imprima.

Muerte a aquel que pronuncie, escriba, o imprima que tal legislador o director, por el número y la gravedad de sus crímenes reconocidos y probados, merece la muerte.

Muerte a aquel que articule que la constitución del 93 está basada sobre todas las virtudes, la humanidad, la justicia, etc.; y tal cosa será calificada de provocación con vistas a su restablecimiento.

Muerte a quien se atreva a decir que la constitución del 95 es un código infame, basado sobre la perversidad y la más execrable tiranía; y ello será calificado de provocación a su derrocamiento.

Muerte también a aquel que provoque a la monarquía.

Detención, por cualquiera, de aquel que este cualquiera pretenda es autor de semejantes provocaciones; y nada impedirá a los atroces monárquicos hacer detener a los buenos patriotas en todas las ocasiones; y para inculparles les bastará decir que han hablado de la constitución del 93. Es verdad que estos últimos tendrán un medio de represalia acusando a los primeros de haber propuesto reentronizar a Luis XVIII; y no será sin duda fácil distinguir la verdad entre hombres que se disputarán cuáles de

entre ellos son los arrestadores y los arrestados. De todos modos, lo que es cierto es que en virtud de una ley, los partidos pueden entrar en lucha los unos contra los otros. ¡Oh, sublimidad de nuestros legisladores!

Fusilamiento de las personas que sean sorprendidas juntas y que no se separen a la primera intimación de un oficial de policía o de la fuerza armada. ¡Oh! que esta ley marcial es mucho más perfecta que aquella que sirvió en el *Champ de Mars*, y sin embargo, verdad es que allí hallaron la muerte Bailly y algunos otros.

Cadenas para los pocos que se salven de las descargas, deportación para otros, y otra vez la muerte para una tercera categoría. Estas tres penas para un mismo hecho; pero diferenciadas tan sólo en razón de la calidad de la persona. Derogación evidente de la declaración de los derechos del 95, que, por otro lado, se nos quiere obligar a respetar, y que dice formalmente que todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

Cadenas también, o, en circunstancias atenuantes, la cárcel, para los vendedores de periódicos que no tengan la doble garantía del nombre del autor y la dirección de la imprenta, o para quienes los peguen en los muros.

Tales son los artículos de las dos cartas inquisitoriales y criminales del 27 y del 28 Germinal.

Según estos odiosos reglamentos, es una desgracia saber leer, es una desgracia saber hablar, es una desgracia saber escribir. Todos estos talentos no pueden ser más que funestos, pues se encuentra uno reducido a la alternativa o de prostituirlos a la tiranía o de exponerse a sus golpes si se infringen sus órdenes arbitrarias y criminales. No importan los peligros. Preferimos tomar este último partido. Es el único que conviene al hombre que conserva su dignidad. Un hombre fiel y protector celoso del pueblo nos ha trazado lo que en semejante caso se debe hacer: Cuando -dice- los que deben mantener las leyes son los primeros en violarlas, ¿qué les queda por hacer a los buenos ciudadanos? Despreciar a estos falsos conductores, agarrarse a los pilares del templo de la Libertad, y sucumbir bajo sus ruinas. ¿Quién no sabe en estos momentos que ley es aquello que favorece y protege, lo que funda y garantiza la felicidad y la libertad? Y que, por el contrario, todo lo que hiere y oprime no es ley, y no merece, al igual que sus autores, más que el profundo menosprecio de los hombres virtuosos. ¡Ciudadanos! he creído oportuno declarar que estos golpes de Estado, estas medidas liberticidas de la autoridad no nos intimidan, no nos desconciertan. ¿Podriáis estar vosotros más desalentados que yo? No, no, los últimos excesos de la tiranía herida de muerte no pueden abatimos. Sus violaciones anuncian más bien su debilidad y sus temores que su audacia. En la desesperación se llega a todo. El poder que se siente cubierto de crímenes sabe que no puede prolongar su existencia más que con otros crímenes. Cuando se ha violado todo, ¿qué cuesta continuar? Pero sin embargo, se acerca el tiempo en que la medida de los atentados no puede ya ser rebasada. Anuncio a los tiranos que estoy en pie, que no me declaro vencido. ¡Plebeyos, hermanos míos! ¡Vuestra decisión es la misma! Nosotros pisotearemos impertinentes disposiciones, eludiremos sus amenazas de penalidades atroces. ¡Amigos! hay que ser firmes, perseverantes, invencibles; pero al mismo tiempo hay que añadir a todas estas virtudes la extrema prudencia. Los opresores han tramado horribles maniobras para precipitamos en un último abismo. Actuaremos de forma que podáis

evitarlo. Tengo hoy dos puntos esenciales que recomendaros. El primero es que, al mismo tiempo que permanecéis dispuestos a una acción constante, ninguno de vosotros, de manera alguna, debe dejarse detener: trabajemos ardientemente en el silencio; pero pongámonos todos fuera del alcance de los golpes de la opresión. El segundo punto consiste en desbaratar los planes de nuestros enemigos, poniéndonos en guardia contra el maquiavélico proyecto siguiente:

Unas cuarenta mujeres deben reunirse en un distrito designado. Gritarán mucho contra los acaparadores y los agiotistas; dirán que hace demasiado tiempo que estos hombres hambrean al pueblo, que es justo que devuelvan algo de buen grado o a la fuerza. Acalorarán y provocarán a aquellos que les escuchen, y, en fin, desencadenarán su indignación lanzándose con furia contra algunas tiendas. Individuos expresamente situados se extenderán por París, y dirán que los bribones Jacobinos han puesto finalmente en ejecución el horrible proyecto de saquear a las gentes honestas, a los buenos ciudadanos. Este rumor se extenderá considerablemente. Las medidas represivas se pondrán en aplicación. Los periódicos difundirán por todo París, y la República entera, este nuevo crimen de los terroristas. La opinión se pondrá así en contra de ellos y la continuación y conclusión será la persecución motivada y la destrucción total de estos horribles hombres.

¡Pueblo! principalmente para que este infame plan no se te pudiera revelar han querido agarrotar la libertad de la prensa. ¡No te inquietes! Romperemos todas las cadenas para impedir que mueras víctima de quienes te torturan, te despojan y te envilecen desde hace veinte meses.

(El Tribuno del Pueblo, No. 43).

* * *